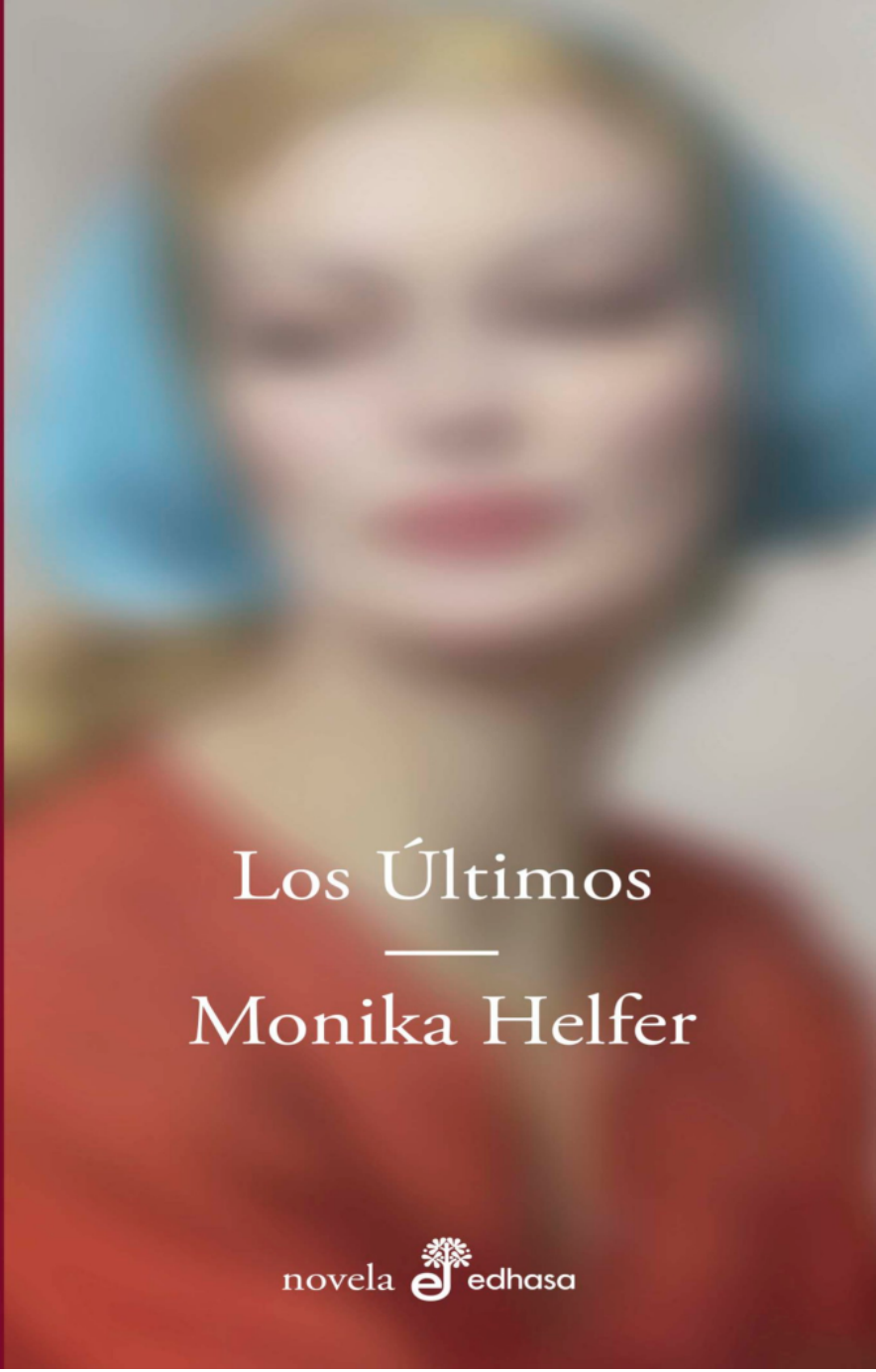
Los Últimos
Monika Helfer
novela
edhasa

LOS ÚLTIMOS

MONIKA HELFER

Traducción de Gabriela Adamo

“Un libro sabio e impresionante.”

MICHAEL OPITZ, *DEUTSCHLANDFUNK KULTUR*

“Novelas familiares hay muchas, pero esta es muy especial. Un libro que quedará.”

DENIS SCHECK, *ARD DRUCKFRISCH*

En lo más profundo del valle, viven Josef y Maria y sus hijos. Son pobres, no son respetados, son los últimos. Estamos a comienzos del siglo XX. se declara la Primer Guerra Mundial. Josef es reclutado, y en ese ambiente hostil y arcaico, María, mujer de una belleza deslumbrante, se convierte en un trofeo para los hombres poderosos del lugar. Cuando Josef regresa del frente de batalla, tiene una hija más, Margarethe. Convencido que no es suya, la despreciará e ignorará hasta su muerte. Ese misterio los marcará a todos: también a sus descendientes.

Esa niña es la madre de la autora de esta novela. Con un talento infrecuente, con emoción y sin dramatismo, Monika Helfer hilvana la historia de cuatro generaciones. Desde María, que le permite pintar ese mundo donde la violencia de los hombres es natural, atravesando el convulso siglo XX llega hasta el presente. Traducida a doce idiomas, best seller en Alemania, ganadora del Premio de Literatura Schubart en 2021, *Los Últimos* es una novela conmovedora y magnífica. Su materia son los secretos familiares, la postergada vida de las mujeres y la ambición de conocer la verdad. Su voz tiene el sabor y la calidez de la mejor memoria.

Helfer, Monika
Los Últimos / Monika Helfer. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa. 2021.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Gabriela Adamo.
ISBN 978-987-628-651-0
1. Novelas. I. Gabriela Adamo, trad. II. Título.
CDD 833

Título original: *Die Bagage*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: octubre 2021
Edición en formato digital: diciembre de 2021
Förderung durch das Bundesministerium für Kunst, Kultur, öffentlichen Dienst und Sport Financiamiento del Ministerio Federal de Arte, Cultura. Función Pública y Deporte
Original title: *Die Bagage by Monika Helfer*

© 2020 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent.
© de la traducción Gabriela Adamo, 2021

© de la presente edición Edhasa, 2021
Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar
Diputación, 262, 2°1ª, 08007, Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN 978-987-628-651-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Conversión a formato digital: Libresque.

Para mis Últimos

Ten, toma los lápices, dibuja una casita, un arroyo un poco más abajo, un aguadero, pero no dibujes un sol que la casa está en la sombra. Detrás, una montaña: como una piedra erguida. Delante, una mujer erguida que tiende la ropa en la soga; la soga no está del todo tensa, está atada a dos cerezos: uno a la derecha de la veranda que da a la entrada de la casa, el otro a la izquierda. En este preciso momento, la mujer cuelga un enterito de bebé y un saquito, o sea, tiene hijos. Lava seguido: las cosas de los niños y las de su marido y las propias, es dueña de una blusa blanca especialmente bonita. Quiere que su familia esté limpia, como las familias de la ciudad. Tiene muchas cosas blancas; realzan su cabello oscuro y sus ojos oscuros, y el cabello oscuro y los ojos oscuros de su mando. Los de abajo, los del pueblo, casi nunca se visten de blanco, ni siquiera los domingos. Un rostro seno tiene, ojos profundos. ¡Dibuja los ojos con lápiz de carbonilla! El pelo pegado a la cabeza, negro, con un poco de marrón, porque el lápiz de carbonilla se partió. Los lápices de colores buenos no brillan y además son caros.

La realidad se cuela en el dibujo, fría y sin piedad, hasta el jabón se acaba. La familia es pobre, apenas dos vacas, una cabra. Cinco hijos. El hombre, de pelo negro como la mujer, como barnizado incluso, apuesto, mucho más apuesto que los demás. Tiene un rostro fino, pero sin alegría, parece. La mujer, apenas treinta años, sabe que los hombres la miran, ni uno que no lo haga. Cuando su marido la aprieta contra su cuerpo, siente los pechos y la panza —él se lo dijo exactamente así—, ve todo negro y se deja caer en la cama por el cansancio. Ella se desviste rápido, se acuesta a su lado y sabe que él sólo se hace el dormido, que no quiere fallar. Por eso se dejó puesta la enagua delgada. Para que la cosa no sea tan obvia. Mira por la ventana abierta hacia el cielo nocturno. Ni la luna se asoma por encima de la montaña. A veces, pasa cerca: puede ver el reflejo, arriba, sobre el filo. Una vez grita un niño, ella sabe cuál; después llora otro, ella sabe cuál. Pero no logra levantarse, cansada no está, piensa, es que me cuesta. Hasta qué edad viviré, piensa.

La niña, dos años, aparece junto a la cama en el medio de la noche. Es Margarethe. La Grete. Tiembla.

—Mamá —susurra.

La mamá también susurra:

—Ven.

La pequeña se mete bajo la manta. El padre no debe enterarse. La niña no se acuesta entre los padres: se acuesta en el borde de la cama. Hay que agarrarla para que no se caiga, abajo, al piso, porque la cama es bastante alta.

La niña era mi madre, Margarethe, una pequeña temerosa que se escondía entre las polleras de su madre cada vez que se cruzaba con el padre. El padre era cariñoso con los otros cuatros niños: era cariñoso a grandes rasgos, y también lo sería con los dos hijos que aún iban a nacer. Sólo despreciaba a esta niña. Margarethe, porque creía que no era su hija. No sentía enojo hacia ella, ni rabia: la despreciaba, le daba asco, como si toda la vida hubiese sentido en ella el olor del intruso. No le pegó jamás. A los otros niños, a veces. A la Grete, jamás. No quería tocarla ni con un golpe. Hacía como si no existiera. Que hasta su muerte no le dirigió la palabra. Y que no tiene conciencia de que alguna vez la hubiera mirado. Eso me contó mi madre, yo sólo tenía ocho. Mi abuelo no quería tener nada que ver con la temerosa. Para mi abuela, eso fue motivo suficiente para abrazarla e incluso quererla más que a los demás. Maria se llamaba mi abuela, la bella, la que habría sido cortejada por todos los hombres del pueblo de no haberle tenido, ellos, tanto miedo a su marido.

Pero me adelanto. Porque esta historia empieza cuando mi madre aún no había nacido. La historia comienza cuando no había sido siquiera concebida. Comienza una tarde en la que Maria. una vez más, estaba colgando la ropa. Eran los primeros días de septiembre de 1914. Y vio al cartero, abajo, en el camino. Ya lo vio a lo lejos.

Desde donde estaba se podía ver el valle hasta abajo, hasta la torre de la iglesia que sobresalía entre los tilos. El cartero empujaba la bicicleta porque el camino hacia la casita era empinado y, a partir del desvío, nada más que pedregullo suelto. El hombre estaba agotado: quería que lo llamaran adjunto —la denominación oficial de su puesto era adjunto de correos—, llevaba un uniforme con botones brillantes, transpiraba, se había aflojado la corbata, abierto el cuello. Se quitó la gorra, pero sólo un segundo, para saludar y airearse. Maria dio un paso atrás cuando él le alcanzó el sobre. Era un sobre azul con un recorte suelto al frente que había que arrancar. Había que firmar ese recorte y enviarlo de vuelta al remitente. El remitente era el Estado, y quería contar con una prueba. El adjunto sabía que ella sabía que le gustaba y más. También sabía que él le era indiferente. No era ni la mitad de atractivo que Josef, su marido, el de la mirada oscura, si es que la apariencia era algo que se podía cortar al medio o duplicar.

El adjunto no aprobaba la forma en que los hombres del pueblo hablaban sobre Josef y Maria. Los hijos no son prueba de nada, y

menos de que alguien supiera hacerlo bien en lugar de, simplemente, saber hacerlo: cuatro hijos no significaban nada de nada. Una mujer puede tener hijos aunque el hombre no le guste, está en su naturaleza, y la naturaleza no tiene nada que ver con el amor, y que de casualidad se llamen Maria y Josef no quería decir absolutamente nada, más bien al contrario. Eso era lo que los hombres hubiesen querido. Porque de ser así —eso pensaban— tal vez hubieran tenido alguna posibilidad con la bella Maria. La pareja no se mostraba casi nunca junta en el pueblo; de ahí los hombres también sacaban sus conclusiones y encontraban más justificaciones. Y cuando aparecían, no se mostraban felices el uno con la otra, no se miraban entre ellos, el Josef como siempre serio y la Maria casi siempre también, como si se acabaran de pelear. Pero los hombres no tenían idea. A Maria le gustaba estar abrazada en la cama con Josef, tenía temperamento. Y a su marido a veces también. Ni de lejos estaban en la situación de tener que oscurecer el cuarto cuando se acostaban juntos. Ni de lejos. Y cuando habían soplado la vela y el cuarto quedaba a oscuras, solían permanecer un rato largo hablando.

Sólo una vez por semana el adjunto llegaba tan lejos, porque había que subir mucho y el acceso era difícil. Y pocas veces Maria estaba sola, y pocas veces delante de la casa. Varias veces había golpeado la puerta y nadie había abierto. ¿Todo ese camino por la nada misma? Él habría preferido que la gente que vivía acá fuera, desparramada, tuviera amigos abajo en el pueblo, al menos uno, donde dejar las cartas para que ellos mismos después las buscaran. Pero una carta del Estado debía ser entregada en persona. Al menos hoy la podré mirar, pensó el adjunto.

Los límites del pueblo llegaban lejos; hasta el último asentamiento había por lo menos una hora de camino, contando desde la iglesia. Seis casas estaban en los límites, detrás empezaba la montaña. Los que vivían al pie, bajo su sombra, no se llevaban bien con los del pueblo, y tampoco entre ellos. No llevarse bien significaba no querer saber cómo le va al otro, nada más. Vivían allí porque sus antepasados habían llegado más tarde que los demás y la tierra era más barata, y era más barata porque trabajar esa tierra era muy duro. En el extremo más lejano, atrás y arriba, vivían Maria y Josef con su familia. Los llamaban los Últimos. El padre y el abuelo de Josef habían sido changarines; eran los que no le pertenecían a nadie, los que no tenían un techo firme sobre sus cabezas, los que se mudaban de un asentamiento al otro y pedían trabajo y en verano cargaban montañas sobrehumanas de heno hasta los graneros de los campesinos; era la más baja de todas las ocupaciones, más baja que la del siervo.

La carta era del ejército. Era la orden de leva. Austria le había declarado la guerra a Serbia y Rusia había saltado para apoyar a

Serbia y el emperador alemán había saltado para apoyar a Austria y le había declarado la guerra a Rusia, y Francia había saltado para apoyar a Rusia y le había declarado la guerra a Alemania y a Austria, y Alemania había invadido Bélgica.

El cartero seguía sosteniendo el sobre azul en la mano. Para sus adentros soñaba que ayudaba a Maria: algo sucedía y él la ayudaba y ella por fin se daba cuenta de qué clase de hombre era él en realidad. Con gusto la habría liberado de su marido; se imaginaba que ella sufría con él y creía que él mismo era uno de esos que, cuando se da el caso, saben mostrar mucho cuidado y afecto, y no sólo por un rato, por una noche o así, sino hasta que la muerte los separe. Ni una mancha roja en su cara, tampoco en el cuello. No veía ni una arruga, ni vertical entre los ojos señalando la frente, ni junto a la boca, ni desde los ojos hacia las sienes. Sus manos eran ásperas, pero sólo del lado de adentro. Por afuera eran como doradas. Su marido solía ir de acá para allá. Tenía asuntos. Qué clase de asuntos, eso el adjunto no lo sabía, y María tampoco. En el pueblo se sospechaba que eran asuntos raros y torcidos. Josef tenía fama de irse enseguida a las manos. Pero los hombres decían eso sólo para calmarse, para justificar entre ellos su propia cobardía. Porque hasta el momento ninguno se había animado a irle de frente a Maria. Justamente porque el Josef es uno de esos que enseguida se van a las manos. Aunque pelear, la verdad, no lo había visto nadie.

La carta era del ejército, dijo el adjunto. Maria debía confirmar la recepción con una firma. Que entre paréntesis escribiera "esposa". Tenía a mano un lápiz indeleble, confiable. Él mismo humedeció el lápiz con la lengua.

Maria sabía que había guerra, pero que alguna vez tendría algo que ver con ellos, que su estruendo llegaría hasta allá atrás, al último rincón del valle en la sombra de las montañas, eso no se le había cruzado por la cabeza. Qué era exactamente lo que decía la carta impresa, qué palabras, eso no lo habría podido repetir, pero esto sí: Josef Moosbrugger debía partir a la guerra.

El alcalde se llamaba Gottlieb Fink y también tenía sus asuntos. Era el único con el que Josef hablaba más allá de lo estrictamente necesario. Más que sí, no, buenas y, otra vez, sí, no. A veces, Josef había bajado de la montaña directo hasta la casa del alcalde, había entrado sin golpear o llamar, y se había quedado una buena hora dentro. Pero no eran amigos. Al alcalde le hubiese gustado ser amigo del Josef Moosbrugger. Era el único con el que se podía hablar; primero, porque no tenía enfermedades; segundo, porque no apestaba como un animal, y tercero, porque no era idiota, sabía leer y escribir y calculaba mejor que bien. Le dabas las multiplicaciones más difíciles,

entornaba una vez los ojos y ya las había sacado. El alcalde era generoso. Cuando había asuntos siempre repartía, incluso las veces que Josef apenas participaba. Siempre mitad y mitad. Josef no era tan generoso. Pero el alcalde no se lo echaba en cara. El alcalde tenía vacas, chanchos, gallinas y un par de cabras, esas las tenían todos; además había construido un taller junto a su casa. Había aprendido a hacer carabinas. Antes hasta torneaba y fresaba él mismo los cañones y serraba y tallaba la madera para las culatas y las aceitaba y las pulía. Ahora se hacía mandar las partes desde distintos lugares del sur de Alemania y simplemente las encastraba. Resultaba más barato y rendidor. Le ponía la chapa con su sello, así el arma se convertía en un Fink auténtico, y los fusiles Fink seguían teniendo su fama, como si todas sus piezas estuvieran hechas a mano. Al Josef el alcalde le había regalado una carabina, doble cañón. Eso fue más que generoso. La gente se había sorprendido. Eso lo explicaba todo, aunque nadie sabía exactamente qué. Un carpintero tendría que haber trabajado más de medio año para comprarse una. Tal vez Josef era nomás su amigo. Sólo porque actuaba como si no necesitara un amigo no quería decir que realmente no lo necesitara.

Cuando llegó la orden del ejército, Josef necesitó un amigo. Al alcalde no lo habían llamado: motivo: era imprescindible en casa. Así era: Josef. por ejemplo, lo necesitaba.

Josef amaba a su mujer. Nunca había dicho esa palabra. La palabra no formaba parte del dialecto. Era imposible decir *te amo* en dialecto. Por eso tampoco había pensado esa palabra, nunca. Maria le pertenecía. Y él quería que ella le perteneciera y fuera parte de él: lo primero se refería a la cama: lo segundo, a la familia. Cuando caminaba por el pueblo y veía a los hombres sentados junto al aljibe, jugando con los cuchillos de madera que ellos mismos habían tallado, y cuando veía que lo veían, leía en sus miradas: eres el marido de la María. Ni uno de ellos no había pensado en cómo sería con ella. Y ahora que lo habían llamado, creían que se les abrían oportunidades. Oportunidades medianas, porque nadie sabía bien cuánto duraría la guerra. Aunque las noticias de Viena y de Berlín decían que la cosa no iba a durar mucho, nadie hubiese apostado.

Josef fue hasta lo del alcalde y le dijo:

—¿Podrías cuidar a Maria mientras estoy en el frente?

El alcalde sabía cómo se escribía *cuidar* en este caso. En primer lugar, así pensó, el Josef cree que no puede confiar en su mujer. ¿Confía ella misma? ¡Esa era la pregunta! Porque se ve cada mañana en el espejo.

Nadie más participó de aquella conversación. Una conversación delicada, que no quería testigos. ¿Cómo podría responderle el alcalde al marido de mi abuela? ¿Se atrevería a decir: “Quieres decir que me

asegure de que nadie suba hacia la casa mientras tú estás lejos"?

¿Y Josef? Si dice: "Sí, eso quiero decir", entonces estaría admitiendo que no confía en su mujer.

Josef dijo:

—Sí, me vendría bien que te asegures de que nadie suba.

"¿Y por qué?", podría preguntar el alcalde. Pero con eso ofendería a Josef. Y no es lo que quiere. ¿Cabe la posibilidad de que algún hombre del pueblo, o vaya uno a saber de dónde, se ponga violento con la bella Maria? ¿Que en un caso así intervenga el alcalde? ¿Y eso qué quema decir? ¿Que debía matar al hombre?

El alcalde dijo:

—Me voy a ocupar de ella. No te preocupes en la guerra, Josef.

¿Es posible que una mujer tan hermosa esté hecha para un solo hombre? El alcalde creía que Mana era fiel sólo porque le tenía miedo a su marido y no por falta de interés en otros. Tampoco había que hacer tanto espamento si uno u otro calculaban con que Josef cayera en la batalla, así es el ser humano. Claro que eso el alcalde no se lo habría dicho a Josef. Justamente, porque quería mantenerlo como amigo. Él era el alcalde y deseaba que. al terminar la guerra, no faltara uno solo de los del pueblo. Además, pensaba que quedaba bien tener un amigo apuesto, y la señora alcaldesa también creía que el Josef era un buen adorno. Porque a ella el Josef le gustaba muchísimo. Como decía tan abiertamente que alguna vez le gustaría ver al Josef desnudo, mejor aún si era afuera, en el bosque, quedaba claro que no había ningún tipo de peligro en este sentido, si no habría cerrado la boca. Nadie necesitaría cuidar a mi mujer, pensó el alcalde, y si me llamaran al frente nadie la cuidaría. El alcalde estaba bien en su matrimonio. Él y su mujer eran consideradas las personas más divertidas, no sólo en el pequeño pueblo, sino en todo el valle, hasta Bregenz. Y eso era sobre todo mérito de ella. Sabía reírse de una manera… hasta Josef se reía con ella ni bien empezaba y nadie sabía qué iba a venir.

—Que se mude aquí con todos los niños —dijo el alcalde—: eso lamentablemente no es posible, aunque sería lo mejor.

—No hace falta —dijo Josef—. Alcanza con que mantengas los ojos abiertos. Dicen que para octubre ya habrá pasado todo.

Y entonces ya estaré de vuelta.

—Y además están las vacaciones del frente —dijo el alcalde.

—Si todo resulta tan rápido como dicen, entonces no habrá tiempo para vacaciones —dijo Josef. Eso pensaban todos. Josef llegaría a tener dos vacaciones.

Josef se había despedido de su mujer con un abrazo y un beso leve y ya estaba en camino, doblando las rodillas en la bajada como era su

estilo, cuando ella corrió tras él y lo arrastró de nuevo a la casa, hacia el dormitorio, y le abrió el cinturón y se apretó contra él.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó ella.

—Me duele una muela —dijo él.

—Pero eso va a empeorar —dijo ella.

—En el frente hay dentistas —dijo Josef—. Al parecer, mucho mejores que los de Bregenz.

—¿Cómo lo sabes?

Él la alejó y se levantó de la cama. Que deje de hacerle preguntas, ya la conocía. No terminaría más y él llegaría tarde.

No fueron muchos los hombres del pueblo alcanzados por el llamado de principios de septiembre. Por qué mi abuelo estuvo entre los primeros, eso no lo sé. Eran apenas cuatro: uno se llamaba Franz, como el emperador, otro Ludwig, otro Alois y, bueno, Josef. Debían ir a pie hasta el segundo pueblo, allí los buscarían los camiones que los llevarían a la estación de Bregenz. y de ahí al campo de batalla nomás. donde fuera que eso quedara. Al final uno solo de los cuatro volvió de allá, del campo: Josef. Alois murió a la semana. Ludwig murió casi medio año después, en un hospital de campaña. Franz cayó al año, en el Paso de Valparola. Los siguieron cinco muchachos más; sólo dos de ellos regresaron.

Los cuatro hombres se habían puesto flores en los sombreros y bebido unos tragos. El alcalde, como el representante del emperador que era. repartió aguardiente y disparó un tiro al aire. Un montón de niños salieron junto a los que se iban a jugar, como decían de los reclutas, pero sólo llegaron hasta el pueblo siguiente, enseguida regresaron. A partir de allí, los futuros soldados siguieron solos hasta L, con paso más lento; habían dejado de cantar y ya estaban bastante sobrios. Hablaron sobre cosas que tenían que hacer pronto, como si fueran a estar en casa en un par de días o semanas. Se quitaron las flores de los sombreros y las arrojaron junto al camino. Ahora que no los veía ninguno de los suyos, ¿para qué?

El hijo segundo del Josef también los había acompañado hasta el pueblo vecino: Lorenz, el obstinado, nueve años recién cumplidos. Era inteligente, su capacidad para los cálculos mentales asombraba y entusiasmaba al maestro en la escuela, había heredado el don de su padre. Ya a esa edad rechazaba la vida en la montaña. No iba a ser un campesino. El solo hecho de que se preguntara en qué podía convertirse lo distinguía de los demás niños del pueblo. Le interesaban los motores y en el valle —llamado simplemente “el bosque”— no había muchos; además, eran siempre los mismos. El padre le había dado un golpecito en los hombros, nada más, esa fue su despedida. En

casa. Lorenz debía ocuparse de los animales, dos vacas, la cabra. Y había un perro. Todos le decían “Wolf", “lobo”. El padre lo había entrenado bien. No hacía falta tenerlo atado. El padre había dibujado una línea con piedras alrededor de la casa y el perro no la cruzaba, pasara lo que pasase. El adjunto del correo igual le tenía miedo. Cuando Maria veía llegar al cartero, metía al perro dentro de la casa. Lorenz no lo habría hecho. Quería al perro; era parte de la familia y no se manda a un miembro de la familia a la casa porque llega alguien que no pertenece a la familia. Y luego estaba el gato, al que le arrojaban lo que sobraba, y si no sobraba nada tenía que arreglárselas solo.

Lorenz arreó las vacas hacia la pradera: ya era demasiado tarde, pero el día no había empezado como siempre. Antes de la partida del padre. Heinrich —el hijo mayor del Josef y la Maria— había ordeñado las vacas y la cabra. Luego el padre se había lavado un rato largo en la fuente, a fondo y con mucho jabón, también el pelo. La mamá había hecho entrar a los chicos a la casa, no quería que vieran al padre desnudo. La cabra quedaba en el establo día y noche. Lorenz le dio una parva de heno mientras miraba el listón de sus ojos. Y pensó lo que pensaba siempre cuando estaba frente a la cabra: ¿por qué no tienen todos los mismos ojos? Los gatos tienen tajos verticales; las cabras, vigas; los seres humanos, agujeros redondos y circulares.

¡En qué podría haberse convertido mi tío Lorenz, de no haber sido uno de los Últimos! ¿En qué podrían haberse convertido sus hermanos?

“La guerra es normal", me dijo una vez. No había ninguna relación visible con la conversación que estaba manteniendo en ese momento, de la que yo de todos modos no participaba. Cuando mi tío Lorenz hablaba con mi padre, me quedaba muda como el paraguas que colgaba del respaldo del asiento en el que él se sentaba.

“¿Qué quieres decir con eso?”, pregunté tras aclararme la garganta. Su estilo era ignorarme, o dirigirse a mí de golpe y presionar con su dedo índice en el medio de mi esternón. El tío con carisma. Eso es bueno y malo a la vez. al mismo tiempo.

Respondió. “¿Por qué, niña, debería decir algo y querer decir otra cosa? Quiero decir lo que digo: la guerra es normal”. ¿Había olvidado mi nombre?

Cuando nos visitaba, yo no podía estar tranquila. Me preparaba para todo. Cualquier cosa. En la Segunda Guerra había estado en Rusia; tenía una mujer en casa y luego en Rusia también tuvo una mujer y un hijo, pero los había abandonado y había emprendido el largo camino de regreso hacia su mujer en nuestro país; a veces lo había levantado algún vehículo militar, otras veces había viajado en

tren sin pagar, también sentado atrás en una moto, pero la mayor parte del trayecto la había hecho caminando. Nos visitaba a menudo cuando yo era pequeña. Jugaba al ajedrez con mi padre. Odiaba la idiotez de la vida en el campo. Sobre eso hablaban con mi padre; mi padre tampoco tenía simpatía por los campesinos, al fin y al cabo, era hijo de una criada de Lungau y su padre, el adinerado, nunca se había ocupado de él. El tío Lorenz tenía tres hijos en nuestro país; los consideró unos inútiles incluso antes de que se pudieran convertir en algo útil, y de hecho no llegaron a nada: uno se colgó de un árbol. El tío Lorenz admitía abiertamente que en Rusia vivía una segunda familia. Tenía cincuenta años cuando un conductor borracho lo mató, atropellándolo en un puente que cruzaba el Rin en Bregenz. Su perro estaba junto a él y aullaba. Yo le puse su nombre a mi hijo: “Pero no soy así y tampoco quiero serlo”, dijo.

Heinrich era el que más ayudaba a la madre. En el momento en el que transcurre esta historia, tenía once, dos años más que su hermano Lorenz. Era un callado, nunca quiso ser otra cosa que un campesino. Su mamá solía decirle: “¡Pero eres más adulto que yo! ¡Haz alguna estupidez, Heinrich, por favor!". Pero él no hacía estupideces. Tan grande era su deseo de ser campesino que nunca se le ocurrió pensar si había alguna otra opción para él. Lo irritaba que. ante cualquier pavada, Lorenz se planteara si no podía ser distinta. Hasta el final de sus días hizo las cuentas usando los dedos.

La madre —eso había dicho el padre la noche antes de partir hacia la guerra— sólo debía trabajar en la casa; de la granja debían ocuparse el Heinrich y el Lorenz. Katharina, de once, ayudaba a la madre con la ropa y en la cocina. Walter aún no servía para nada, jugaba con el trompo de madera que Heinrich le había tallado, pero no lograba hacerlo girar en serio.

A Katharina yo le decía tía Kathe. Cuando murió, tenía casi cien años. Se teñía el pelo de negro. Era delgada y anduvo muy erguida hasta el final de sus días. Sus hombros eran rectos y vista desde atrás, aún a los ochenta, pasaba por una de a lo sumo cuarenta; su forma de andar mostraba que la vida le interesaba. Quien la veía de frente, podía pensar que se trataba de una mujer indígena como en las fotos. Para quien la veía de frente, el mundo era una película en blanco y negro, un *western*, cada arruga un canto duro. Tenía una nariz larga y ganchuda y una boca que siempre pareció decir me importan todos un comino. Había querido a mis hermanas, en especial a la mayor, porque era como invisible y sin fallas. Yo le resultaba demasiado salvaje, dijo, no podía conmigo. Le pregunté que qué quería decir, qué era lo que no podía conmigo. Cruzó el aire con el filo de su mano, eso fue todo. A fines de verano, cuando caía la noche, me mandaba con su hijo a buscar manzanas. Debíamos colarnos en el jardín de un vecino

en particular, sacudir el árbol, llenar dos mochilas con las frutas y desaparecer. Yo siempre tenía la conciencia sucia, como si hubiera sido yo —¡yo!— la que le había dado la idea a mi tía Kathe y también a su hijo, que siempre me miraba como si fuera descendiente de rufianes.

¿Y mi tío Walter? Se ahogó en el lago Bodensee, tenía cuarenta y dos. Era pelirrojo —él y mi madre los únicos entre los Últimos que no habían salido oscuros— y tenía la cara picada por la viruela y una cabeza alta y un torso como tallado en mármol por un escultor. Andaba detrás de todas las mujeres y al parecer a las mujeres les gustaba. Además de su esposa gorda con los cinco hijos tuvo una segunda mujer, que hacía la calle. Su esposa, a la vez, se iba a la cama con un vendedor de artículos para el hogar. En algún momento, la amante le resultó muy exigente y se la pasó a su hermano menor. Y después se ahogó. Cuando su padre partió a la guerra, Walter acababa de cumplir cinco años.

Era principios de septiembre y todavía hacía mucho calor; Lorenz se quitó la camisa y se la ató a la cintura. Su rostro era serio, como el del padre, ya resultaba incluso un poco adusto. El perro esperaba delante de la casa, a cada rato volvía a poner la pata sobre el límite que le habían marcado. Nunca había cruzado por iniciativa propia la hilera de piedras. Daba pasitos y gruñía con tonos agudos. Lorenz puso la mano sobre su cabeza.

—Wolf—dijo—, enseguida nos vamos.

Maria estaba en la casa, acostada, en el dormitorio. Que no era mucho más grande que la cama matrimonial. Había lugar para un armario. La puerta estaba apenas entreabierta. Lorenz vio a su madre acostada boca abajo, la cabeza sobre un brazo. Se deslizó por el pasillo y subió por la escalera hasta el altillo. Al lado de una de las vigas, el padre había adosado una caja angosta, el escondite no se notaba. Dentro estaba la carabina. El regalo de Gottlieb Fink. Y municiones también había. Ahora, pensó Lorenz, ahora el padre recibirá un arma del emperador, y esta, la carabina Fink, me pertenece a mí. Hasta que el padre vuelva de la guerra, me pertenece a mí. Se metió una caja con municiones en el bolsillo del pantalón, envolvió el arma con su camisa y volvió a bajar por la escalera. Salió de la casa, llamó al perro: "¡Ven, Wolf!". Los dos corrieron por la pendiente, pasaron el abrevadero, cruzaron el camino, saltaron el arroyo de piedra en piedra y, una vez del otro lado del valle angosto, desaparecieron hacia lo alto en medio del bosque.

Lorenz conocía un buen lugar. Una hondonada que no se abría a la vista por ningún lado. La madre tal vez escucharía los estallidos. Lorenz pensó que no se preocuparía. A veces había cazadores de paso

en el bosque. Abajo en el pueblo nadie oiría nada. Alineó una serie de piedras, del tamaño de puños, sobre un promontorio de musgo; a unos veinte pasos de distancia se echó entre los helechos, apuntó con la carabina y disparó. Cómo recibir el culatazo sin que doliera, eso se lo había enseñado el padre. Sólo a él. a Lorenz, el padre lo había dejado disparar. No a Heinrich, el mayor. Lorenz sabía por qué. El Heinrich quería demasiado a los animales. Nunca sería un buen cazador. El perro dio un salto con el primer tiro. Lorenz lo rodeó con el brazo y acercó su cabeza a la de él. Desde esta distancia, acertó todas las veces. Vació la caja de municiones. Veinticinco tiros. El gatillo era duro. Le dolía el dedo. Eso lo puso feliz.

En cuanto Josef se despidió de María, ella se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Walter se acostó sobre su panza. Aunque ya era demasiado grande y pesado. Era un niño amable. También le gustaba acostarse con el perro, en la casilla. El perro era bravo como todos los perros acá afuera, pero Walter podía hacer con él lo que quería y guarda si alguien que no era de la familia lo tocaba. Gruñía incluso si lo tocaba alguien de la familia.

Katharina tejía, eso se lo había enseñado la madre: era hábil, con lana roja iba a hacer una bufanda Para papá. Tenía que apurarse, así estaba lista cuando terminara la guerra. La madre había visto fotos de soldados; los uniformes azules le habían gustado, hacían que el hombre más insignificante se viera bien. No podía imaginarse otra cosa que Josef volviendo a casa con ese uniforme, y el azul combinaba bien con el rojo.

La madre estaba cansada y se dio el gusto de ese cansancio, ahora que el padre estaba fuera de casa: si no, no se hubiera acostado en la cama durante el día. Había poco para comer. El alcalde, que era el que más cosas tenía, los abastecería con comida una vez por semana durante el tiempo que el padre estuviese ausente. Eso ya estaba arreglado. A cambio, cuando volviese, Josef le retocaría la contabilidad. Los chicos querían al alcalde, era divertido: revoleaba a Katharina por el aire, a pesar de que ya casi no era una niña, e imitaba a un león para Walter. Frente a Lorenz se frenaba, le resultaba demasiado parecido a su padre y eso lo irritaba.

El mismo día en que Josef y los otros tres partieron a la guerra, el alcalde subió hasta lo de María. Llevó papas, cebollas y manzanas. Había llenado un carro y le indicó a uno del pueblo que lo arrastrara hasta arriba: ni bien llegaron, lo mandó de vuelta para abajo. Él mismo había ido a caballo. Cerezas tenían allá arriba, las mejores incluso. Josef le había dicho a María que le diera al alcalde una bolsa llena de cerezas, porque le gustaban tanto.

El alcalde se sentó en la cocina con María; Walter se ocupó del

caballo y Lorenz lo ayudó, o así se expresó para darle una alegría a su hermanito. Los postigos estaban cerrados para proteger la casa del sol caliente. Quedaba vajilla en la pileta. Maria estaba descalza, el pelo atado en un rodete.

En el fin de semana iría al mercado de hacienda en L., dijo el alcalde. Quería buscar un toro. Por la guerra, los precios eran buenos. Pero nadie sabía cuánto tiempo más. En la guerra ya no hay reglas. Tampoco allí donde no hay tiros. En el bosque, eso lo podía garantizar, no se tiraría jamás. Pero los precios eran precios de guerra, acá también. Creía, dijo el alcalde, que era inteligente comprar ahora un toro para el pueblo. Cada uno hace un aporte relativo y a cada uno le corresponde algo. Dónde lo guardarían, eso estaba por verse. Apostaba a que, si Josef estuviese allí, diría lo mismo. Si ella, Maria, no quería ir con él a L. Él sabía que su hermana vivía allá. Podría visitarla. Y en el mercado de hacienda siempre había un poco de feria. Aunque pudiese comprar poco, podía mirar mucho, seguro. Le haría bien.

—Debería llevar a los niños —dijo Maria—. No va a ser posible.

Los niños podían quedarse con su mujer, dijo el alcalde, si nada le gusta más que los niños, y eso que no logró tener hijos propios, ni uno solo.

—Si soy honesto, Maria —dijo—, ya hablé con ella.

Porque había dado por sentado que iría.

Maria quería pensarlo.

Si quería, que el jueves a las seis y media de la mañana fuera con los niños a su casa. Si quería. Nadie estaba obligado a nada acá.

Faltaban tres días. En realidad, Maria se alegraba. Habría música allí, golosinas, personas para mirar y escuchar. ¡Le gustaba tanto eso! También se alegraba de ver a su hermana. No tanto como a los puestos de feria y la música. Seguramente habría una orquesta. Por otro lado, había oído que todas las orquestas habían sido requisadas para la guerra. Y a la vez no podía imaginarse que en la guerra les importara tanto la música.

Lorenz se enojó cuando la madre le explicó que la alcaldesa cuidaría de Walter y que los demás también podían ir a su casa.

—De ninguna manera —dijo él—, nosotros mismos cuidaremos a nuestro hermano, Heinrich y yo y Katharina, además Walter no necesita una niñera.

Expuso astutamente sus reparos hacia el mercado de hacienda: “Tú, como mujer, qué buscas allí, dinero no tienes". Que era la estupidez más grande y que para qué cuernos quería ir.

—Ya. cállate la boca —dijo la madre—. ¡Sólo tienes nueve años y no puedes prohibirme nada!

Reconoció en Lorenz a su marido y sintió enojo.

—¿Puedo al menos llevar a Wolf a lo del alcalde? —preguntó Lorenz. Se había apocado y a Maria le dio pena haberle hablado de esa manera.

—Eso no será posible —dijo—. Si le tiene miedo.

—Pero no va a estar, si se va contigo.

—Igual.

—Wolf no sabe qué hacer cuando se queda solo.

—Un animal siempre sabe qué hacer.

—¿Por qué no puedo quedarme acá con Wolf?

—Porque no.

Al final, cedió. Lorenz podía quedarse en la casa. Con el perro. Walter protestó. Katharina y Heinrich estuvieron de acuerdo. A Lorenz le gustaba darse aires frente a ellos. Sobre todo, cuando había otra gente. Así que les parecía bien que se quedara en casa.

Maria se hizo un vestido azul con la cortina del dormitorio; cosió hasta que le dolieron los ojos, cosió hasta tarde bajo la luz del sol de noche. Quería ponerse el vestido para el viaje, con un sombrero de paja con amapolas frescas. Eran pocos kilómetros hasta L., pero era un viaje. Giró frente al espejo del armario y quedó muy satisfecha. Se sentaría adelante en la banqueta, al lado del alcalde. Esa imagen le alcanzó de sobra.

Quería traerles alguna cosita a los niños. En la azucarera siempre había un par de monedas, las guardó en su cartera, que era su prenda más especial: Josef se la había regalado, tenia caracoles en los bordes, la hebilla era de nácar, estaba cosida con hilos de un material que no conocía, hilos rojos, lisos, brillantes e irrompibles.

La hermana de María se había casado con un comerciante, mucho más viejo y rico que Josef. Era del valle del Rin y tenía muchas ideas de negocios. Cada vez más campesinos del valle construían pequeños espacios junto a sus graneros, contó, y arrendaban máquinas de bordar; no era mucho trabajo, pero rendía bastante y así uno tenía un segundo pilar en el que apoyarse: él, el cuñado, quería introducir la idea en el bosque. Había hablado con Josef sobre el tema, al poco tiempo de casarse con la hermana de María; había ido especialmente a visitarlos, atravesando todo el bosque a caballo, un animal tan maravilloso que el pequeño Walter lloró de alegría al verlo y tembló de excitación cuando Kaspar —así se llamaba el hombre que le había jurado a María que haría feliz a su hermana— lo levantó hasta la montura y le dio las riendas a Lorenz para que hiciera dar una vuelta al caballo y a su hermano. Uno así como Josef le vendría bien, había dicho el cuñado, uno que supiera hacer cuentas, porque la voz se había corrido por todo el bosque. Entonces Josef dijo la primera

palabra: “Adulador”. Es que no tenían ganas de salir ya mismo, todos, de ese bosque perdido y triste —siguió sin pausa el cuñado— en el que no tendrían ningún futuro, ni ellos ni —menos— los chicos, no querían mudarse a L.: Josef debía pensar también en los niños. Ellos ya tenían teléfono y luz eléctrica. Y el primer automóvil del correo. ¡Si eso no era el progreso! El cuñado tenía una idea más. Una idea loca, dijo Bella, la hermana de Maria. ¡Que deberían mudarse todos juntos directamente a Bregenz! ¡Todos juntos! ¡Construir una casa grande! ¡Fundar una empresa grande! ¡Una existencia nueva! ¡Una vida nueva! Eso había sido medio año atrás. Ahora. Kaspar y Bella ya llevaban casados un año y medio y todavía no tenían descendencia.

Maria llegó a las seis y media en punto a la casa del alcalde, con Heinrich, Katharina y Walter, y llamó.

Abrió la esposa del alcalde, que se tapó la cara con las manos:

—¿Cuándo nos vimos por última vez? —exclamó.

—Hace un mes. quizá —dijo Maria.

—¡Cómo terminará esto, Maria —rio la esposa del alcalde—, si tu belleza se duplica de mes en mes! ¡Espero que el diablo no se haya propuesto algo contigo!

El desayuno para los niños estaba listo. Para su marido y para Maria. la mujer había preparado dos cajitas de latón con panes. fiambre y huevos duros.

El alcalde azuzó los caballos, quería impresionar a Maria: dos animales gordos con gruesos lomos marrones; el de la derecha con una crin clara, larga, igual que la cola; el de la izquierda más oscuro, con la cabeza orgullosa y más inquieto que el otro. Maria se agarraba el sombrero para que no se le volara. Sentía claramente que el alcalde se acercaba, con algunos movimientos sus muslos se tocaban. Se ajustó el vestido para que no quedara suelto.

—Seguro que sabes cantar —dijo él—, ¿Cuál es tu canción preferida? Podemos cantarla. Yo también canto bien.

Maria. medio en serio, medio en broma, dijo:

—"María pasó por un bosque de espinos".

—¡Pero esa es una canción de iglesia!

—Es un canon —explicó ella—. Suena muy bien cuando se lo sabe.

—Pero yo no voy a cantar ahora una canción de iglesia —dijo el alcalde.

—Pues entonces no —dijo Maria.

Giró la cabeza e hizo como si viera algo interesante al costado del camino. El coche tenía ruedas de goma, eso era agradable y poco común, al menos allá atrás en el bosque. El camino era incómodo, recién después del segundo pueblo comenzaba un pavimento más fino

y alisado. El alcalde se elevó brevemente del asiento para darle un latigazo con las riendas al overo, enseguida volvió a sentarse y, como por casualidad, se acercó aún más a María. Ella contaba con eso. Así sería a la ida, y también a la vuelta. A veces se inclinaría por encima de ella porque tenía que ver algo o lo que fuera, cuestión de que pudiera rozarla una y otra vez, sin que se le notaran enseguida las intenciones. Si no pasaba más allá, no tendría de qué quejarse. Le daban curiosidad las ocurrencias que podría tener el alcalde con tal de que no pareciera a propósito. Y si en algún momento haría algo que fuese evidentemente a propósito. Al alcalde no le tenía miedo. De todos modos, su aliento le resultaba desagradable. Demasiado cercano. No es que oliera mal. Más bien al contrario. Chupaba caramelos de menta. Justamente porque quería oler bien. Al mismo tiempo se le cruzó por la cabeza que debía ser amable, al fin y al cabo, había cosas que esperar de él. Conseguiría víveres para la familia y también podría pedirle tela e hilos. Y zapatos. A Heinrich no le daría vergüenza usar zapatos de un desconocido, tenía pies como un adulto de grandes. Lorenz, por principio, no se pondría nada que otro ya se hubiera puesto, porque en ese caso sería algo regalado y el principio de Lorenz era: no quiero regalos de nadie, así tampoco tengo que estar agradecido con nadie. Con Katharina no estaba segura. Podía ser terca como Lorenz, pero le encantaban las cosas bonitas, sobre todo si además olían bien. Al pequeño Walter le venía bien cualquier cosa que le viniera bien a su mamá. Y también necesitaban cosas para la escuela. Las clases empezarían pronto.

—Alcalde —dijo ella—, ¿le parece bien tan cerca?

—Perdón —masculló y se corrió.

—Digo nomás —acotó ella.

—Nadie tiene que llamarme alcalde —dijo él—. Al menos, ninguno de nosotros.

—Gottlieb —dijo ella.

Después de un rato, él comentó:

—Gottlieb es lo mismo que Amadeus. ¿Sabías eso, Maria?

—No, no lo sabía.

—Como Amadeus Mozart —dijo él.

—No, no lo sabía —repitió ella.

El alcalde tenía contactos con Dios y María Santísima. Ella también podría pedirle lo necesario a su hermana. Seguro que le sobraba lo necesario. Y se lo hubiera dado con gusto. Pero entonces ella habría quedado más en deuda. Si me pongo así con todos, pensó, entonces está claro que no conseguiré nada. Un beso me puede dar. en la mejilla, y hacer como si fuera amistoso, y del brazo me puede tomar, más no, no demasiado arriba, donde ya transpiran las axilas, y más no

será necesario para que se muestre un poco generoso, y más no va a hacer. Yo para mí no quiero nada.

Se fueron acercando a la zona de L. y ya de lejos oyeron los cencerros de las vacas y la música. De niña iba todos los años al mercado de hacienda; en esa época había empezado a haber puestos como en una feria, puestos de tiro por ejemplo, donde los muchachos disparaban sobre galletas de jengibre con forma de corazón; también un puesto en el que se hacía algodón de azúcar en tres colores diferentes, y mesas al aire libre, sin un techo encima, donde se ofrecían anillitos y cadenitas, pulseras y pañuelos, y puestos con tortas y cosas dulces que venían de la zona, el hojaldre era la sensación. El público estaba bien vestido, se ponía lo mejor que tenía. Bebían sidra. Y las cabezas se ponían coloradas, a esa hora de la mañana ya. Se oía una orquesta, o sea que sí. Al fondo unos platillos, un tambor grande y uno pequeño. De niño, Josef había aprendido a tocar el clarinete, pero no tenía uno propio y por eso abandonó. La orquesta tocó la misma marcha militar tres veces seguidas, hasta que realmente logró irritar a todos. Entonces los músicos guardaron sus instrumentos. Al final de la tarde volverían a tocar.

El alcalde bebió sidra, se había encontrado con un conocido que ya tenía el bocal en la mano, listo para volver a servir. Que Maria diera vueltas sin problemas, acá no se iba a perder, dijo el alcalde. La hacienda estaba en fila detrás de las vallas, vacas, ovejas, cabras. Tres toros había, manchados, tenían argollas en la nariz y estaban atados al piso con unas cadenas cortas. La desesperación en sus ojos era algo que Maria no podía mirar. Los campesinos negociaban entre ellos, con atuendo dominguero, golpeaban con las manos sobre los lomos de los animales, acariciaban a los temeros y permitían que les lamieran las manos.

Había un puesto con rollos de tela en el que Maria se detuvo fascinada; eso está en la familia, a las mujeres nos gusta tocar la tela: a mi madre, a mis tías, especialmente a mí y, bueno, a mi abuela Maria también.

—Tóquela nomás —dijo la vendedora, con tonada del sur de Alemania, y Maria agarró la tela entre el pulgar y el índice y la frotó.

—Eso no alcanza —dijo la vendedora—, tiene que tocarla en serio.

Maria no sabía qué quería decir con ‘Tocarla en serio’. La vendedora le mostró: "Primero levántese las mangas”. Tomó la blusa de Maria, abrió los botoncitos y empujó las mangas hasta las axilas, donde ya estaba muy húmedo. “Y luego entre con los brazos como si fuera agua. ¿Se da cuenta lo fresca que es? Hace bien, ¿no? Ahora que empieza a hacer calor de verdad. Me dan pena los soldados: fines de otoño o primavera hubieran sido mucho más agradables para la guerra, pero ahora tienen que marchar con todo el equipo bajo este

sol, y en Italia hace más calor todavía."

—Gracias —dijo Maria y volvió a bajarse las mangas, pero no cerró los botones.

El alcalde estaba detrás de ella:

—¿Qué color te gusta más?

—Azul cielo.

—Rojo te quedaría mejor —dijo él.

—Pero no es para mí.

—¿Y si fuera para ti?

También había aguardiente. Que si quería tomar un traguito, preguntó el alcalde, pero no lo decía en seno. A él le gustaba beber, pero no se emborrachaba nunca. La mayoría de los hombres acá tomaban poco, pero cuando lo hacían se daban vuelta como cerdos. Josef no bebía jamás.

Primero iba a ir a lo de su hermana y el cuñado, dijo ella, y luego volvería con ambos al mercado.

Pero no pensaba hacer eso. No sabía qué pensaba hacer, el mercado ya no le interesaba más. Se haría largo hasta las seis de la tarde. En un puesto de golosinas vio un chupetín redondo, grande como un plato, con espirales rojas y blancas y verdes. El vendedor dijo que lo rojo era frutilla: lo verde, aspérula; lo blanco, limón. Una porción gigantesca, no entraba en una sola boca, ni hablar en la boca de un niño. Primero habría que romperlo en pedacitos y luego repartirlos. Y entonces el chupetín estaría roto. Guardarlo y nada más no tendría sentido. Un regalo general, eso podría ser. Podrían colgarlo en la cocina y el que quiere, lo chupa. O cinco minutos lo tiene Heinrich, cinco minutos Katharina. cinco minutos el Walter y cinco minutos, si quiere, Lorenz.

Temía que Lorenz dijera por qué gastas dinero en semejante estupidez, no quiero probarlo. Entonces sería el único al que no le habría llevado nada. Un cochecito de madera había visto, más allá, Heinrich podría arrastrar a Walter sentado dentro. Pero entonces otra vez no habría nada para Lorenz. ¿Y qué sería algo para él? Algo para comer seguro que no; compartiría con sus hermanos y se quedaría con la menor porción, o con nada.

Un hombre se le acercó, era apuesto, llevaba sólo una camisa blanca con un pantalón negro, no tenía chaqueta y parecía forastero; hablaba raro, y raro era sobre todo su corte de pelo: casi al ras en las sienes y arriba un jopo.

—¿Busca algo en especial? —preguntó.

—¿Es suyo este puesto? —preguntó ella—. Busco algo para mi hijo, nueve años.

—¿Y qué cosas le interesan?

—Eso es justamente lo que no sé. Usted habla raro. Nunca oí a alguien que hablara así. ¿Qué clase de persona es usted?

El forastero se rio fuerte y largo:

—Y yo nunca vi a una mujer que sea tan directa.

—¿Qué quiere decir con directa? —preguntó Mana.

—Si, supongamos, yo tuviese una nariz chueca y le preguntase si tengo una nariz chueca, entonces usted seguramente me diría sí, tiene una nariz chueca. ¿Tengo razón?

—¿Y qué quiere que le diga si no?

El forastero volvió a reír fuerte y largo. Mi abuela le contó esta anécdota a su hija mayor. Katharina, pero recién algunos años más tarde. Mi tía Kathe me la contó a mí. Dijo que su mamá, o sea, mi abuela, se había emborrachado una sola vez en su vida, no sabía cuál había sido el motivo, pero que en aquella ocasión le contó, de pronto, así de la nada, que se había enamorado una sola vez en su vida, de este hombre, y desde entonces sabía que el enamoramiento no significaba nada, pero el amor significaba mucho. Estando sobria. María nunca habría hablado de esa manera con su hija.

—Me llamo Georg —dijo el forastero y le tendió la mano a María— Soy de Alemania, de la ciudad de Hamburgo, no es por casualidad que estoy aquí. ¿Y usted?

No quiere pasarme revista, pensó María, pero lo hace igual, y no logra esconder su admiración porque me ve tan linda. Muchas veces había pensado eso o algo parecido. No era un arte interpretar las miradas de los hombres. Él le contó que estaba en ese pueblo para darle una noticia triste a una familia; había sido un amigo, su mejor amigo, y era su responsabilidad poner al tanto a la pobre gente.

—¿Es que usted ya estuvo en la guerra, su amigo cayó? —preguntó María.

—No —dijo él—, fue un accidente, no tiene nada que ver con esta tonta guerra.

No quería seguir hablando del tema. María se dio cuenta, pero tampoco quería interrumpir la conversación porque temía que entonces ella se diera la vuelta y se fuera. Que si era de acá. preguntó.

Dio una respuesta breve. Este hombre que se llama Georg me gusta, pensó. Eso era un hecho. Pero también le gustaban las montañas en el brillo del anochecer. Y que se había enamorado de él era algo que notó más tarde. Él dijo el nombre de la familia que buscaba. Había muchos con ese nombre ahí. Por eso ella dijo no, no los conozco. Se despidieron con un apretón de manos, muy formal, y ella se puso en camino hacia lo de su hermana, sin mirar para atrás, la vista fija en el suelo. La casa quedaba sobre una lomada, él podía seguirla con la mirada hasta que llegara arriba.

El cuñado estaba en el jardín delantero y llamó a su mujer, que salió corriendo de la casa, y empezó el abracerío. Luego comieron pan con tocino y bebieron agua con unas gotas de vinagre y se sentaron frente a la casa y miraron hacia abajo, hacia el mercado. A las seis, María volvió a bajar, el ambiente estaba más tranquilo, todos ya habían visto todo.

—Es hora —dijo el alcalde.

Estaba de un increíble buen humor y charlatán. Que había reservado un toro, se lo iban a llevar, no tenía que ocuparse de nada, puro lujo, nada más que riquezas para cualquiera que poseyera un toro. Habló todo el trayecto, sin pausa. Atravesó el pueblo y pasó junto a su casa y no dejó que María dijera una sola palabra y luego hizo como si hubiera olvidado que Heinrich, Katharina y Walter estaban con su mujer, esperando a que los pasaran a buscar.

—Después los mando para arriba. Todavía hay suficiente luz. El movimiento les va a hacer bien. Después dormirán mejor.

Junto al abrevadero ayudó a María a bajar del carro y le dio un paquete envuelto en papel marrón. Para los chicos había comprado bombones de fruta y también útiles escolares. Y para ella. María, este paquete extra. De puro agradecida ella se paró en puntas de pie y le dio un beso, al Gottlieb, al Amadeus. Lorenz estaba con el perro en los escalones de la veranda, los codos sobre las rodillas, el mentón en la mano, y los miraba.

En el paquete extra había tela roja, brillante, e hilos para coser. Y entonces apareció frente a la puerta. El forastero que se llamaba Georg. Sin anunciarse. Nadie se había anunciado jamás en lo de María y Josef. ¿Cómo? ¿Para qué? ¿Mandar primero a alguien que diga que van a ir el día tal y cual? ¿Qué sentido tendría? Dos caminos. Pero de un forastero cabría esperar que le pidiera a un muchacho del pueblo que lo acompañara. Para que quedaran a la vista las buenas intenciones. Apareció de pronto frente a ella… ella otra vez colgando la ropa, con una camisa blanca en la mano que ya había lavado tres veces, de puro descuidada. ¿o la camisa se había colado sola entre la ropa sucia porque quería deshacerse del último olor a Josef. porque las cosas sabían más que las personas y la camisa sabía que Josef no volvería? No, Mana no era supersticiosa. El forastero simplemente la miraba. Ella, los puños en las manos, los brazos extendidos para que la camisa no tocara el suelo. El perro no había hecho un solo sonido. El hombre se inclinó hacia él, lo acarició detrás de la oreja, toqueteó su cuello, sin dejar de mirar a María. La miró *profundo, al interior de los ojos.*

Esa es una expresión que mi madre usaba a veces. Cuando creía que le había mentido, decía: “¡Mírame profundo, al interior de los ojos!”.

En algún momento le dije —tenía ocho y ya estaba llena de indignación hacia nuestra familia, porque había oído tantas historias, sobre todo de los hermanos de mi madre, que, con excepción del Heinrich, no eran como los otros hombres—, fui y le dije a mi madre:

—¡Nadie habla como tú! ¡Siempre hablas como no habla nadie! ¡Por qué hablas como no habla nadie!

Y ella dijo:

—Dame un ejemplo.

Y yo dije:

—Por ejemplo: mírame al interior de los ojos. Nadie dice mírame al interior de los ojos. Si a alguien se le ocurre querer decir algo así, dice: mírame a los ojos, ¡pero no al interior de los ojos!

Lo tenía de su madre, dijo.

—De tu bella abuela —y en la misma exhalación agregó—: era igual que tú.

Me enfurecí aún más.

—¿Y ahora qué quieres decir? Siempre hablas con insinuaciones.

Y ella respondió:

—Ten cuidado de no volverte igual a ella.

Mi bella" abuela era ejemplo y reproche a la vez. Todo lo bueno la acompañaba, pero si algo en mí no le gustaba a mi madre, decía que debía tener cuidado de no volverme igual a ella. Lo bueno de mi abuela eran su dulzura y su paciencia para escuchar a todos: su opinión era que todos merecían ser escuchados hasta que terminaran de hablar y que sólo el hablante podía decidir cuándo había terminado. A veces tengo la sensación de que la dulzura de mi abuela era, en realidad, indiferencia y flema. Como otra de sus cosas buenas se contabilizaba el hecho de que no guardaba rencores. Lo no-bueno en ella era sólo su belleza. No era bueno por sus consecuencias. En nuestra familia, yo era considerada bella. No se usaba la palabra, pero los circunloquios me permitían sacar esa conclusión. A saber, los circunloquios eran todos negativos. “Crees que con esa cara puedes permitirte cualquier cosa.” O: "Átate el pelo, a ti no te hace falta un peinado”. O precisamente: “¡Ten cuidado, no vayas a volverte igual a tu abuela!”. Hoy en día creo que mi madre no lo decía como una amenaza. Quería decirme que fuese cuidadosa, que una cara bonita corre peligro. Si pensaba así. sabía por qué. En el último rincón del valle, la belleza no era de provecho para una mujer. Eso quería decir. Atrás en el valle siguieron hablando de la belleza de mi abuela incluso después de su muerte.

Voy a adelantar algo que recién toca mucho más adelante en la historia, pero no soporto dilatarlo, prefiero contarlo ahora mismo: en algún momento apareció el cura delante de la casa de Maria y Josef,

en el último rincón del valle, tan sin anunciarse como el forastero que se llamaba Georg. Pero el cura no fue amable, como el forastero, que sí lo fue. Porque el forastero fue amable. Tan amable fue con Maria como nadie lo había sido nunca. Ni siquiera Josef. Él podía ser cariñoso. Cuando se ponía oscuro, incluso muy cariñoso. Era servicial y muchas otras cosas. Pero amable no era. Simplemente no estaba en su carácter. El forastero era amable, no hacía diferencia entre hombre y mujer. Pero el cura sólo dijo, no saludó, sólo dijo:

—¡Gira tu rostro hacia el sol!

Y Maria lo hizo. Pero preguntó:

—¿Y por qué debo hacerlo?

—En ese rostro se puede leer todo —dijo el cura.

—¿Qué, por ejemplo? —preguntó ella.

—¿Cuánto hace ya que se fue tu marido? —preguntó, en cambio, el cura, aunque sonó como una orden.

—Desde que hay guerra —dijo María.

—¿Y la panza?

—¿Qué panza?

—¡Tu panza, zorra!

Ella hubiese querido decir que no quería que le hablaran así, tampoco un hombre de la iglesia podía hacerlo. Pero la mala palabra la asustó tanto que no dijo nada.

—¡Es ese maldito rostro! —exclamó el cura. Y se dio vuelta y gritó hacia el valle, como si estuviera en el púlpito y abajo estuviera escuchando toda la parroquia, mirándolo como necios, a la derecha las mujeres, a la izquierda los hombres—: ¿Es que alguien puede creer que Dios el Señor crea un rostro así? ¿Alguien puede creer que Dios el Señor es tan injusto? Las mujeres berrean cuando ven tu cara y vuelven locos a sus maridos. ¿Por qué yo no? Eso dicen. Como si el marido hubiese hecho esa cara para poder mirarla todo el tiempo. Vienen a mi confesionario y me lo dicen. ¿Por qué yo no? Como si yo hubiese hecho tu cara. ¿Con qué basura, por favor? ¿Con qué basura podría haber amasado una cara así? Esa basura no crece acá. Esa basura crece, tal vez, en la ciudad. Y del rostro llegan directo a la panza. ¡Ja! Es un camino corto. Uno ni siquiera puede enojarse con los hombres. Te das cuenta de eso, ¿no? ¡Responde, María! ¿Qué piensas? ¡Dime qué piensas! Si yo ahora te preguntara, zorra, entonces dirías, claro que lo dirías: si Dios el Señor me dio un rostro tan bonito, porque eso dirías, admítelo, también me dio el derecho de andar con los hombres. Que los aceptas. Porque si no para qué serviría un rostro bonito. ¡Exactamente eso piensas! ¡Admítelo!

Todo eso, porque mi abuela estaba embarazada. Y el Josef estaba en el campo de batalla, en realidad en las montañas de Italia. Eso fue

cuando la guerra cumplía medio año. El Josef, eso pensaba el cura y seguramente todo el pueblo, no pudo haber sido. A pesar de que vino dos veces de franco. Pero en cada ocasión, fue muy poco tiempo. El cura y los demás le daban muy poco valor a esos francos. En cuanto la panza se hizo evidente, comenzaron a discutir sobre el asunto. Había otras mujeres de soldados que también estaban embarazadas, pero sobre eso no se discutía. En las discusiones se hacían cálculos. Cada franco son tres días, bien. Pero cuando uno llega del frente, ¿no necesita como mínimo un día para descansar, sin estar en condiciones de hacer otra cosa? Por supuesto que lo necesita. Entonces quedaban sólo dos días. Por lo general, cuando el hombre recién vuelve de la guerra, marido y mujer se desconocen, eso siempre se dice, y una sensación así suele durar aún más que el cansancio. Digamos que dura un día. Bien. Entonces queda apenas un día para consumar el matrimonio. Y que justo ese día la cosa funcione, eso puede considerarse bastante improbable. O por lo menos, poco probable.

Maria estaba embarazada y en su panza estaba mi madre.

Mi abuela no pudo sostener la mirada del forastero. ¡Control!, se ordenó a sí misma. Conocía esa orden en relación con una sola cosa: el deseo, pues. Fuera de eso no había nada en su vida frente a lo que necesitara control. "¡Contrólate!": ya se lo había ordenado su madre. La había descubierto, una vez, buscando placer por mano propia. La expresión 'por mano propia' también era de su madre. Más tarde María leyó ese giro en algún lugar, pero en referencia a alguien que se había suicidado. "Se quitó la vida por mano propia". Cómo lo había hecho, eso no decía. Ella pensó que con un cuchillo. Uno tiene el cuchillo en una mano si va a cortar la otra, es decir, el otro antebrazo. Dicen que no hay que cortar en transversal, sino a lo largo. De dónde sabía eso, ni idea.

"¡Contrólate!", me ordenó también mi tía Kathe. Ella era la que mandaba entre nosotros después de la muerte de mi madre. "¡Contrólate!". Pero no me lo decía cuando no quería hacer mis tareas o porque otra vez estaba empacada por alguna cuestión, sino cuando creía que se me habían vuelto a ir los ojos detrás de algún muchacho. Que tuviera cuidado de no parecerme a mi abuela, eso decía mi tía Kathe.

El hombre le gustaba a mi abuela, se le habían ido los ojos detrás de él. Y, en efecto, el hombre que se llamaba Georg le gustaba más de lo que su Josef le había gustado jamás. Porque con Josef se sumaban muchas otras cosas que eran importantes para un matrimonio, pero que hacían que una cuestión empequeñeciera a la otra. Con este hombre era sólo el deseo.

—Estoy casada —fue lo primero que ella le dijo.

Él respondió:

—Eso ya lo sé.

—Mi marido está en el frente —dijo ella.

Él respondió:

—Lo lamento.

Y después de una breve pausa:

—No soy de esos que se alegran con la guerra, para nada.

—Yo tampoco —dijo María.

—Tu marido supongo que tampoco.

—No. tampoco.

—Tan distinto a ti no puede ser, si no, no lo habrías tomado.

Ella no se sentía bien. Además, le pesaban los brazos, seguía sosteniendo la camisa extendida delante de ella. Como una defensa. Con Josef se sentía bien. Y a veces no tanto. En la oscuridad siempre bien, a plena luz del día, a veces, no tanto. Porque le resultaba un poco oscuro. Ahora se había ido. Debía contar con la posibilidad de que no volviera. Entonces dirían: con Josef se sentía bien, él le hacía bien. Ella se había sentido bien debajo de él. Seguro que dirían esas cosas. Las mujeres del pueblo usarían esas palabras. Era un tema preferido de las mujeres: imaginarse a los dos en la cama. Los hombres usarían otras palabras. El cuerpo de Josef no era pesado. Lo había pensado a menudo cuando él estaba encima de ella: qué liviano que es. Si ella se hubiese arqueado de golpe, él se habría caído. Él se lavaba seguido y a conciencia. No quería oler como los otros hombres. A corral. Para el cumpleaños ella le había regalado un jabón de limón. Él se había alegrado mucho. Cuando chica había sentido mucha vergüenza porque el deseo le resultaba algo tan importante; era probable que de veras se lo leyeran en la cara. Ella era, pues, lo que era. Una vez. en el confesionario, le dijo a la silueta del cura detrás de las rejas: "Soy lo que soy". Y el cura había respondido: "¡Por favor, cuídate! ". Desde entonces sólo confesaba que había mentido un poco o le había respondido mal a la hermana o robado un par de manzanas. Luego ese cura se murió y llegó el nuevo, y ese le había echado el ojo, un ojo malo, como si ella estuviese aliada con el diablo. Desde entonces, Mana no volvió a confesarse.

—¿Cómo supo dónde vivo? —preguntó.

—¿Esa camisa es de tu marido? —respondió el forastero.

—Yo no le dije dónde vivía.

—Se ve gracioso, la camisa así delante de ti. No hace falta. Parece…

—¿Qué parece?

—No gracioso, no. disculpa. Parece una pared. No se me ocurre otra palabra. Porque estoy sin aliento debido a la subida.

—No parece estar sin aliento. No se escucha eso. Para nada.

—Estoy nervioso. Seguro que lo están todos cuando están frente a ti, me imagino.

—No sé qué quiere decir.

—Todos aquí saben dónde vives. No quiero evitar la respuesta, podría asustarte. Preferiría que tú también me tutearas. Si tú dices 'usted' y yo digo 'tú', alguien podría pensar que me tienes miedo.

—No hay nadie aquí que pudiese pensar eso.

—Le pregunté a alguien en el mercado: ¿dónde vive la mujer amable con la que hablé recién? Olvidé darle algo y ahora se fue, pero es muy importante, sólo por eso vine desde tan lejos, debo entregarle una cosa. Mentí, dije que tenía que transmitirte una noticia.

—¿A quién le has preguntado?

—A un hombre en uno de los puestos que nos miraba mientras hablamos. Se rio y dijo que podía entenderlo, que cualquiera pierde la cabeza contigo y se olvida de lo que en realidad quería decir.

—No lo creo, que haya dicho eso.

—No, tienes razón, no dijo eso.

—¿Por qué me cuentas algo así?

El hombre dijo:

—No me eches, Maria. Sólo quiero mirarte. Hace tanto que no veo algo bonito. Te prometo que no me acercaré más que un metro. Sólo déjame mirar tu cara.

Apareció Lorenz junto a su madre, el perro ladró, ladró fuerte. Lorenz lo tomó del collar y lo alejó del forastero.

—¿Quién es este hombre, mamá?

El hombre dijo:

—Vengo de lejos, mi nombre es Georg, como el de San Jorge que peleó contra el dragón. Dijeron muchas porquerías de mí, deja que te lo explique. No soy una mala persona. Vi a tu madre en el mercado. Fue amable conmigo. Las personas amables no sobran en mí vida. Si estuviera a solas contigo, muchacho, entonces lloraría, así como un hombre llora delante de otro hombre. Pero delante de tu madre no quiero llorar. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo nueve —dijo Lorenz y se paró frente a su madre—. ¿Qué quiere de ella?

—Perdí a mi mejor amigo —se lamentó el hombre—. Tuve que informar a sus padres. Hoy encontré a los padres de mi amigo, pero no se los pude decir, no tuve el valor. Dije que no sabía dónde estaba. Ellos dijeron que más le valía no volver a aparecer por allá. Se largó y nos dejó solos. Ya no es nuestro hijo. Eso dijeron. Pero está muerto. Y no tuve el valor de decírselo. Déjenme pasar a su casa. Por media hora nomás. No soy un peligro. Para nadie. Sólo sentarme un momento y

beber un vaso de agua, eso quiero.

Y Lorenz, aunque no quería, sintió simpatía por el hombre desconocido y lo hizo pasar; se le adelantó a Maria. apenas nueve tenía y ya se comportaba como el dueño de la casa, a su madre no le parecía bien. Pero Lorenz pensaba que, si el padre no estaba. era él quien llevaba las riendas.

Se sentaron alrededor de la mesa. Lorenz frente al forastero, así lo tenía bien en la mira. Maria en el banco esquinero, pero enseguida se levantó, hizo esto y aquello, no podía quedarse quieta. El perro se metió debajo de la mesa, se acomodó entre los pies de Lorenz y los pies del forastero. El gato estaba en el alféizar de la ventana y miraba hacia afuera; por encima de la montaña aún se veía una franja de cielo dorado.

—¿Eres el mayor? —preguntó Georg.

—No. Heinrich está por encima, pero no tiene fuerza para imponerse a las personas, vive para los animales. Yo represento a mi padre, que tuvo que ir a la guerra. Me ocupo de que a mi madre le vaya bien.

—¿Por qué hablas tan raro? —preguntó Georg—, Los niños no hablan así.

—Así como usted tampoco habla nadie —dijo Lorenz.

—Acá nadie habla así; en casa, en Hannover. todos hablan así.

—Hablas en escrito —dijo Lorenz—, por eso yo también hablé en escrito.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir —respondió Maria— que alguien habla como se escribe. Entre nosotros decimos que habla en escrito. Al Lorenz le sale bien.

—¿Y de dónde sabes cómo se escribe? —preguntó Georg.

Maria y Lorenz se miraron. No sabían a quién estaba dirigida la pregunta.

—De leer —dijo Lorenz al final.

—¿Y qué lees? —preguntó Maria—. ¿Cuándo lees? Nunca te veo leer. Pero te creo. Puedo entenderte. Lees cuando estás solo. Eso lo puedo entender. Él lee cuando está solo. Puedo entenderlo.

Y luego dijo:

—Debo salir, tengo que terminar de colgar la ropa.

Cuando el hombre y el niño se quedaron solos, el hombre le contó al niño su vida. Que ya de pequeño su vida no había valido nada, obligado a curtir cuero; que cómo había conocido a su mejor amigo, con las manos quemadas por el trabajo en la curtiembre; que cómo había crecido en los límites de la ciudad, en un lugar en el que todo apestaba a curtiembre, día y noche, hasta los calzoncillos y las medias

de cualquiera apestaban a curtiembre. Su amigo y él se habían convertido en una fuerza única, pergeñando en sus cabezas formas para hacerse de dinero de verdad. De verdad, un montón. No un puñado.

Lorenz dijo:

—No le contaré nada a nadie, palabra de honor.

Porque fue con un asalto.

—Soy un criminal —dijo Georg—. Asalté a un hombre y le robé su dinero, que no era de él. Sólo era el emisario. Pero tenía una pistola encima y nosotros no. Disparó y mi amigo cayó muerto. Y yo desaparecí. Eso.

—¿Con el dinero? —preguntó Lorenz.

Georg se inclinó sobre la mesa y susurró:

—Dime, niño, ¿puedo dejar el dinero a tu cuidado? Te daré una parte.

—¿Cuánto? —preguntó Lorenz.

—Podemos negociarlo —dijo el hombre.

—La historia es mentira de cabo a rabo, ¿no? —dijo Lorenz.

Katharina entró dando saltitos —esa que después se convertiría en mi estricta tía Kathe, la que tantas veces me dijo que me controlara— y se paró junto a ellos, como para una fotografía. Y, arrastrando el cochecito con el gato, entró Walter. ese que luego se convertiría en mi tío Walter, que perseguiría a todas las mujeres, imposible de pasar por alto con su jopo colorado, y que sería engañado por su propia esposa con un hombre que se parecía a Clark Gable (a veces los dos me llevaban a través de la frontera hasta Suiza, o arriba a la montaña; esas veces me pasaba dos horas en el auto y buscaba estaciones en la radio y me aburría mientras ellos hacían de las suyas en un hotel o en una pradera primaveral). Por último, desde el establo, llegó Heinrich, ese que. como dijo su hermano Lorenz, viviría toda su vida dedicado a los animales. Y también Maria terminó con la ropa, afuera, e hizo café y se sentó de nuevo en su lugar junto al forastero.

—¿De qué hablan? —preguntó.

—Sólo nosotros dos hablamos —dijo Lorenz— el Georg y yo. Los otros no dicen nada.

—¿Y qué hablan ustedes dos?

Lorenz dijo:

—Negocios.

Faltaban tres niños aún: mi tía Irma, mi tío Sepp y, pues, mi madre, la Grete. Pero sólo la Grete nació cuando todavía había guerra.

Cuando fui por primera vez al Museo de Historia del Arte de Viena y vi las pinturas campestres de Pieter Brueghel el Viejo, pensé: esos

parecen los míos tal cual los describen mi madre y mi tía Kathe. Los niños son como adultos, sólo que más pequeños. Llevan la misma vestimenta, sólo que más pequeña. Tienen los mismos rostros serios, sólo que más pequeños. Las casas son tan chicas, es increíble pensar que allí cabía gente. Conozco todas sus historias. Son historias como las de la pintura de los proverbios que vi en Berlín, en la colección de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano. Y así como hay muchos proverbios que no sé interpretar, a veces tampoco sé qué hacer con algunas de las historias de mi gente. Porque cuentan locuras. De un gendarme hablan, que. cuando terminaba su turno, se acostaba en un canapé en su casa y dormía: entre medio comía en silencio unas salchichas de Viena y se tomaba un chocolate, casi nunca otra cosa. Luego volvía al canapé, hasta que a la noche se acostaba en la cama. Ni una palabra a la mujer o a los hijos, hasta que murió, y cuando estaba en la casa había que apagar la radio. Sus colegas dijeron que durante la jornada laboral tampoco hablaba, casi nunca. ¿Qué hay con el hombre de abajo a la izquierda? El pie izquierdo sin zapato, una venda blanca en la pantorrilla derecha, un vestido blanco hasta la rodilla y un chaleco ajustado que parece una armadura, en el puño derecho un cuchillo largo, la hoja hacia adelante, en la cabeza un casquete, clavando la frente en una pared de ladrillos: ¿qué proverbio representa? ¿Y qué hay de la hermosa mujer abajo, en el medio, la del pelo suelto, el vestido largo color púrpura, con el escote profundo, parada detrás de alguien, un hombre, una mujer, cubriéndolo — o cubriéndola— con un manto azul? Por el tragaluz del techo asoma una escoba. Sobre el techo hay fuentes, vacías y llenas. ¿Serán fuentes? Detrás de una saliente del techo aparece un hombre que les dispara con un arcabuz. ¿Por qué hace eso? En la lejanía está el mar. De una joven mujer se cuenta que. después de recibir la noticia de la muerte de su marido en el campo de batalla. se puso en marcha hacia lo de sus hermanos, que vivían a dos pueblos de distancia, y recién llegó cuarenta años más tarde, cuando ya había terminado la Segunda Guerra, en la que habían caído un hijo de su hermana y un hijo de su hermano. Tantas cosas pasan, y pasan al mismo tiempo, aunque pasen una detrás de la otra. Como en las pinturas de Pieter Brueghel el Viejo.

Lo intenté. Un poco sé pintar. Pero nunca quedaba contenta. ¡Si tan sólo fuera música! Los tonos de base de mi pasado son casi todos marrones. Ocre. Cálidos como un establo con vacas. El color de los establos con vacas es marrón. Blando. O tierra congelada, fría y dura, cubierta con un aliento de hielo gris. Una mañana helada de enero, me quedé pegada con la lengua al picaporte de la puerta, congelado, y me arranqué un pedazo de piel. A veces un ropaje de un azul que una se queda boquiabierta. Praderas secas. Muy poco rojo puro; en

realidad, nada. Amarillo mantecoso. ¡Esa felicidad en un instante de sol! Como al jugar a la mancha, como si por un instante nos garantizaran que no nos pueden tocar. El color de las caras, indefinido. Del verde, la paleta entera; pero más bien escondido está, el verde. Blanco y negro sólo para Josef. Rostro blanco, camisa blanca, traje negro y cabellos negros. Mezclé acuarelas hasta que. sobre mi antebrazo, resultaban indistinguibles del color de la piel.

El recuerdo debe ser considerado un desorden insalvable. Sólo cuando lo convertimos en drama llega el orden. “Pues como es nomás la vida.” Otro dicho de mi tía Kathe. Pues como es nomás la vida de algunos de los míos en especial. Nunca queríamos ser algo especial. Mi abuela tampoco. Pero éramos algo especial. Yo me retorcía de vergüenza. Creo que mi abuela no tuvo la oportunidad de no ser algo especial. Ella está en el medio. Los muchos muertos yacen a sus pies. Lo que no quiere decir que estén todos ardiendo en el infierno. “Tuvimos todo, y la mayoría no nos fue concedido.” Un dicho más. ¿Quién lo entiende, por favor? ¿La mayoría es eso que uno no necesita tener? Ese dicho lo despachaba mi tía Kathe. pongamos, una noche cuando había visitas, después de haber jugado a las cartas y cuando por fin uno se levantaba de la mesa y decía que se le hacía tarde y todos los demás lo seguían y de pronto la sala quedaba vacía. Entonces la tía Kathe apoyaba las palmas de sus manos sobre la mesa y decía: “Tuvimos todo, y la mayoría no nos fue concedido”. Y su marido, siempre iracundo, asentía con la cabeza: “Sí, señor. Sí, señor".

En esta formación yo me encuentro junto a mi madre muda —esa que. cuando interrumpí la historia, ni siquiera estaba en la panza de Maria— del lado del corazón. A mi lado está mi hija Paula, que tampoco sigue entre los vivos; era la más vital de todas, tan vital como mi abuela. Hace cien años ser vital era una especie de reproche: “¡No seas tan vital!”. Eso se decía. “Es que ella es un poco vital.” Se aclaraba, a modo de disculpa: puedo imaginarme que una madre y una suegra hablaran así entre ellas. “Es que mi hija es un poco vital”, le dice la madre a la suegra de su hija, por poco que no agrega un “lamentablemente”. Mi hija Paula se cayó de una montaña a los veintiún años y recibió un golpe mortal de una roca. Me acompaña cada día. todo el día. igual que mi madre, que murió a los cuarenta y dos dejándonos solos a los niños, éramos cuatro. Yo acababa de cumplir once años. Tres de nosotros fuimos desplazados a lo de la tía Kathe. Mi hermano menor a lo de la tía Irma, que en el momento en el que interrumpí la historia de mi abuela, igual que mi madre, aún no había nacido.

Darle un orden al recuerdo, ¿o sería una mentira? Una mentira en la medida en que estaría haciendo como si ese orden existiera.

Maria.

Está hechizada por ese hombre desconocido que llama Georg, aunque no sabe cómo la cosa puede haber llegado tan lejos. Él está sentado en el banco esquinero, sus codos apoyados atrás, sobre el respaldo, así su pecho parece más ancho aún. Lleva puesta una camisa nueva. Una que todavía no fue lavada. O a lo sumo una, dos veces. Una camisa de ciudad. Reluciente y nuevita. Ella tiene ojo para eso. Si estaba en camino desde tan lejos, bajando desde Hannover. piensa ella, ¿había guardado esa camisa para ocasiones especiales? Y recién afeitado está. Los hombres del pueblo se afeitan una. dos veces por semana o simplemente el domingo. Josef todos los días. De verdad: todos los días. "Te lo juro", le había dicho Maria a su hermana. "Algunos días hasta dos veces." Los no-afeitados, los barbudos, parecen inofensivos. Iguales a todos, bah. Josef no quería parecer inofensivo. Y no como todos. Él quería aparecer en blanco y negro. Cabello negro, rostro blanco. Ella no sabía de dónde sacaba ese gusto. A ella le gustaba, siempre le había gustado.

El forastero era del tipo claro, pelo rubio-rojizo. No tenía un cutis tan impecable como el de Josef, una mancha roja allá, una casi azul acá. una arruguita. y pecas por todos lados, no muy tupidas. Se ríe desenfadadamente en medio de la cocina. Señala el salero. Si se lo alcanzan, para el pan con manteca, pregunta mientras mastica. Elogia la cosita. Parece un hombrecito, un sombrero arriba, las manos en los bolsillos. La cosa se la había regalado la hermana a Maria La parte de la pimienta se perdió, una mujercita. Nada se pierde en la casa, pero esa parte se había perdido. Sal el hombre, pimienta la mujer. Georg golpea a Lorenz con el puño, en el brazo. Le ofrece su costado. Ríe con la boca llena. Confianza, cuando uno habla y se ríe con la boca llena en la casa. Lorenz le devuelve el golpe. Desenfadadamente. El anciano de once años, Heinrich. sonríe como un jubilado. Así huele, también. A María le da vergüenza el olor de su hijo mayor. A establo y a transpiración vieja, también a cuerpo viejo. Podría pasarse un día entero bajo el chorro de la fuente y lavarse con el buen jabón de su padre, seguiría oliendo a establo y a transpiración y a hombre viejo. Y así huele toda su vida. Y cuando fui a su entierro, creí que la tumba olía a él: la corona, las pocas flores, el acetre con el agua bendita, el agua bendita.

Katharina baja las cejas, ¿es que no encuentra nada para criticar en el hombre desconocido? ¿Ni se le cruza por la cabeza preguntarse qué estará buscando allí? Le gusta, sí, es así. El gato se refriega contra las pantorrillas del hombre y empuja la frente contra su puño. El perro le lame la mano y le acerca la cabeza y la mueve de un lado al otro, para que lo acaricie en el lugar correcto. Y el pequeño Walter ya está saltando sobre sus piernas, ese crío gracioso, que hasta el final de sus

días será capaz de venderle un buzón a cualquiera y hacer reír a cualquiera, e incapaz de enojarse con nadie, ni siquiera con su mujer cuando ella lo engaña, tampoco con su amante cuando comienza a interesarse por su hermano menor, el Sepp, a quien le faltaba mucho para llegar al mundo en la época en la que transcurre esta historia. Con su pelo naranja, el Walter podría pasar sin problemas por crío del forastero. Que. dicho sea de paso, no dice "crío", sino "niño". Que si puede ayudar a Maria en algo, pregunta. Él no sabe. No, él no sabe nada. Lo que pasa dentro de ella, no lo sabe. O si lo sabe, no se aprovecha. Si puede tener un poco más de agua. Lorenz se adelanta, toma su vaso, vuelve a salir y baja hasta la fuente. El hombre sabe que me enamoré de él, pensó Maria. pero no se aprovecha.

Enamorada, sí, así estaba, y era mejor que lo que sentía por Josef, su marido. Lo comprobó en silencio. Una y otra vez. No se lo diría nunca a nadie. Qué era. ya, esa sensación: no tendría consecuencias. Georg no regresaría y a ella no le quedaría nada. Las sensaciones se evaporan, sólo en las novelas puede que duren más: en algunas novelas, dicen, toda la vida.

A la noche, al irse, el forastero puso las manos sobre los hombros de ella —seguían dentro de la casa, porque podía ser que alguno de allá abajo tuviera ojos de lince— y las dejó allí un rato, acarició con los pulgares la piel encima de las clavículas. Que él no se animaría así nomás a besar una cara como esa. ni siquiera si estuviese permitido, dijo.

Y al día siguiente, apareció de nuevo en la cocina. Maria estaba echando sémola en la leche. Se asustó y lo miró y no pudo hablar. Los niños estaban en algún lugar cerca de la casa, con el último sol cálido de otoño. Él se había fijado. Afuera había suficientes cosas para hacer, para jugar, para ocuparse. La sémola se quemó, pero apenas, la podría salvar.

—¿Puedo comer un poco, también? —preguntó él—, ¡Huele tan delicioso!

Ella se paró frente a él y dijo en voz baja: Estuve pensando en que ojalá volviera a verte una vez más". No le costó mucha valentía decir eso. Ya habían cruzado el punto en el que hubiese sido valiente hablar así. Pero ninguno de los dos se había dado cuenta.

Los niños trabajaban afuera y hacían como si trabajaran, qué otra cosa es jugar. Pero habían visto a Georg, subiendo por el camino empinado, y les pareció normal, a pesar de que era sólo la segunda vez que subía. Mi tía Kathe me contó que probablemente fuera así porque, en realidad, los chicos ya daban por perdido al padre. Al fin y al cabo, dos de los que habían partido con él al frente ya habían caído, así que los niños seguramente pensaron que la mamá se estaba buscando un hombre nuevo, aunque tampoco podía estar del todo

segura: primero, porque había pasado mucho tiempo: segundo, porque había sido más una sensación que un pensamiento.

Y al día subsiguiente volvió a aparecer. Tan temprano esta vez, que sí alguien hubiese visto de casualidad cómo Georg y María salían de la casa después del primer desayuno podría haber pensado que el hombre había pasado la noche allí. Lorenz, que salió de la casa detrás de ellos, todavía tenía puesta la camisa de dormir, blanca. La oscuridad, afuera, recién se iba. Era el último día de vacaciones, mediados de septiembre. ¿Pero dónde en esa casa minúscula, por favor, podría haber dormido un forastero?

María temblaba de excitación, y cuando Georg "se despidió definitivamente" —ella estaba apoyada de espaldas contra la puerta cerrada y él estaba muy cerca, se tocaban de la cintura para arriba—, ella le mordió la mano. Katharina lo vio, justo en ese momento había abierto la puerta desde dentro. Georg se llevó la mano herida a la boca. Un insulto breve. Y luego la besó a María. Y ella lo permitió. Rígida y quieta y feliz. Y él no podía parar. Katharina los miraba.

Si yo hubiese interrogado a mi tía Kathe, jamás me lo hubiera contado. Pero un día. ya tenía más de noventa, me lo contó. Por sí sola. Con una expresión en la cara como si necesitara deshacerse de eso también, antes de llevárselo y que nadie más lo supiera. Del gran beso me contó. Y de la sangre que corría por la manga del hombre, mientras sostenía entre las manos el rostro de su madre.

El Heinrich no se enteró de nada. Él era uno con los animales, como había dicho Lorenz, en escrito.

Al primer hombre en mi vida —en esa época aún no conocía esta historia— también le mordí la mano. Estaba casado; yo tenía apenas diecisiete. ¿Podía hacer como si me perteneciera a mí sola? Y claro que quería ser su única. La esposa no vale. No cuenta. Es una especie de hermana. Hablaba de ella como de una especie de hermana. Yo le preguntaba por ella. "¿Cómo le va? ¿Se le pasó el resfrío?". Quería saber cómo estaba, como si me preocupara Él era veinte años mayor que yo, tenía un auto americano, una "nave"; a partir de cierto tamaño se decía "nave" y con eso se quería decir que era americano. Lo estacionaba delante de nuestro edificio.

Mi hermana pequeña, que sabía todo de mí y apenas se acordaba de nuestra madre, miraba por la ventana y gritaba: "¡Llegó!".

Yo me paraba detrás de ella y miraba hacia afuera, veía cómo cerraba el techo corredizo y limpiaba algo en la aleta de la nave con la manga de su camisa. No tocaba la bocina. A mí me habría disgustado. Él no quería. Decía que yo debía afinar los oídos y escuchar, así oiría cuando él estaba llegando. Que tocar la bocina para buscar a la amante era vulgar. Yo no conocía la palabra y la busqué en el

diccionario. Él hacía todo bien. Tenía una radio marca Blaupunkt, que eran las mejores. Pensé en hacerlo esperar, un cuarto de hora, media hora, para que su deseo por mí se catapultara hacia la locura. Estaba dispuesta a todo. Él opinaba que aún no.

Medio año más tarde era *yo* la que lo esperaba, en un café, tres horas, bebiendo té negro hasta que se me acalambró el estómago. Me sentía miserable. Era una que esperaba. A la que sólo le quedaba esperar. ¡Yo, que había nacido para hacer esperar a los demás! Habíamos acordado el encuentro. Llegué a la hora exacta. Como siempre en los últimos tiempos. Los jueguitos con la espera se me habían vuelto idiotas. Él no vino. Tres horas esperé. Al día siguiente volví al café: sabía que no me había equivocado de día. pero quería al menos un poco de consuelo e hice como si me hubiese equivocado de día. Un tercer día esperé. Esta vez ya sin consuelo. La camarera dijo que ese día el té lo pagaba ella. De la boca para arriba era atractiva, ojos expresivos, una frente elegante, pero la boca era fea, labios débiles y comisuras caídas.

—No tiene sentido —dijo ella.

No me peiné más, no me lavé más, y cuando mi tía Kathe me dijo que parecía una loca de la calle me dio igual.

Mi amor—así lo llamaba en mis pensamientos, sólo allí— volvió a aparecer medio año más tarde, y yo lo perdoné, y empezamos a encontrarnos todas las noches. Pero en algún momento, cuando pasó su pulgar sobre mi boca que aparentemente había extrañado tanto durante su “exilio", ahí lo mordí y me quedé aferrada a su dedo como un pitbull terrier y él gritó y sacudió mi cabeza para todos lados. Su mano se infectó; se hizo dar la vacuna antitetánica en un hospital, algo que no era necesario, pero él me quería mostrar que me había comportado como un animal y que una mordida mía tenía que ser tratada como la mordida de un animal.

—¿Cómo le explico esto a mi mujer? —se lamentó—. ¡Las marcas de los dientes se ven clarísimas! El médico dijo que quedaría una cicatriz idéntica a la herida. Toda la vida.

Yo no le pedí disculpas; le propuse que le dijera a su mujer que se había mordido él mismo. Quien pide disculpas, es culpable.

—¡Pero va a pensar que estoy loco! ¡Nadie se muerde a sí mismo!

Que le dijera que había sido un sueño, le sugerí, y juro que no estaba bromeando. Que le dijera que había soñado con milanesas y había pegado un mordisco. Eso era gracioso, seguro que su mujer se reiría.

—No me va a creer —siguió quejándose—. Ya está sospechando algo. Va a comparar mis dientes con los de la herida. ¡Tengo dientes totalmente distintos a los tuyos!

—¿Es de esas? —pregunté sin cinismo, honestamente sorprendida —, ¿De esas que compara marcas de dientes?

Su mujer vivía en Suecia. Tenían una hija concebida en París; por lo tanto, la niñita se llamaba París: tenia siete años. Vivía con su madre en Estocolmo y al parecer sabía hablar sueco y alemán y de por sí era superdotada. Antes de que él se fuera, le había dicho que quería leer a Nietzsche. *Así habló Zaratustra*, aunque él creía que ella pensaba que era una novela. Yo conocía el nombre Nietzsche por mi padre y el título del libro también me sonaba, pero si era una novela o no, eso no lo sabía. Pero no dije nada. No fuera a ser que él pensara que yo, con mis diecisiete años, no era tan viva como su hija de siete.

—Y a pesar de todo, volví contigo —dijo él.

—¿Por qué a pesar de todo? —pregunté yo.

Él había vuelto conmigo. Quería creer todo lo que me prometía, aunque en verdad no le creía. Que iba a separarse de su mujer, dijo, la decisión estaba firme como una roca, pero el divorcio era demasiado complicado, al fin y al cabo quería abrazar de vez en cuando a su hija.

Yo dije:

—Si de todos modos quieres separarte de ella, entonces da lo mismo si sabe que fui yo quien te mordió. Tal vez. así, hasta siente simpatía por mí y le resulta más fácil soltarte.

Él había alquilado un departamento pequeño en nuestra ciudad pequeña. Podía mudarme con él, aunque él viajaba seguido, si eso no me importaba; no hacía falta casarse, casarse le parecía falso. Ya había dicho esa mentira una vez, con eso alcanzaba.

Era amigo del filósofo Kart Jaspers. Le pregunté si entonces él también era un filósofo y me dijo que estaba en camino a serlo. En esa época yo no sabía quién era Jaspers. Le escribía cartas cortas a mi amante, que a él le gustaban; decía que tenía pensamientos propios, que eso le parecía muy bien. Y que cuando los formulaba, le parecía especialmente bien: yo era nomás algo especial. Una vez me llevó con él a Basilea. Allí vivía el filósofo, ya no estaba muy bien de salud, le costaba respirar, pero se alegraba de vemos.

El filósofo se veía viejo y su voz era queda; su hablar tenía esa cosa filosa típica de los alemanes del norte, que para mí siempre suenan como si estuvieran gastando alguna pequeña broma. Yo temblaba de timidez. Pensaba que ya sólo al decir 'buen día' me iba a equivocar, y que me corregirían o se reirían de mí. Mi padre era culto y leía filósofos, así que yo sabía lo que se suponía que significaba encontrarse con uno de esta talla. Me senté en silencio en el sillón que me indicaron. Mi novio conversó con el filósofo; imitaba su forma de hablar, por pura admiración. Si recuerdo bien, el tema era el "pensamiento sin objeto".

Una vez, el filósofo se dirigió a mí. Preguntó qué edad tenía y dijo que me conocía.

—No —respondí, pero en voz tan baja que seguro no me escuchó.

—Conozco una oración suya —dijo.

Sacó un papelito de entre sus carpetas y leyó:

—Quiero saber cómo eres y por qué así, no te puedo confiar, todo lo que quieres ser parece inventado, y tú mismo, de carne y hueso, debes ser un estafador, y lo que es más grave, me da igual…

Esa oración estaba en una carta que le había escrito a mi amante. O sea, había mostrado lo que sólo estaba destinado para él. El filósofo me miró y dijo, esta vez sin la pequeña broma del norte de Alemania en la voz:

—Beba su té antes de que se enfríe.

No nos quedamos mucho. El filósofo se cansó y nos despedimos. La noche siguiente habría una fiesta en la que podría conocer gente interesante, que fuera. Podría ser importante para mi vida.

La fiesta se hizo en un departamento repleto de libros y personas, todas por lo menos tres veces más grandes que yo, los libros más viejos aún, cuatro veces más hombres que mujeres. Me paré contra la pared.

—No bebas y no fumes, ¡promételo! —dijo mi amante antes de desaparecer entre la gente. Busqué al filósofo. Ni rastro del anciano que había robado mi oración.

Se me acercó una mujer; llevaba el pelo en un corte afro, cosa que en esa época era toda una declaración, e irradiaba un olor dulzón, no sabía qué era. hoy sé que es pachuli, otra declaración.

—Ven —dijo—, te hago un chocolate caliente.

La seguí por una escalera hasta un cuarto pequeño. Hacía calor; ella me empujó hacia un sofá y me tapó, porque parecía helada.

—Qué bien que no fumes ni bebas; no dejes que te arruinen.

Y entonces dijo la oración que después le robé y acuñé para hablar de mi abuela:

—Supongo que no tienes la opción de no ser algo especial.

El cacao estaba muy caliente y muy dulce; ella se sentó junto a mí.

—¿Hace cuánto tiempo que estás con él? —preguntó.

Dije que eso era difícil de responder, porque entre nuestros encuentros siempre había pausas largas.

—Sabes que está casado y tiene una hija, con el tonto nombre de París, ¿no? —No esperó mi respuesta—. Porque mentir, llamativamente, no miente. Que yo sepa, hasta ahora nunca estuvo con una tan inocente como tú.

—Si usted no me conoce en lo más mínimo —dije.

Me llevó a la estación, esa misma noche, empujándome por el empedrado que iba en bajada. Me compró un boleto, lo sostuvo delante de mi cara, y en el dorso escribió un número de teléfono.

—Si te embarazas, llama aquí —dijo—. Pide por mí. Heidrun. Lo anoto también. Nadie se acuerda de ese nombre.

En casa, sólo mi hermana menor se había preocupado por mí. Al fin y al cabo, había estado fuera dos días y medio. Se había metido en mi cama, vestido con mi pijama y escrito en mi cuaderno. Se había convencido de que yo no volvería y que a partir de ese momento debía ser yo. Más tarde, cuando las dos ya éramos mujeres, me dijo que le hubiese gustado.

No sé nada sobre los sueños de mi abuela… Una sola cosa heredé de la bella Maña: su cuadernillo de muestras. Tía Kathe me lo había dado, colocando una mano encima como si necesitara bendecirlo. El cuñado, Kaspar, el cosmopolita, lo había traído de Viena; tenía la idea de abrir una tejeduría en Bregenz, la primera del país, y vender las telas hacia el lado de la capital, bien entrado el este. Eso había sido antes de la guerra. María amaba las telas, igual que yo; ella no podía, yo no puedo, dejar quietas las yemas de los dedos si tenía delante, tengo delante, batista de seda. tela, terciopelo, tafeta, voile. Aunque sea en pequeños cuadrados en un cuadernillo de muestras, del tamaño de un morral infantil. Cuando nació mi madre, mi abuela yacía en una cama cómoda en lo de su hermana, que había asistido al parto en la casa y bautizado de urgencia a la beba; así que ahí estaba María, apoyada sobre las almohadas, la minúscula Margarethe, Grete, en una cáscara de nuez a su lado. María era Blancanieves, negra como la tinta, roja como la sangre, blanca como el papel. El cuñado le trajo el cuadernillo de muestras; María lo había admirado en cada una de sus visitas. Dijo que era un regalo. María pasó las puntas de sus dedos sobre los cuadrados lujosos, y soñó. Se soñó lejos de todo, lejos de la familia, de los niños. Sin remordimientos, así la veo, así me lo imagino. Como si la familia nunca hubiese existido. Como si hubiera nacido en Viena o en Berlín, en ciudades donde una como ella habría llamado la atención. Su cuñado tenía libros con ilustraciones de Viena y Berlín, le gustaba hojearlos. Se soñaba a sí misma en la ópera, mirando desde un palco hacia la platea y notando que la gente murmuraba sobre ella. Era la belleza de la que todos hablaban. Había damas a la vista, y María era una de ellas. Llevaba un vestido color azul frío, tan frío como la nieve helada cuando le pega el sol; destellaba y sus ojos eran tan brillantes como los de las damas en las novelas. Escondería sus dedos, arruinados de tanto lavar la ropa, en guantes de satén. O no, ¡sus dedos no estarían arruinados! Ella sería la que había nacido en la ciudad. ¿Tendría un caballero a su lado? ¿En

los oídos de las damas de la ciudad, la palabra caballero" sonaría igual que en los suyos? O se reirían las damas de esa palabra. Su caballero soñado se parecía a veces a Josef. otras a Georg; más elegante era Josef en su negrura, pero su corazón latía por Georg. Josef en su frac sería el hombre más hermoso de la ópera. Las miradas se le quedarían pegadas. En sueños una persona puede ser egoísta. Ella no quería compartir la admiración con nadie. Quería que la admiraran sólo a ella. Así que imaginaba a Georg a su lado. Podría llamarlo cariñosamente "mi zorro", por su humor y su color. Una carroza los llevaría de regreso a la casa en la ciudad y en su excitación se le caería la copa de *shampán*. Ni siquiera sabía cómo se escribía "champagne". Georg le quitaría el vestido pasándolo por encima su cabeza, ella se sentiría mareada por el alcohol, y Georg haría correr el agua en la bañera. Sería como en el Oriente. Ella no estaría arruinada. Al salir del vapor parecería que emergía directo desde una nube.

Georg diría: nunca vi algo más bello en el mundo… Un sueño, un minuto, y ya no lo cree más. Yo, que soy la que imagina el sueño y lo anota, creo más en él que Maria. No sé nada de los sueños de mi abuela.

Y entonces Georg sí volvió una vez más. Pero esta vez no encontró a Maria. Lorenz lo frenó antes, en el abrevadero. Estaba trabajando allí en su invento, quería contárselo a Georg.

El problema con el agua. eso. La fuente estaba bastante lejos de la casa y en realidad no les pertenecía. Sólo que su dueño nunca dio señales de vida El arroyo bajaba por la montaña y alguien, antes de que Josef y Maria se mudaran allí, había montado un canal de madera que desviaba el agua del arroyo y lo conducía hasta un recipiente de material, un metro y medio de ancho y otro tanto de largo, apenas un metro de profundidad, pensado, seguramente, para el ganado. Josef había armado una tapa con maderas. La última parte del canal era móvil, para poder llevar el agua hacia el recipiente o desviarlo hacia el costado. Si uno se arrodillaba dentro de la tina, podía hacer que el agua cayera sobre su cabeza. Pero era muy fría. Así se lavaba Josef todos los días. Desnudo de pies a cabeza. También en invierno, siempre y cuando el arroyo no se congelara El agua que se necesitaba en la casa tenía que ser transportado en baldes. A nadie le gustaba hacerlo. Lorenz quería inventar alguna solución. Para facilitarles la vida a la madre, los hermanos y a sí mismo, pero también porque esos pensamientos lo alegraban: ¿cómo podría funcionar? En lo de su tía, él había visto lo agradable que era tener agua en la casa y electricidad.

Mientras estaba así sentado junto al abrevadero y pensando, con la vista perdida en el vacío. Lorenz vio llegar a Georg por el camino de pedregullo. Fue a su encuentro y cuando llegaron juntos a la fuente, Lorenz ya le había contado su idea. Una especie de cable carril con

unos ganchos de los que se pudieran colgar los baldes con agua. Uno se queda abajo, en la fuente, y llena los baldes; otro está arriba y gira algo así como una manivela.

—Cuando se dice "algo así" es porque no se sabe bien cómo —fue el comentario de Georg.

Entonces Lorenz se quedó callado.

—Haz un dibujo —dijo Georg.

Lorenz siguió callado.

—No te ofendas —dijo Georg, y dijo también que había venido para despedirse definitivamente. Pero le hizo una propuesta: si. cuando terminara la guerra y todo estuviera bien y el padre hubiese vuelto sano y salvo y él. Lorenz, hubiese terminado con la escuela, si entonces no quería ir con él a Hannover.

—Pensaré en algo bueno para ti. La gente como tú debe ir a la ciudad. Hacen falta allá. ¿En el campo quién necesita personas que tengan ideas?

Georg sacó de su bolsillo un pequeño saco de cuero y se lo entregó a Lorenz.

—Escóndelo —dijo—. y si tu madre tiene complicaciones, entrégaselo.

—¿Qué te pasó en la mano? —preguntó Lorenz.

Georg la traía vendada. Katharina no le había contado a nadie lo que había visto. Porque no sabía cómo interpretarlo. ¿Por qué la mamá le muerde la mano al hombre? ¿Por qué lo hace? Si lo quiere. Todos lo quieren. No se muerde a una persona que se quiere.

—Eso es lo de menos —dijo Georg—. Eso sanará.

Luego se quedó un rato como desorientado, miró hacia arriba, hacia la casa, puso la mano sana bajo el chorro de agua y dijo que sí que estaba fría. Pero arriba en la casa no había nadie. Respiró hondo una vez más y desapareció.

Mi tío Lorenz fue respetuoso. Guardó la bolsa, la escondió entre sus cosas, y con cada dificultad que enfrentaba la madre se preguntaba si era hora: recién la abrió cuando ella y también el padre habían muerto. Pero no había dinero en la bolsa, tampoco oro, como parecía desde afuera. Un puñado de piedras bonitas había, un gran cristal de cuarzo, media docena de almejas y un caracol de mar. Entre medio un papel doblado varias veces. Decía: "Mi amor.

Lorenz informó a su madre y dijo que Georg ya no volvería: se lo había dicho expresamente y con esas palabras, y le había pedido expresamente que se lo transmitiera. Entonces ella esperó hasta que se hizo de noche y los niños se durmieron, y bebió del aguardiente que guardaban para limpiar heridas, toda la botella bebió. Katharina la encontró temprano a la mañana y pensó que estaba muerta. Corrió así

como estaba, con el pelo suelto, en camisón, en la oscuridad, descalza, hasta lo del alcalde, martilló la puerta con ambos puños y gritó que había pasado lo más terrible y espantoso.

El alcalde levantó a Maria en brazos y la cargó hasta la fuente. Allí la desvistió, la sentó en la tina y dejó que el agua fría le pasara por encima hasta que su piel estuvo azul. La secó con su camisa y la llevó de vuelta a la casa, desnuda. La envolvió en una manta y la acostó en la cama. Luego esperó con Katharina hasta que clareó. La niña y el hombre se sentaron en la cocina, la puerta al dormitorio quedó abierta. Ese día no hacía falta que fuese a la escuela, dijo el alcalde. Lorenz y Heinrich tampoco. Envió a Katharina abajo, al pueblo, a lo de su mujer. Que viniera y trajera un buen desayuno para todos. En especial café del bueno, molido.

Pero la cosa no terminó allí. La desesperación no había llegado a su fin, y la pregunta era de dónde podía haber salido tanta desesperación.

¿Cómo funcionan los pensamientos ocultos? Están ahí y esperan a que les toque el turno. Son pacientes, pero en cuanto registran el hueco, saltan al escenario principal y lo cambian todo. Se daría así, había deseado Georg: si el marido de la bella Maria no regresaba de la guerra, él, Georg, se haría cargo de la familia entera y se convertiría en su jefe generoso. Mudarse con todos a Hannover. Preguntarle a cada uno, uno tras otro, si realmente quería. Y si no, entonces no. Entonces quedarse. No era un dictador. Pero no en la casita del fondo del valle, allí no, allí seguro que no. Aparecería otra cosa… esos habían sido los pensamientos ocultos de Georg.

Lorenz intuía esos pensamientos. Pero los alejó. El hombre le gustaba, de verdad le gustaba, no le costaba imaginarse pasando el día entero con él. Con su padre sí le costaba. Una persona que todos los días, incluso en invierno, hace correr el agua sobre su cuerpo desnudo no es una persona como las demás. Y si una persona así casi no habla, entonces era difícil para su hijo imaginarse cualquier cosa en relación con ella. Ni siquiera podía imaginarse que amara a la mamá. Con Georg se lo imaginaba, claramente. Lorenz revisó su conciencia: ¿es que quiero tanto a mi padre como a Georg? ¿El padre habló alguna vez con él sobre su invento? Pues no. Y nunca lo haría.

Todo eso quedó oculto.

Lo que transcurre en lo oculto es más fuerte que lo real. Así fue que Maria no vio que Georg había vuelto una vez más. Pero Lorenz puso una cara. Mudo. Una cara, como si estuviera escondiendo algo. Ella lo perforó con preguntas y él lo admitió. Entonces la madre enloqueció de furia Barrió los platos de la mesa y a la noche, cuando estuvo sola, vació la botella de aguardiente. Y cayó al piso de la

cocina. Y Katharina encontró a su madre. Y así siguiendo, ya la conté. En realidad, debería contar esta historia tres veces seguidas. Mi tía Kathe, cuando por fin se puso a contar, lo hizo así: contó la historia, tres veces seguidas, con las mismas palabras, empezando con Lorenz abajo en la fuente, cómo ve venir a Georg, luego cómo Lorenz pone esa cara delante de la madre, cómo la madre lo interroga, cómo enloquece, cómo a la noche vacía la botella de aguardiente y cómo ella, Katharina. sale corriendo hacia el pueblo hasta lo del alcalde y enseguida de nuevo a lo de la esposa del alcalde. Contó la historia como desgranando una letanía, hasta el final; cómo el alcalde había cargado a la madre desnuda desde la fuente y la había acostado sobre la cama y la había tapado con mantas, y cómo la mandó a ella. Katharina. abajo al pueblo, a lo de su mujer, para que viniera con café. Y cuando mi tía terminó, empezó de nuevo desde el principio, sin hacer una pausa, y eso tres veces seguidas. Ningún comentario. Que yo me imaginara el resto por mi cuenta.

Que a partir de ese día. María ya no quiso vivir. Y que si hubiera muerto, yo no existiría, porque la Grete, mi mamá, aún no había nacido. Eso era lo que yo debía imaginarme por mi cuenta.

Cuando María volvió a estar sobria, sintió vergüenza. Mantuvo los ojos cerrados. Pensó en una excusa. Quiso decir que había soñado que a Josef lo había alcanzado un disparo y que por un segundo se volvió loca y que esa locura la hizo tomar el aguardiente. Pero todo eso sería muy tonto. Por eso mantuvo los ojos cerrados y se hizo la muerta, contuvo la respiración un rato largo, hasta que le resultó imposible. El rostro del alcalde estaba encima de ella, sintió el olor de la menta. Le acarició las mejillas.

El pequeño Walter, Lorenz y Heinrich estaban alrededor de la cama.

—Alguno tiene que buscar al médico —dijo el alcalde—. Que la revise, debe estar intoxicada. Hay que sacarle la porquería del estómago y de las tripas.

Que el Heinrich vaya detrás de la Katharina al pueblo y le diga al ayudante de correos que llame al doctor. En la corrida se había olvidado de decírselo.

Heinrich metió la cabeza para dentro y no reaccionó, tenía miedo de hacer algo mal. Lorenz dio un paso al frente:

—Yo voy —dijo, y miró al alcalde—. Pero tú te quedas con ella.

—Te lo prometo —dijo el alcalde, como si Lorenz fuera un adulto, como si fuera su propio padre.

Lorenz conocía a los borrachos del pueblo, todos hombres que daban vueltas el fin de semana y se caían y a menudo quedaban

tirados hasta el día siguiente, allí donde sea que hubiesen caído. ¿Pero una mujer lo aguantaría? Su padre nunca había sido uno de esos. El padre no bebía alcohol. Lorenz sabía, había un rumor, que una vez una mujer se había pasado de copas; se ahogó en el pozo negro con su bebé recién nacido. Dicen que antes había bebido una botella de aguardiente. Aquella vez, la madre había dicho pobre mujer, ya no podía soportar todo eso. También existía el giro: "¿Te agarró?". Eso se decía cuando alguien hacía algo que no se hubiese esperado jamás. "Lo agarró". ¿Qué lo agarró? Como si un animal lo hubiese agarrado. Así sonaba. ¿Habrá agarrado a la madre?

Al Heinrich, el alcalde lo echó de la casa.

—Y llévate al Walter. No hace falta que vea esto. Ve con él. Ve con él una hora a la montaña y después una hora más.

El médico recién llegó a la noche. Dijo que ya iba a mejorar. Que no había otra cosa. Sólo una borrachera total.

La madre necesitaba tranquilidad para curarse y los niños se ocuparon de su trabajo. El alcalde la visitaba todos los días, hasta que volvió a tener color en la cara. Tardó mucho más que si sólo hubiese sido una borrachera total.

El alcalde había observado al forastero, cómo había ido tres veces a la casa de María. Si alguien más lo había visto, él no lo sabía. El adjunto de correos tal vez. Ese no iba a contarle nada a nadie. No contaría algo que pudiese dañar a María. Cuando el alcalde visitaba a Maria. se sentaba en la cocina, frente a ella, que seguía estando pálida. Se sentía con ventaja: miraba a Maria como nunca antes, le acariciaba el cuello de una forma en que no lo había hecho hasta entonces, le metía la mano en el cabello, lo enroscaba en su mano y la tiraba hacia él. Todo eso era nuevo. Maria lo dejaba hacer.

El alcalde dijo:

—Maria, ¿no quieres bañarte otra vez? Siempre fuiste tan limpia y las cosas siempre estaban tan blancas.

Su blusa estaba manchada, hacía rato que nadie lavaba las camisas de los niños. Al piso lo barría Katharina; de los platos se ocupaba Lorenz; en el establo siempre estaba Heinrich; pero a grandes rasgos todo se veía bastante mal.

—¿Quién era? ¿Ese hombre? —preguntó el alcalde. Y como ella no respondió, volvió a preguntar. Luego hizo escándalo y amagó un golpe; le dio al aire, quería darle al aire y hacer como si le hubiese dado al hombre. El alcalde no era un golpeador. Pero reconoció el problema—. ¿Te acosó?

María no respondió.

—¿Te gustó que te acosara? —Y cambió su forma de hablarle. Como si estuviera en misión oficial, ahora, aquí, en la casa de Maria.

Que si le gustó.

Josef le había encargado al alcalde que vigilara a Maria y él lo había prometido, y así se lo imaginaba.

—Explícame —dijo el alcalde y ya no acarició suavemente la mejilla de Maria. sino que la agarró del hombro— ¡Explícame la situación!

Y cuando ella otra vez se negó a responder, le gritó y se levantó de un salto y olvidó todo lo que su propia madre le había enseñado acerca de los modales:

—¡Y no me mientas, tú! ¡Me revientas la paciencia, tú! ¡Ahora sí que te conozco! ¡Pobre Josef! ¡Todo en ti es mentira! ¡Todo en ti es mentira, siempre! Tanta mentira que alcanzaría para comprarse un auto y dar vueltas por todo el valle, un coche negro con chapa suiza, y todos pensarían que pertenece a un millonario suizo. ¿Era suizo? ¡Habla! Que si era suizo, quiero saber. ¿Dejó dinero? ¡Muéstramelo! Esos se están quedando con todo; ¡escurren el bulto y se quedan con todo!

Y el alcalde siguió sacudiendo los hombros de Maria. le toqueteó los hombros y la espalda. Ella se apretó las manos contra la cara y lloró, y eso enloqueció aún más al alcalde.

—¿Encima lloras por él? ¡Eso me dice todo! Ella llora por él, ¡eso me dice todo!

Al día siguiente, el alcalde volvió a subir la montaña, golpeó la puerta y dijo por la rendija que lo sentía, que Maria por favor lo perdonara, que había olvidado todos los modales que su madre le había enseñado, pero eso sólo porque se había sentido tan preocupado por ella.

Mi abuela se recuperó. No habló de cosas pasadas. Si el brillo de la luna iluminaba el cuarto, se quedaba despierta en la cama y pensaba en Georg. ¡Qué profundo se hundían las raíces que él había dejado en su corazón! Nadie podía quitarle el deseo, porque los pensamientos son libres. No había ninguna persona en quien pudiera confiar. El alcalde venía todos los días, decía que para controlar que todo estuviera en orden. No había logrado descubrir quién era el hombre. Lorenz le había dicho que era de Hannover y se llamaba Georg, más no sabía. Que la madre lo había conocido el día del mercado. Ante la pregunta de cuántas veces había visitado a María. Lorenz dijo que sólo sabía de dos.

Una carta llegó de Josef. anunciando sus vacaciones del frente.

Dos compañeros habían caído, bien al principio. Dos de los que fueron llamados más tarde, también. Cuatro muertos en el pueblo. La comunicación había llegado a las esposas —respectivamente, a las

madres— por correo. El cura había dado un sermón para los muertos, en la iglesia. Lorenz le dijo a su madre que esta vez todos esperaban que ella fuera a la iglesia, ya que no había aparecido con los primeros muertos. Mana y los niños se sentaron en el último banco, también Heinrich, Lorenz y Walter, todos del lado de las mujeres. Traía la carta de Josef en su cartera especial, la que él le había regalado, con los caracoles en los bordes y la hebilla de nácar. Como si la carta fuera una garantía de supervivencia. Ni una palabra cariñosa había. Pero ella sabía cómo debía tomarlo.

¿Qué sabía Maria de su apuesto soldado? Nada. ¿Qué sabía de la guerra? Casi nada. Excepto que las mujeres en casa tenían miedo. Todos habían contado con que los hombres ya estarían de vuelta en otoño. Y entonces dos murieron a principios de septiembre y otros dos en noviembre. Cuando Maria pensaba en su marido, lo primero que se le ocurría era su necesidad de higiene. Debía ser muy infeliz en la mugre. En la guerra debía ser imposible mojarse la cabeza todos los días, eso estaba claro. Y siempre la misma camisa, y seguro que no era blanca. Dura como papel de lija. ¿Y podría lavarse los dientes? ¿Se reirían de uno como su marido, una persona tan limpia, persiguiendo su limpieza? No podía imaginarse que la gente se riera de Josef. ¿En el campo también se lavaría los dientes con sal? ¿Sus compañeros qué apariencia tendrían, cuánto apestarían? Sin ropa interior limpia. Ni un pedacito del buen jabón que olía a limón y que sólo se podía conseguir a través del alcalde. Pero no quería la presencia del alcalde en sus pensamientos. Le había abierto la blusa, once botones, para llegar a sus pechos, mientras devaneaba sobre qué pasaría si Josef se enteraba del hombre de Hannover. Y Maria había cerrado los ojos y esperado. Una mano en cada pecho había puesto. Y luego se metió en el elástico de su pollera; no muy profundo, porque ella había parpadeado. Eso había sido suficiente. Parpadeó, y el alcalde se asustó, se llevó rápido las manos detrás de la espalda. Cuánto, pensó Maria, tengo que soportar para que nuestra vida se haga más llevadera con sus obsequios y se calle la boca.

La historia dice: ya pasó. Josef se acostaría a su lado en la cama, mudo, y ella se sentaría encima de él y esperaría a que termine. Josef, el padre de sus hijos, ella se iba a quedar con él hasta su muerte; lo que no sabía era que eso no sería mucho tiempo.

No estaba en el campo. En las montañas estaba. Sus batallas se peleaban en las montañas. Cavaron cuevas allí, en Italia. Vivían adentro de la montaña como en casas. Mesas había, bancos, catres, cortinas para cuando alguno quería estar solo consigo mismo. Corrientes de aire helado. Las cuevas eran como chimeneas. Y ruido casi siempre. Y las guarangadas en las conversaciones, esas lo

indignaban, Josef no participaba, en casa tampoco.

Dinero había ganado, en el campo", en las montañas. Con qué y cómo, eso no lo contó. Puso un manojo de billetes delante de Maria, sobre la mesa de la cocina. Envueltos en un calzoncillo.

Quería agua caliente y jabón, recién entonces se acostaría con su mujer. Maria extendió una toalla sobre el piso de la cocina para que él se parara encima. Primero se refregó con el agua caliente —Maria le refregó la espalda—, después se cortó las uñas de los pies y de las manos y se las limó; luego se afeitó y volvió a enjabonarse la cara y se afeitó una segunda vez. El cabello estaba recién cortado, especialmente para la licencia: al menos eso funcionaba en el campo. Eso y un par de cosas más. De pronto, Josef habló sin parar. Pero sólo por un rato. Como si alguien hubiese abierto la canilla y enseguida la hubiese vuelto a cerrar. Se acomodó la toalla sobre los hombros y bajó, desnudo y descalzo, hasta la fuente. Se sentó en la tina de material: el Día de Todos los Santos había nevado y seguía habiendo nieve en algunos lugares. El frío nunca le había hecho mella.

En la cama, cerca de su mujer, a Josef le costaba no pensar en los hombres, los dos del pueblo que habían muerto por bala: acaba de enterarse a través de María, y de los otros dos también. No habían estado juntos, los del pueblo y él. Habían mandado a uno para allá, a otro para acá: ya al día siguiente de haber dejado el pueblo los habían separado. Los sombreros habían sobrevivido a las cabezas. O sea. cuatro ya estaban muertos.

Su cuerpo estaba frío. Como si no hubiese nada caliente hasta muy adentro, como si hasta la sangre de su corazón fuese fría. Él era el que había quedado, debía sentir remordimientos. Dijo. Mucho más no dijo sobre la guerra.

—¿Y los sientes? —preguntó ella.

—Si fuese por mí, la guerra no existiría —dijo él. Pero sabía que todos en el pueblo esperaban que él sintiera remordimientos.

—¿Por qué crees eso? —preguntó María. Ella al menos no había escuchado nada parecido.

Eso se discutía así en el campo, contestó. Y después dijo:

—Que yo sobreviva, eso todavía no está dicho. Tienes razón. No hace falta que sienta remordimientos hasta que no se haya hecho el conteo final.

Sobre eso. ella prefirió no opinar.

—¿Por qué será que se dice "en el campo"? —preguntó ella, sin saber muy bien por qué lo preguntaba, en realidad no le interesaba nada.

—Eso se lo inventaron los de arriba —dijo él. También se dice "caído", como si morirse allá no fuera más que caerse. Nomás caerse

no había visto a nadie. Podría contar muchas cosas sobre cómo se muere allá afuera. Ni hablar de nomás caerse. ¡A quién se le ocurre esa estupidez! Otra vez fue como si alguien hubiese abierto una canilla. Primero parados, después caídos. Semejante estupidez. La mayor parte del tiempo, mientras dura el tiroteo, uno está tirado, y si te dan, pues te quedas tirado. Y ya volvió a cerrarse la canilla. María no estaba acostumbrada a ese tipo de ráfagas comunicativas de su marido. La inquietaron. Para ella eran señal de que había cambiado. Tuvo miedo por las otras cosas que también podrían haber cambiado.

Pensó que eran los remordimientos los que enfriaban tanto su cuerpo. Se acurrucó contra él, le frotó la espalda, apretó el trasero de él contra su regazo.

—No logro hacerte entrar en calor —dijo.

—No tengo frío —respondió él.

Una vez que habías visto esa locura. Una vez que habías visto los hospitales de campaña. Todos querían ir al hospital. Porque todos pensaban que ahí había camas con sábanas frescas. Y una bañadera. ¡Una bañadera! Y jabón perfumado. ¡Jabón perfumado! Pero cuando uno llegaba allí, quería volver enseguida al campo. En comparación, las cuevas llenas de viento eran de lo más confortables. Una vez que habías olido el vaho del hospital de campaña. Que habías visto los brazos y las piernas. Tirados por ahí. Como si alguien los hubiese olvidado. Estaban tirados por ahí, como si nada. Y otras cosas estaban tiradas por ahí.

—¿Qué cosas están tiradas por ahí? —pregunta ella.

—No quieres saberlo —dijo él.

—Entonces no hablemos de eso.

—Sí, mejor no.

Se quedaron callados. Como si no hubiera otras cosas sobre las que pudieran hablar. Él ni siquiera había preguntado por los niños. Y si lo pensaba bien, ni siquiera la había mirado.

Ella dijo “Los niños están bien”, como si él hubiera preguntado.

—Sí —dijo él.

Lorenz le había dado la mano, como a un forastero. Heinrich había imitado a Lorenz. Sólo Walter y Katharina habían volado hacia sus brazos. Katharina enseguida quiso jugar al juego del cordel; enroscó el hilo en sus dedos separados y dijo que le tocaba mover. Maria le mostró cómo, y él lo hizo. Con la mochila aún en la espalda, no había ni pisado la sala.

—Los miembros del cuerpo rebanados.

—Mejor no —dijo ella.

Pero él siguió hablando, seguía frío, sólo las manos se le fueron calentando de a poco; las había puesto entre las piernas de ella,

acariciaba su pubis.

—Los que tenían heridas de bala… una vez, a la noche, cantaron juntos una canción… imagínalo… a cada quién le faltaba algo… a uno. media mandíbula… que ese quisiera seguir cantando… —Ahí fue cuando quiso volver al campo.

—¿Por qué estuviste en el hospital, Dios mío? —preguntó ella—. ¿No te habrán disparado, o sí?

Fiebre había tenido. El diente roto. En el campo todo se infecta rapidísimo. Algunos morían por un rasguño. Y de forma horrible. Si no se hace nada, se muere más rápido de lo que uno cree. Habría sido una vergüenza morir en el campo por un dolor de muelas. Lo habrían sabido en el pueblo.

—¿Te sacaron el diente? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—, mañana te lo muestro.

—¿Adelante?

—No, bien atrás.

—¿Saben hacer eso, en el hospital de campaña?

—Son los mejores —dijo él. En todo son los mejores. Allí donde está él. son los mejores en todo. Los mejores soldados, los mejores peluqueros, los mejores sacadientes. Son el ejército de Isonzo. No hay nada mejor. Eso lo dice hasta el emperador.

—Se hablará mucho tiempo de nosotros —dijo él.

Y se quedó dormido. En medio de la oración. Maria también, al poco tiempo. A la noche se despertaron al unísono. Y todo volvió a ser como si no existiese la guerra. Y como si no existiese el hombre de Hannover. Maria dijo que nunca había sido tan lindo. Él dijo que le pasaba lo mismo. Ala mañana volvieron a estar juntos.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó Maria.

Él dijo:

—Cuatro días, tal vez menos. —Y agregó—: Raro que recién lo preguntes ahora.

—Raro que recién ahora lo digas —contrapuso ella.

Acordaron que era porque se querían tanto que se olvidaban de la guerra. Pero no era así, ni para él, ni para ella. Cuando él se reía, ella podía ver el hueco del diente. Se veía audaz Le gustaba. La guerra había hecho que su Josef resultara aún más apuesto. ¡Imagínalo!

Pero faltaba la visita del alcalde, el Gottlieb. A modo de saludo, le dio a Josef un golpe tan fuerte en el hombro que Maria pudo ver la rabia en los ojos de su marido y temió que pasara algo, algo que no hubiese creído posible antes de la guerra. Que podía enfurecerse rápido, eso lo sabía, pero hasta ahora nunca lo había visto irse a las manos. Tal vez era algo que había aprendido en el campo. Pero no

pasó nada. A Dios gracias, las tropas italianas habían sufrido pérdidas, contó el alcalde, aunque lamentablemente seguían siendo superiores en número.

—Eso con Dios igual es una cuestión… —dijo. Pero no se discutió más al respecto.

Luego Maria vio por la ventana cómo su marido hablaba con el alcalde. Hablan de mí. pensó. Josef le dio al alcalde algo que estaba envuelto. Billetes, supongo, pensó Maria. Estos no estaban envueltos en un calzoncillo. Que tuviera un marido capaz de hacer negocios incluso durante la guerra, eso debería llenarla de orgullo. Se acordaba de lo que una vez le había dicho su cuñado: se preguntaba por qué Josef no se había convertido en algo más. Se había puesto su traje de domingo, recién ahora se daba cuenta. Rio para sus adentros. Porque el amor de la noche y de la mañana había sido tan lindo, por eso se puso el traje de domingo. Y ahora le pregunta al alcalde si su mujer le fue fiel. Suponiendo que el alcalde le contara de la visita de Hannover y mintiera, diciendo que lo había visto tan temprano a la mañana en la casa, sí. en la casa, que uno se preguntaba si no había pasado la noche allí; suponiendo que el alcalde contase eso, entonces… Josef no había vuelto armado de la guerra, pero seguramente había matado a algún que otro italiano en las montañas.

El alcalde metió lo empaquetado en su bolsillo, ni lo miró. María sintió como si en el paquete estuviese su valor. Su precio. Tanto había que pagar si la devolvían intacta. Sintió asco y, al mismo tiempo, orgullo.

Ninguno de la familia quería que el padre trabajara, estaba ahí para descansar. Josef hizo lo que hacía antes de la guerra. Fue al establo. Elogió a Heinrich. Heinrich trabajó a su lado. También elogió a Lorenz. El pequeño Walter corrió hacia el establo y su padre lo sentó sobre la vaca más bonita. Todo eso con su traje de domingo. Iba a tener que limpiarlo un día entero y airearlo por tres días más.

—¿Hay vacas en la guerra? —preguntó Walter.

—Caballos —dijo Lorenz, y el padre asintió con la cabeza.

Una vez más vino el alcalde; se sentó con Josef. Por lo que Maria pudo entender, hablaron de negocios. Tal vez afuera, delante de la puerta de la casa, también habían hablado de negocios y no de ella. El alcalde olía a aguardiente. Maria atendió a los dos con los obsequios del alcalde. Sidra, tocino, queso. Luego fue al dormitorio y preparó franela para una camisa nueva. Para que Josef la pudiera usar debajo de la áspera vestimenta militar. Y contra el frío en las montañas. Le iba a hacer bien. Podría recordar cómo se calentó las manos entre sus piernas. Al fin y al cabo, era su esposo.

Sólo en la cocina estaba agradable. En las ventanas, a la mañana, ya se podían ver flores de escarcha, y si uno quería mirar el mundo,

tenía que rasquetear el vidrio.

Josef volvió a partir hacia la guerra. A los tres días ya tuvo que volver al campo. Prometen cuatro días y cumplen con tres. Nevaba. María lo miró bajar por el camino hacia el pueblo. Como si fuera a marchar todo derecho hasta Italia. En la espalda, la mochila gris que no le pertenecía a él sino al emperador.

Que en la guerra el padre había olvidado lo que eran los mimos, me contó mi tía. Los mimos en público nunca habían sido lo suyo y, para él, ya delante de la casa estaban en público. Aunque no hubiese un alma a diestra ni a siniestra. Si alguien se acercaba por el camino, se lo podía ver un cuarto de hora antes de que se escuchara su voz. o que el caminante escuchara alguna voz desde arriba. Pero de todos modos, cuando el padre ponía un pie del otro lado de la puerta se acababan los besos, las caricias. los arrumacos: del otro lado de la puerta estaban en público. Ella. Katharina, había querido abrazarlo y besarlo: él había dado vuelta la cara y la había rechazado con las manos. Qué era lo que había pasado con mamá y papá en el dormitorio, eso no lo sabía, obviamente. A ella le había dolido, dijo, que el padre la rechazara. Nunca había vuelto a ser lo mismo entre ella y el padre, nunca como antes de la guerra.

—Si lo expreso con absoluta dureza —dijo—, entonces perdí a mi padre en la guerra. Antes de la guerra yo le decía “papá", después sólo lo llamé “padre".

—¿Y? —pregunté—, ¿Qué dijo sobre eso? ¿Que de pronto ya no era papá, sino padre?

—Sí, cierto —respondió—. Lo había olvidado. Cierto, dijo algo sobre eso. Eso fue lo raro. Que antes de la guerra nunca habría dicho algo parecido. Por el estilo.

—No eres una personita fría, tía Kathe —dije.

—Sí, lo soy —respondió.

Cuando ya no era tan joven, mi tía Kathe tuvo un festejante que no le gustaba, era de una familia de trabajadores y se mandaba la parte diciendo que a los catorce había molido a golpes a su padre; antes había sido al revés. Además, poseía la nacionalidad de Liechtenstein. Lo que para él quería decir que podía permitirse más o menos todo. Mi tía odiaba la violencia. El festejante no aflojó, amenazó con matarla si no se casaba con él. Kathe le creyó y se convirtió en su esposa. Pensó que con la pinta que tenía nadie la iba a elegir, así que mejor que aceptara a este. El hombre resultó inofensivo, pero sólo con ella; con sus hijos era estricto y cruel. Su hija no le importaba. Cuando el hijo perdió el reloj en el gimnasio, buscó la cinta de cuero del cajón de la cocina y casi lo mató a golpes. Este hijo tenía un amigo con el

que jugaba a las cartas. El amigo me gustaba mucho, porque una vez dijo que yo sin dudas me convertiría en algo especial. Yo quería jugar a las cartas con ellos y me dejaban, pero si me mandaba una cagada, es decir, si hacía algo mal, debía sentarme debajo de la mesa. El marido de la tía Kathe era pura piel y huesos. No comía. se mandaba cada noche diez cervezas. Me enviaba al quiosco para buscar Dreier. que eran unos cigarrillos sin filtros en un estuche de cartón. Ten cuidado con el estuche, decía, si lo sacudes se cae el tabaco y vas a ver lo que te espera. Tras la muerte de nuestra madre, mis dos hermanas y yo fuimos a vivir a lo de mi tía Kathe. Nos recibió en su casa de tres ambientes en un barrio de refugiados, donde vivían los pobres. Compartíamos el aire escaso con ella, sus dos hijos, su marido, los dos hermanos — Walter y Sepp— y una de sus sobrinas. Todas las mañanas, incluso en el más crudo invierno, hacía ejercicios de gimnasia frente a la ventana abierta que nosotros debíamos copiar. Yo era muy hábil, pero no me elogiaban. Nos cosió unos cubremangas que yo me quitaba enseguida y metía en el morral. Intentaba ser justa. Teníamos miedo a los ataques de ira de su marido, pero él no nos prestaba atención. Escuchaba las noticias una vez por hora; si uno de sus hijos decía la más mínima palabra, le gritaba como un desaforado y le pegaba en los dedos con el tenedor. Además, la tía alojó a dos de sus hermanos, que se habían separado de sus mujeres, el Walter y el Sepp. Cocinaba mejor que cualquier chef estrella. Yo no le resultaba transparente, decía, y eso era un problema y sería un problema toda mi vida. Mi hermanita tenía apenas cuatro años y se hacía encima en la cama si a la noche no la llevábamos al baño. Pero el marido de nuestra tía se lo prohibió. Así que mi hermana mayor y yo nos sentábamos junto a su cama y le rogábamos que orinara en la lechera, pero la niñita no quería. A la noche, la tía colocaba todos los zapatos delante de la puerta de calle. Yo me sentaba afuera y los limpiaba; me encantaba, porque era previsible el éxito.

Acostada y amortajada entre flores de hibisco, la tía Kathe parecía una vieja mujer indígena.

El alcalde no dudaba de sí mismo. Desde que era alcalde, se fregaba todos los días las manos, mezclaba arena con polvo de jabón, se sacaba la mugre debajo de las uñas con el cortaplumas, se afeitaba al arrancar el día y usaba agua de colonia. Un político, se decía —y un alcalde era claramente un político—, debía optar por lo correcto, incluso si a veces no era bueno, bueno en el sentido del catecismo. La naturaleza, para eso no hacía falta estudiar, no es buena, alcanza con verla nomás; pero correcta es, sin lugar a dudas. Cuando estaba con su mujer, a la que respetaba según todas las reglas, pensaba en Maria y se imaginaba cómo sería si ella estuviera desnuda a su lado. Él había

visto a Maria desnuda. Cuando la llevó hasta el aljibe, la sostuvo bajo el chorro de agua y la cargó de vuelta hasta la casa. Él se asignaba muchos puntos por no haber aprovechado la situación. Por que ni siquiera se le hubiese ocurrido aprovecharse de la situación. O sería posible, pensó, que Maria quisiera justamente a un atrevido, uno que se aprovechara de una situación así. ¿Y que el crápula de Hannover haya sido uno de esos? Vio a los dos en el dormitorio. Acostarse, dijo el hombre. Y la mujer se acostaba. Desabotonarse, dijo el hombre. Y la mujer se desabotonaba. Abrirse, dijo el hombre. ¿Que hasta entonces nunca hubiese habido uno en su vida que se le viniera así? Por eso la borrachera total cuando se fue. ¿Porque temía que nunca volvería a haber uno así?

El alcalde había podido convencer a Josef. durante sus vacaciones del frente, de la honradez de su mujer. Josef había dicho una sola palabra cuando estuvieron solos delante de la casa:

—¿Y?

El alcalde hizo como si los signos de interrogación se hubiesen referido a los obsequios, como si ni se le ocurriera la posibilidad de que quisiera decir otra cosa.

—Tenemos suficiente —respondió—. Cada dos días subí algo, para ella y para los chicos. Es de corazón, y del corazón de mi mujer. No hace falta que lo agradezcas.

Y nadie le agradeció.

Josef volvió a preguntar:

—¿Y?

Entonces el alcalde puso una cara como si recién se diera cuenta de lo que quería decir y exhibió una sonrisa confiada: —Nadie se mete conmigo. Y todos saben que *si* lo hicieran, se meterían conmigo. Y qué significa eso. también lo saben. Josef no estaba satisfecho con esa respuesta. Agregó una palabra más a la primera:

—¿Y ella?

El alcalde siguió actuando:

—¿Y ella? ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Ella! —repitió Josef, severo, con el tono de mando que acababa de aprender.

—¡Quieres decir Maria! —exclamó el alcalde—. ¿Que si Maria? ¿De su lado?

Y actuó tan bien que se indignó en serio.

—¿En qué te ha convertido el campo de batalla, Josef? ¡Dios mío! ¿Esto es, entonces, lo que la guerra hace con las personas? ¿Has olvidado cómo es tu mujer? ¡Josef! Te lo podría haber dicho siempre y de hecho te lo dije antes de que te fueras: no hace falta que esté yo como cuidador. Hace falta que esté como protector, quizá, pero no

como cuidador. Maria no necesita que nadie la cuide. Sólo si alguno pensara que puede acercarse por el mal camino. Entonces sí hago falta. Pero eso no se le ocurre a nadie. Puedes confiar cien por ciento en Maria. ¿Ya llegó el momento en el que conozco a tu mujer mejor que tú mismo? ¡Josef!

Josef asintió y se tranquilizó. En las próximas vacaciones no volvería a preguntar. Si es que había próximas vacaciones. O ya no. Por el motivo que fuera. Frío, nieve y avalanchas eran enemigos más terribles que esos romanos comecastañas. Pero la bala de un cobarde también te puede matar, aunque sea de casualidad.

Cuando el alcalde estuvo a solas con Maria. la elogió. Que cómo se las arreglaba con la familia, educar a los niños, mantener limpia la casa. Así misma. Había pasado el dedo por los rebordes, se lo había mirado de cerca y exclamado: "¡Nada! ¡Ni una motita de polvo!". Ella sólo había sonreído. Él no conocía ninguna mujer capaz de sonreír tan lindo. Pero, sobre todo, no conocía ninguna mujer capaz de sentarse tan lindo. Aunque todo en ella agradaba la vista, cuando se sentaba, muy notorio el busto, porque se sentaba derecha, cintura hacia dentro, las caderas redondas, porque al sentarse se volvían más redondas aún, el cuello puro, el cuello largo, porque llevaba en alto la cabeza… aunque era así, aunque en realidad todo eso debería enloquecer y desbocar la naturaleza de un hombre, él se conmovía y pensaba: mejor la dejo. Cuando está sentada, me conmueve más de lo que la deseo. Esta cocina, toda pequeña y apretada y arreglada hasta en su más mínimo detalle, casi decorada: esta mujer no soportaba nada feo a su alrededor. Casi que al alcalde hasta se le podía ocurrir la idea: ¡que Dios haya sido capaz de crear algo así! Y sospechaba que Dios el Señor no lo había hecho para que él la atacara. Debía ser por error que María había aterrizado en este pueblo. Una vez el alcalde había visitado la lejana capital. Viena: ese habría sido el lugar para Maria. Cuando se levantaba de la silla y volvía a caminar de un lado al otro de la cocina, los pensamientos religiosos se desvanecían y él miraba fijo su trasero, cómo se movía, un golpe minúsculo cada vez que ella apoyaba un pie.

La misma tarde del día en el que Josef volvió a la guerra, el alcalde apareció delante de la puerta. Había subido a pesar de la nevisca y el viento fuerte. Los niños estaban en la escuela Se quitó los zapatos con clavos, entró en medias a la cocina, puso agua para el café que había traído, café molido puro, y comieron la torta que había preparado su mujer.

—Yo soy el benefactor de todos ustedes —dijo—. Así se le prometí a Josef. Lo que prometo, lo cumplo. ¡Pero! Nadie es inofensivo en estos tiempos, ni uno solo, te lo digo. Yo no y tu Josef no; tu Josef, te

lo digo, Maria. es de los buenos, pero inofensivo no es: si yo fuese una porquería, podría denunciarlo en el acto y seguramente lo pondrían ante un juzgado marcial y lo fusilarían. pero quién haría algo así, esa es la pregunta, Maria. quién haría algo así. Yo no, yo soy el benefactor de todos ustedes.

El alcalde había hablado en una línea recta, sin acentuar una sola palabra, ni siquiera la palabra "fusilarían", sólo al final de su discurso había llegado a un punto. Maria le besó la mano.

—No quiero eso —dijo él—. Al fin y al cabo, lo que traigo viene de corazón. Para ti y para los niños. Voluntariamente. No lo acordé con Josef. Viene directo de mi corazón. No corresponde un beso social.

—No conozco esa palabra —dijo ella y se levantó, con intención de darle una señal.

—Te lo explico otro día —dijo él y se paró muy cerca de ella.

—No quiero —dijo ella.

Él le empujó las mangas hacia arriba y puso el dorso de sus manos en sus axilas desnudas, empujó la blusa hacia abajo e intentó alcanzar los pechos. Pero las sisas eran demasiado angostas y él maldijo y tironeó. Ella le pegó. Él la agarró. Ella tuvo que cuidarse de no caer. Temía que fuera justo lo que él buscaba. Para caer encima de ella. Él le metió la rodilla entre las piernas y empujó su falda hacia arriba. Ella no pudo zafarse, él estaba enganchado con las manos de sus mangas. Siguió golpeándolo, entró en pánico, le dio en el cuello. Ahí quedó libre y boqueando por aire.

Él le pidió disculpas. Si lo dejaba una vez, sólo una vez, no la perseguiría nunca más. Se lo juraba. En tiempos como estos daba lo mismo si lo dejaba una sola vez, totalmente lo mismo. En tiempos como estos no hay nadie en el cielo mirando un pueblo así, en el fondo del valle, pobre y donde se acaba el mundo. Que qué creía que hacía Josef allá en las montañas italianas. Llevan putas de a carradas. Putas de todas partes, desde África. Mujeres negras, era imposible que alguien de acá se resistiera. En la guerra todo está permitido. Eso lo sabe cualquiera. El Josef no se lo echaría en cara. Aunque se enterara. Pero no se va a enterar. Jamás. ¡Una sola vez quería! ¡Una única vez! Después de la guerra todo sería distinto. Como si nada hubiese pasado. El soldado más ignoto se alegraba si después de la guerra no quedaban indicios de lo que había hecho durante la guerra.

—Sólo quiero lo que le diste al tipo de Hannover, María. Nada más. ¡Sólo una vez, Maria! ¡Una vez!

Ella se zafó, corrió al dormitorio y trabó la manija de la puerta con el respaldo de una silla. Llaves no había en la casa de los Últimos. Él hizo unos intentos. Después se retiró.

Cuando los niños volvieron de la escuela y después de comer todos

juntos, mandó afuera a Katharina, Walter y Heinrich, les encargó tareas, en el establo, en el granero, con las vacas, la cabra. A Lorenz se lo llevó al dormitorio y cerró la puerta tras ella.

—Lorenz —dijo—, debes protegerme. Quiere algo de mí. No me preguntes, qué. Lo sabes.

Tampoco hizo falta que dijera de quién hablaba. Estaban sentados en la cama, madre e hijo, uno al lado del otro. Lorenz resopló. Su mandíbula se contrajo. Eso se veía, incluso con la luz débil que entraba por la ventana minúscula. Un rato después, Maria dijo que creía que tenían que hacer así: cuando él viniera, los niños debían quedarse todos en la cocina y esperar a que se volviera a ir. aunque fuera la noche entera. Lorenz debía sentarse en el lugar del alcalde y no levantarse, ni siquiera si este le decía que lo hiciera.

—¿Y si estamos en la escuela? —preguntó Lorenz.

—¿Y si por un tiempo no vas a la escuela? —preguntó Maria.

—Lo puedo organizar —dijo Lorenz—. Estudio en casa.

—Yo te ayudo —dijo Maria.

Cuando a la noche se reunieron todos alrededor de la mesa —Heinrich, Katharina, Lorenz y Walter—, ella dijo:

—Lorenz quiere decirles algo.

Lorenz les contó a sus hermanos todo lo que le había dicho la madre, no embelleció nada, no minimizó nada, pero tampoco lo agrandó.

Katharina dijo:

—Yo bajo al pueblo y se lo cuento a su mujer, ella me quiere.

Lorenz dijo:

—Si haces eso. no te querrá más.

Heinrich sólo hundió la cabeza entre los hombros. Walter miró a cada uno y registró todo. El perro y el gato también hicieron como si hubiesen entendido.

Primero: ¿cuándo y dónde se deja de ser uno de los Últimos? ¿Yo todavía pertenezco allí? ¿Y mis hijos? ¿Mi marido forma parte? Segundo: ¿qué había con eso de la alegría y las risas de los Últimos?

De muchacha, antes de casarse y en las pistas de baile, mi abuela había sido alegre y atrevida: había salido de sí. como se dice, pero sólo un par de veces. Sin embargo, se hablaba mucho de eso y con placer. En el pueblo, y también en la familia Que le gustaba cantar y no lo hacía mal, aunque mejor cantaba su hermana. Y que cada vez que cantaban una canción juntas, era una maravilla. A dos voces cantaban. Y a veces se sumaba una amiga, entonces cantaban de a tres. Entonces, por un instante, todos se volvían creyentes, de tanta belleza. El marido de la hermana de Maria era un hombre de mundo,

eso decían, había vivido un año en Berlín y tenía mucho para contar sobre esa ciudad famosa en el mundo entero. Tocaba el acordeón y le gustaba cuando las hermanas lo acompañaban con sus voces: decía muy en serio que tendrían chances en Berlín. Había traído una canción de la ciudad: “Muñequita. eres la luz de mis ojos".

¿Y Josef? Cuando jugaba con los niños y metía las manos en los títeres, el Kásperle en la derecha, el cocodrilo en la izquierda, ahí era divertido. Los niños se reían. Maria se reía. Ella había cosido los títeres, los había cosido bien. También cosía camisas; había cosido por dinero. Josef cambiaba su voz, una vez era el Kásperle, después el malvado cocodrilo y después simplemente papá, simplemente el papá.

De mis propias carcajadas sólo me acuerdo con mi segundo marido, la panza me dolía y me reía hasta las lágrimas cuando cambiaba la voz para imitar a la gente.

¿Y mi tío Lorenz? ¿Se había reído? ¿Se había reído en las buenas? Tengo el recuerdo de sus anteojos pesados, que eran realmente pesados: los cristales gruesos, el armazón de un marrón oscuro, supongo que eran de la obra social o traídos de Rusia, podría haberlos usado como pisapapeles. Él era el que siempre se paraba en el medio. Algo militar tenía, aunque se burlaba de cualquier uniforme, incluso del que usaba el cartero. Cuando nos visitaba, mi padre se levantaba —se levantaba de su sillón con esfuerzo, por culpa de la prótesis de su pierna— y lo saludaba: “¡Aquí llegó el enemigo!". Yo les alcanzaba la tabla de ajedrez, colocaba las figuras, escondía un peón blanco y uno negro en cada uno de mis puños, detrás de la espalda, y los hacía elegir. Blanco empieza. Luego hervía té y les servía. Y le agregaba algo dulce. Siempre. Ellos no tocaban nada. Nunca. El tío Lorenz echaba cuatro dados de azúcar en su taza, que no se deshacían del todo. Bebía el té de un trago, hasta el final. En el fondo quedaba el azúcar. Jugaban dos. tres horas, no hablaban mucho, y el tío Lorenz se despedía. “¡El enemigo se retira!", exclamaba mi padre. Los dos se querían mucho.

Yo sabía que. durante la Segunda Guerra, el tío Lorenz había desertado en Rusia, se había unido al Ejército Rojo, había tomado una mujer rusa con la que tuvo un hijo. Siempre me imaginé que eso se le notaba de alguna forma, esa vida aventurera, que su aspecto era audaz Pero no. Era como eran los hombres en aquella época. Mi padre decía que era soberbio y la mayoría de la gente le parecería totalmente estúpida. En esto también estaban de acuerdo los dos. De la mujer rusa no hay siquiera una foto. Del hijo en común, tampoco. Dos de sus hijos de acá se hicieron ladrones, uno terminó su vida con una soga. Me acuerdo bien de los mellizos. Pasaban las vacaciones de verano con nosotros: dos chicos taimados, uno fuerte, el otro débil. Yo les gustaba a los dos. Mi padre siempre decía que en mejores

circunstancias Lorenz se habría convertido en un hombre importante. Los dos se interesaban sobre todo por libros e ideas. Las mujeres les gustaban si eran inteligentes y estaban a su misma altura. A mi padre le gustaban las mujeres que eran una cabeza más chicas que él.

Lorenz, mi hijo, es el opuesto de su tío. Es pintor. Le gusta pintar animales. Jamás le dispararía a un animal. Una vez viajó en el subterráneo con un gran tarro de pintura que se le volcó, todo entero. Apenas sacudió los hombros. Algunos pasajeros tenían salpicaduras en la ropa. “Lávenlas enseguida", fue todo lo que dijo, nada más. Nadie se alteró. Aunque insiste con vehemencia en que no quiere ser como su tío, este habría reaccionado de forma parecida: no habría pedido disculpas. “Si pides disculpas, tienes culpas”, ese era un refrán que mi tío Lorenz utilizaba seguido, también sin motivo, a veces en lugar de "Buen día" o Hasta pronto". En su atelier, mi hijo se arrodilla frente al lienzo, es como si estuviera implorando. O toma un pincel, lo ata a un palo y camina descalzo por encima del lienzo, extendido en el piso. Dice: “Mejor no pensar en nada, entonces pasan cosas". De niño no se enfermaba jamás. Cuando yo cocinaba, jugaba en la cocina, se acuclillaba en el espacio estrecho entre la cajonera y el lavaplatos, construía torres con envases de medicamentos. Mi tío Lorenz tampoco se enfermó nunca, jamás en toda su vida.

Al que menos conocí fue a mi tío Heinrich. Si rejuntara todo lo que alguna vez me dijo, no podría llenar una página. De niño le hubiese encantado tener un caballo. Cuando ya había pasado los cuarenta, pudo darse el lujo. Se compró un nórico con el extraño color “tigre". Había visto a la yegua en un remate y se enamoró de inmediato. Un animal muy grande, muy ancho, con pelos en las pezuñas. Una vez el tío Heinrich me la mostró. Podía entender que quisiera tanto a ese caballo. Había gastado mucha plata. El pelaje blanco con las manchas negras le parecía especialmente hermoso. A mí también. De niño y joven, Heinrich había sido sensato y sólo le interesaba el campo. Sus padres y sus hermanos no lo tenían muy en cuenta, excepto por su capacidad de trabajo. Como si fuera un tractor. A los encuentros familiares no venía. Y no se hablaba de él. No porque hubiese habido secretos. Sino porque no los había. Se sentía más cerca de los animales que de las personas. Siempre había sido así. Cuando los padres murieron, no tardó en mudarse. Era el mayor y recién había cumplido dieciocho. La casa familiar al fondo del valle fue rematada: él buscó trabajo en una fábrica. Allí conoció a su mujer. Ella era aún más anodina que él: le daba la certeza de valer más. Pero todo esto no son más que suposiciones. Suposiciones de la tía Kathe. Heinrich y su mujer tuvieron una hija y un hijo. Todos se esforzaron y ahorraron, compraron una pequeña granja y se instalaron. Estaban satisfechos y sentían un cansancio justo. Sé poco sobre ellos. En realidad, nada. Eso

sí, tan feliz como con su caballo Heinrich no había sido nunca, no con su mujer y no con sus hijos. La hija hizo una buena carrera como intérprete y vivía en París, eso escuché. A las dos semanas de tener el caballo en el establo, este le pegó un pisotón en el pie a Heinrich, que se enfermó. El pie se le infectó y se puso negro. La buena de su mujer lo trató con hierbas y logró salvarlo. Al médico no fue. Desde el accidente no soportaba más al caballo. Su mujer cuidaba del nórico y cuando Heinrich lo veía en el campo, se tapaba los ojos, con la esperanza de que el animal se diera cuenta. El pie nunca se curó del todo y le dificultaba el trabajo. Asi que casi todo lo hacía su mujer. Heinrich quiso criar a su hijo para que ayudara a la madre, pero no tuvo mucho éxito: el hijo estaba cansado desde temprano. Una vez vino de visita la hija, desde París, y trajo a su hijo. Ella estaba muy elegante, su valija era de cuero fino. El niño era una criatura bonita, con rulos negros. Entonces Heinrich se enamoró de él y convenció a su hija de dejarlo allí, que él se ocuparía, cosa que cumplió. Estudió con él y estaba seguro de que se convertiría en alguien. El niño le enseñó francés a Heinrich y pronto los dos se hablaban sólo en ese idioma. Una vez. Heinrich le dijo a su preferido que podía pedir un deseo, no importaba cuánto costara, porque él había ahorrado un montón de dinero. El niño le dijo que deseaba que el nórico fuese suyo.

—*Si je n'ai pas á le regarder* —dijo Heinrich y abrazó al niño, feliz.

Mi tío Heinrich hizo las paces con el animal y a menudo se escuchaban muchas risas y relinchos que salían del establo: abuelo, nieto y caballo.

La siguiente vez que el alcalde entró en la casa de Maria —sin golpear la puerta, sin tocar la campanilla—, encontró a Lorenz sentado en la cocina, en el lugar en el que solía sentarse él mismo. En sus rodillas tenía la carabina; con una mano agarraba el cañón, la otra estaba sobre el gatillo.

—Pues fíjate —dijo el alcalde—. ¿Dónde está tu madre?

—No está —dijo Lorenz.

—Eso no es una respuesta.

Lorenz sólo lo miró, no dijo nada. El alcalde se dio cuenta de que al muchacho le costaba mantenerle la mirada. Era cerca del mediodía, no había olor a comida. Y la mesa estaba vacía. Sin platos, sin tazas, sin manteca, leche con avena, pan, tocino, sin queso.

—Linda carabina —dijo el alcalde—. ¿Sabes cómo disparar con ella?

Lorenz asintió. Bajó la cabeza, lo miró desde debajo de las cejas.

—¿Y a qué cosas le disparas?

Lorenz sacudió los hombros.

—¿Pájaros?

Ninguna respuesta.

—¿Cosas más grandes?

Ninguna respuesta.

—Linda carabina. No hay que usarla para dispararle a tonteras. Botellas de cerveza o eso. Seria una pena.

Lorenz agarró el arma con más fuerza, se le escapó un suspiro. Estiró la espalda. Tenía una espalda redondeada, le daba el aspecto de estar al acecho.

El alcalde leyó el miedo en sus ojos.

—La carabina esa la hizo el mejor fabricante de carabinas de la zona —dijo—. ¿Sabes quién es el mejor fabricante?

Casi imperceptible, Lorenz asintió.

—Yo también sé quién es el mejor fabricante —dijo el alcalde—. Esas son carabinas Fink. Y Fink. ese soy yo. Y ahora, revoltoso, dime dónde está tu madre. ¡Si no, te quito la carabina y te doy con la culata por el culo!

—Se fue a mirar algo —dijo Lorenz, que ahora temblaba de rabia.

—Hablas como un tonto —lo increpó el alcalde, al que le gustaba el temblor—. ¿Se acostó? ¿Quieres que me fije? ¿Así que fue a mirar algo? Ja. ¿Y qué harías si yo también voy a mirar algo? ¿Si voy al dormitorio y miro? ¿Me vas a disparar? Tienes que apuntar muy bien. Si no me das en el corazón, sólo será un enchastre, y muerto no voy a estar.

El arma cayó al piso. Lorenz sollozó y salió corriendo hacia la nieve. En los pies sólo tenía las pantuflas. Corrió hasta el aljibe. Luego dio la vuelta y se escondió en el establo y tuvo mucho frío y llamó con voz queda al perro, que no estaba por ninguna parte, y esperó hasta que Katharina y Heinrich regresaron de la escuela y entonces también apareció el perro y el alcalde ya se había ido.

A la noche, Lorenz les contó a la madre y a los hermanos lo que había sucedido. No empeoró ni mejoró nada. Que había sido un cobarde, dijo, y que salió corriendo y que lo sentía mucho y que no volvería a pasar. Maria no hizo ningún comentario, pero a la mañana siguiente les ordenó a los niños que se quedaran en la casa, con ella.

—No hace falta que sigan yendo a la escuela —dijo—. Nunca más. No mientras haya guerra. Todo lo que aprenden en la escuela, también se los puedo enseñar yo. Sentados alrededor de la mesa es más amable. En la escuela no están tan cómodos y cuando uno está cómodo aprende más fácil, es así. A sumar les va a enseñar Lorenz. Le sale tan bien como al maestro.

Y que Katharina no repitiera una vez tras otra que eso estaba prohibido. En la guerra todo estaba permitido. También faltar a la

escuela.

Entonces Katharina no dijo nada.

Cuando mi tía por fin se puso a hablar sobre los Últimos, la muerte ya estaba frente a ella, saludándola. Estas palabras usó: —Ahí está —dijo. Las palabras salían de su cara, la boca apenas se movía; un rostro como de cuero; yo estaba frente a ella en su pequeña cocina en el barrio para emigrados y tuve la sensación como si detrás de ella hubiese alguien que hablaba y a quien ella apenas le prestaba su cara.

—Ahí está la muerte —dijo—, un par de metros delante de mí, un pie delante del otro, algo inclinada hacia adelante, el armazón de huesos, se da vuelta y me hace una seña, que avance.

Hacía rato que había pasado los noventa. Una mujer con una nariz marcada, con miembros aún delgados y bien formados; en los brazos se podían ver las líneas de los músculos. Una mujer que seguía trabajando como si fuese bien hombre y que no pensaba en la mujer que llevaba dentro. Una frase de mi madre; 'Katharina, ¡piensa un poco en la mujer que llevas dentro!'. Y yo trataba de pensar en la mujer dentro de mí. Pero no entendía muy bien; apenas tenía doce años cuando escuché esa expresión.

Tras la muerte de mi abuela y mi abuelo, será Katharina quien cuide de los hermanos —Lorenz, Heinrich y Walter, además de la Grete, la Irma y el Sepp, que llegaron más tarde— y todos los días cocinará con lo que haya y se ocupará de que queden satisfechos. Para esa fecha. Katharina apenas tendrá dieciocho años.

Cuando quieran llevarse a Lorenz y a Heinrich acusándolos de caza furtiva, ella querrá darles una coartada.

—¡Juro por el Santo Dios en los Cielos y la Santa Katharina y mi propia salvación y la de mis hermanos que el Lorenz y el Heinrich estuvieron todo el día conmigo en la casa!

No servirá de nada. No le creerán. Pensarán que ella no cree en el Santo Dios en los Cielos ni en su santa patrona ni en cualquier tipo de salvación, ni siquiera la propia. Serán encerrados en el calabozo, Lorenz diecisiete. Heinrich diecinueve. El calabozo estará en el sótano de la casa del alcalde.

Existirá el peligro de que les quiten al Lorenz. Frente a la gendarmería, el alcalde lo señala como el provocador. 'Ese', dirá, ese es tránsfuga de nacimiento". Katharina le rogará a Heinrich que se haga cargo de toda la culpa, toda entera, él solo. El Lorenz, dirá, ama tanto la libertad, la necesita, no sobrevivirá en una celda. Heinrich le obedecerá y confesará todo y jurará que fue solo de caza.

Más tarde. Kathe le dará ánimo a mi madre, la Grete, para que no le deje pasar nada a los hombres; lo mejor era dar una vuelta grande y

evitarlos.

Así será Katharina. Una de esas fue mi tía Kathe.

Aquella mañana, era principios de diciembre —el 4 o el 5 de diciembre de 1914, tía Kathe dijo que había sido uno o dos días antes de San Nicolás—, los niños se quedaron en casa.

Y estuvo bien que se quedaran con la madre. Katharina, Lorenz y Walter vieron venir al alcalde a través de la nieve. Heinrich estaba en el establo y alimentaba las vacas y la cabra. Él también vio al alcalde. Arrojó la horquilla, dejó al perro en el establo, trancó la puerta y corrió hacia la casa. En la cocina se colocó junto a sus hermanos y su madre.

Estaban en silencio. Con el aliento desarmaban las flores de hielo de las ventanas; vieron cómo el alcalde se detenía, no muy lejos de la casa. Como si estuviera pensando. La cabeza levantada y un poco torcida, la barbilla para fuera. Como si estuviera escuchando. Como un animal olfateando el entorno. Tenía una mochila en la espalda. Un cascote negro y erguido en la nieve era. Y de pronto no estuvo más. No lo habían visto partir, arriba hacia el bosque no debía haber ido. Como desaparecido por arte de magia. Como borrado del espacio blanco. Y como caído del cielo, apareció en el medio de la cocina. Con medias de lana. Olía a papas hervidas. Seguramente las medias.

La cosa se dio distinta de lo que Maria había esperado. Ella pensó que, con todos los chicos a su alrededor, él sólo se volvería a disculpar. Que al menos frente a los niños tendría respeto.

En cambio, se puso a gritarles, furioso: “¿No saben que los van a encerrar? La escuela es obligatoria en nuestro país. ¡Y yo acá soy el representante del emperador! Vine para controlar…". Y que debían desaparecer ya mismo, ya mismo. De un lado al otro de la cocina caminó con sus medias de lana. Revoleó los brazos. Que tal vez, tal vez, desistiera de una denuncia, pero sólo si desaparecían inmediatamente. Si una familia no cumplía con la obligación escolar, se tomaban medidas, se llevaban a los niños. Esa era la ley. Eso era automático. Ni un alcalde podía evitarlo. Nadie podía hacerse la idea de que durante la guerra las leyes ya no valían. Justamente en la guerra valen las leyes… Con tal volumen de voz que se sintió el eco bajando por las montañas.

—¡Rayocentellasylosmiidemonios!

Les dio pisotones a los niños y los empujó; Katharina cayó de costado. A Walter le tiró de los pelos y lo sacudió. A Heinrich le golpeó dos veces la cabeza con los nudillos, a la derecha de la oreja, a la izquierda de la oreja, y por último un sacudón en la nuca. Sólo con Lorenz no se animó.

Los niños salieron de la casa, apenas llegaron a ponerse los abrigos mientras corrían, los útiles sólo los agarró Katharina, Lorenz y Heinrich corrieron con los cordones desatados, Walter los miraba correr.

Maria se escabulló detrás de la mesa, se apretó entre el banco esquinero y la mesa, se protegió con un almohadón, hubiese querido tomar alguna cosa, el candelabro por ejemplo, que era de madera de haya, pero no se animó, pensó que se pondría más loco y le arrancaría la cosa y con eso me mata.

—A ver ahora —dijo el alcalde y dio vuelta la primera silla—, a ver ahora, si eres una dama tan fina.

Mi tía Kathe contó lo que pasó después: "Corrimos, el Heinrich, yo, Walter de la mano, y de pronto el Lorenz se quedó parado, los paredones de nieve a derecha e izquierda más altos que él. Ven, le grité, ven, Lorenz, si no nos denuncian y nos llevan lejos de mamá. Porque yo lo creía. Lo decían a menudo. De nosotros. En el pueblo, bueno, no todos, pero algunos sí, creían que los Últimos, allá arriba, éramos medio salvajes; pensar lo pensaban más bien todos, pero algunos también lo dijeron, si fuimos casi los últimos sin corriente eléctrica ni agua en la casa, sólo un aguadero, y había que caminar veinte metros para llegar y ni siquiera era nuestro. Y entonces decían, ey, si tienen cualquier cantidad de niños, y el padre hace negocios raros, ¿no sería mejor que les quitemos a los niños, para que puedan llegar a ser más o menos algo? Yo tuve miedo, tengo que admitirlo. El Lorenz. no.

Si queríamos, que siguiéramos huyendo, nos dijo, a Heinrich, a Walter y a mí, él no huía más. Él no. Dio la vuelta y regresó. Abrió las manos y dio unas brazadas, encorvó la espalda. Nosotros nos quedamos parados un rato. Yo realmente tenía miedo, lo admito, no sé si alguna vez en mi vida volví a tener un miedo así, me parece que no. El Lorenz, eso lo sabíamos todos en la familia, puede hacer algo grave cuando se enfurece. Casi sentí más miedo de Lorenz que del alcalde. Hasta que vimos a Lorenz arriba junto al aljibe nos quedamos parados, el Heinrich, el Walter y yo, todos juntos sin gorros en la cabeza, con seguro diez grados bajo cero, guantes desde ya que no teníamos, los habíamos dejado arriba en la cocina, tan rápido habíamos salido. Luego dejamos de ver a Lorenz, la nieve era tan alta. Yo dije: andando, entonces lo seguimos. Pero no fuimos rápido. Heinrich nos frenaba. Dijo que el Lorenz igual no nos quería tener cerca. De qué no nos quiere tener cerca, le pregunté. Heinrich se detuvo y yo seguí, con Walter de la mano. Que al menos dejara al Walter con él. gritó Heinrich detrás de mí. Que el Walter era demasiado joven. ¿Demasiado joven para qué? Seguimos. Y entonces Heinrich sí vino detrás de nosotros. Y cuando llegamos a la cocina, vimos al Lorenz.

Con la carabina.

Lorenz se había acercado silenciosamente hasta la casa, a través de la nieve profunda y por el lado de atrás, y había trepado al techo: eso era fácil porque la casa estaba construida contra la pendiente y atrás el techo casi tocaba el suelo. Él sabía cómo abrir el tragaluz desde afuera: primero limpió la nieve y después entró. Buscó la carabina y de pronto estuvo en la cocina.

—¡Lárgate! —dijo—. No necesito apuntar bien, tengo perdigones.

Esta vez, el alcalde no se atrevió a gritarle. Esta vez. no. Posiblemente por los perdigones. Maria salió del rincón y se paró detrás de su hijo. Puso las manos sobre los hombros de Lorenz.

Lorenz levantó la carabina a la altura de su mejilla. “Son perdigones doble cero”, dijo. Mi tía Kathe me explicó que esa es la peor de las pesadillas, que te disparen con perdigones. Ella sabía de armas, no tanto como Heinrich y ni que hablar de Lorenz, pero podía distinguir entre perdigones y una simple bala y había visto la diferencia de sus impactos en un ciervo, más de una vez.

—Cuento hasta tres —dijo Maria—. A las tres le digo a mí hijo que dispare.

—A partir de este momento es un delito grave —dijo el alcalde.

En ese momento, Katharina, Heinrich y Walter entraron a la cocina. Tía Kathe me contó que había llegado a escuchar las últimas palabras del alcalde. Empezó a llorar porque creyó que todo se había terminado.

Literalmente, el alcalde dijo:

—Ahora se terminó todo.

—¡Vengan acá conmigo! —ordenó María—. ¡Párense junto a mí! Todo va a estar bien. Nada se terminó.

—¿Y las buenas cosas que traje? —preguntó el alcalde—. ¿Qué hago con ellas? ¿Tengo que llevármelas de vuelta?

—Uno —dijo Maria.

—¡Pues sí, llévatelas! —sollozó Katharina—. No las queremos. ¡Por favor, llévatelas! No queremos nada de nadie. Sólo que nos dejen en paz. Nunca le hicimos nada a nadie.

Sobre la mesa estaba la mochila con los cordones sueltos; una salchicha se asomaba y dos panecillos y una bolsa de tela con sémola gruesa. Como si hubiera pasado San Nicolás.

—¿Y de qué van a vivir? —preguntó el alcalde—. Nadie se harta comiendo nieve.

—Dos —dijo Maria.

Walter exclamó rápido:

—¡Pero yo quiero la salchicha! Por lo menos la salchicha. Tengo hambre.

—Tómala —dijo Lorenz.

—No me animo —respondió Walter.

—Tómala tú —le dijo María a Heinrich.

Heinrich sacó la salchicha de la mochila, miró al alcalde y levantó los hombros. El alcalde hizo un gesto de generosidad.

—¡Y lo demás también! —ordenó María— ¡Toma todo lo que hay en la mochila!

Con cada pieza, Heinrich miraba al alcalde; con cada pieza, el alcalde asentía con la cabeza.

—Tomen todo, tranquilos —dijo él—. Si es para ustedes. El pan, la salchicha, el guiso de maíz: abajo también hay queso y tocino, todo para ustedes. Leche ya tienen. No hace falta que agradezcan. Viene todo de corazón. No hace falta robar algo cuando lo reciben de regalo.

Y después se largó. Muy despacio. Se tomó su tiempo para atarse los zapatos. Se sentó a sus anchas en el piso. Comenzó a cantar una canción: “María pasó por un bosque de espinos…”.

—¡Apúrate! —dijo María.

—¿Vas a decir tres porque me cuesta atarme los zapatos? —preguntó desde abajo—. ¿Y tú, jovencito, dispararás contra el representante del emperador porque le cuesta atarse los zapatos?

Lorenz no lo miró. El alcalde había recuperado un poco de su fuerza. Pero por lejos no toda. Eso le llevó varios días. A Lorenz le tuvo respeto por el resto de sus días. Le hubiese encantado verlo en el calabozo.

Cuando el alcalde por fin estuvo fuera y ellos ya no podían verlo, Mana tambaleó y tuvo que agarrarse de una silla; Katharina se le acercó para sostenerla.

—Sólo dame un poco de agua, con eso alcanza —dijo.

Pero Katharina vio que no alcanzaba y, con ayuda de Heinrich, llevó a la madre al dormitorio. Allí se acostó y durmió hasta la noche.

María se mareaba a menudo. Eso no quería decir nada. Algunas veces se cayó. Una vez en la iglesia. Esa vez se lastimó la cabeza. Las mujeres se habían apartado, le habían hecho lugar y ella se golpeó la frente contra el banco de la iglesia.

Walter tampoco se sentía bien. Quería tanto a la mamá que él tampoco se sentía bien. Nunca se ponía las medias, andaba siempre por ahí con pies helados y nariz mocosa. Lorenz no sabía cómo enseñarle que debía meterse la camisa dentro del pantalón, adelante y atrás, y no andar descalzo con este frío, ni siquiera dentro de la casa.

—¡No podemos enfermarnos! —decía.

Ya le había dado un sermón a Katharina. porque en realidad era su tarea ocuparse del pequeño. Ella sólo le respondió que no se alterara. Que él no era el padre.

María estaba embarazada. Mi madre estaba en su panza.

Todos los domingos de aquel diciembre, María bajó al pueblo con los niños, hasta la iglesia. En aquel invierno, el camino estuvo flanqueado por casi dos metros de nieve y por varios días hubo temperaturas de diez grados bajo cero, interrumpidos por tormentas del viento *foehn* que calentaban el aire hasta veinte grados durante un par de jornadas. Después, en una noche, el frío volvía a arreciar y nevaba tanto que desde el asiento del carro no se podían ver las orejas de los caballos. Del techo del establo colgaban carámbanos como espadas de gigantes. Día y noche pasaba el caballo con el quitanieves y los viejos que no servían para la guerra paleaban la nieve; día y noche se escuchaban las campanillas de la brida y, una vez —ya estaban todos en la iglesia. salía humo de las bocas, salía humo del incensario en las manos de Walter, hacía poco que era monaguillo, llorando había rogado ser monaguillo, de rodillas se había puesto frente a Maria. tal como los curas se lo habían enseñado a los alumnos, con sus mejores vestidos estaban todos en la iglesia, mujeres y niñas a la izquierda, los hombres y los niños a la derecha—, ahí se le desarmó a Maria el rodete que llevaba en la nuca. Se quitó la mantilla y trató de volver a enroscar el pelo; lo que siempre le salía tan fácil, esta vez no lo logró. Hubiese querido llorar. Todas las mujeres se dieron vuelta para mirarla. Porque se le había escapado un único gemido. Desgarrador había sido. Lorenz, Heinrich y Katharina encogieron sus cuellos.

Los Últimos se arrodillaban atrás, en el banco del fondo. Del lado de las mujeres. Todos apretados entre sí. Cuando todavía estaba Josef, también se había arrodillado, parado y sentado atrás, del lado de las mujeres; entre ellos y los últimos del resto siempre había dos o tres filas de bancos libres. Durante la misa, la mayoría de los hombres estaba afuera; hablaban de política, fumaban, masticaban tabaco y escupían, la nieve terminaba llena de manchas marrones. Para la consagración entraban, se arrodillaban junto a sus hijos, se santiguaban con descuido y ponían rostros compungidos, como si los hubieran atrapado haciendo algo vergonzoso. Josef no participaba de las discusiones de afuera, se quedaba con su familia, siempre se había quedado con los suyos en la iglesia. No creía en el cielo y menos aún en la iglesia católica, los curitas le parecían algo que sobraba, inútiles; tampoco creía en los santos, en esos creía su mujer, Maria creía más en los santos que en el Señor Dios, ese estaba demasiado lejos y además no le había pasado nunca nada; sobre los santos, en cambio, siempre había historias. Santa Katharina. por ejemplo, fue flagelada durante doce días, sus atormentadores no le dieron nada de comer y, sin embargo, sobrevivió porque a la noche venía un ángel que curaba sus heridas y le traía pan y leche. Durante la misa. Josef se quedaba

parado, los brazos largos, las manos cruzadas por delante, y daba rienda suelta a sus pensamientos. En el momento de la consagración también se quedaba parado. *Señor no soy digno de que entres a mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma* Durante la prédica, se sentaba, escuchase o no. Una corbata no se ponía, jamás. Camisa blanca. Otros tenían camisas a cuadros, tanto el domingo como en los días de semana, sólo que el domingo con corbata.

¿Por qué mi gente se separaba siempre a propósito? ¿Por qué? ¿Por qué se quedaron en el fondo del valle, bien al fondo, para colmo? Si no querían tener nada que ver con los demás, ¿por qué se quedaron allí? El cuñado de Maria y la hermana de Maria hablaron más de una vez sobre la posibilidad de mudarse a Bregenz, de construir una casa grande, de organizar juntos un emprendimiento; el cuñado sería el comerciante. Josef el responsable del dinero, la secretaría de finanzas y los trucos que allí eran necesarios, la contabilidad. Lorenz, que era bueno con las cuentas, tendría un futuro, un futuro dentro de la familia, al lado de su padre: más adelante el mismo puesto que su padre. El cuñado no fue a la guerra. Era indispensable en el hogar. Era importante para el mundo civil. Tenía una autorización que lo confirmaba Y no eran mala gente, la hermana y el cuñado, todo lo contrario. Esto también tenía que admitirlo Josef. El cuñado hablaba mucho, pero bueno, en comparación con Josef todos hablaban mucho. El cuñado era exitoso y decente. Josef lo admitía. Aunque en general opinaba que esas dos cosas no se daban bien juntas.

Cuando Maria estuvo embarazada de mi madre, volvió a pensar en los santos. Que en esa época rezaba mucho, se acordaba mi tía Kathe. A la madre de Dios en persona, que al fin y al cabo era su patrona. Con las madres se puede hablar. De San Lorenzo recién se enteró más tarde, le daba miedo: lo habían asado hasta matarlo, en la parrilla, mientras él se reía de sus verdugos. Si hubiera conocido antes la historia, le habría puesto otro nombre a su hijo. De un San Heinrich o San Walter no había oído hablar nunca. Mi tía Kathe decía que su madre se hacía algunos reproches por eso. Pero sólo a veces. La mayoría de las veces, todo lo que tenía que ver con la religión le daba reverendamente igual.

—Kathe —dije. Creo que a partir de sus setentas no la llamé más tía, sino simplemente por su apodo, Kathe".

—¿Qué?

—Quiero preguntarte algo.

—¿Qué?

—Pero no te enojes.

—¡No des tantas vueltas! ¡Pregunta!

—¿Estás cien por ciento segura de que mi mamá es del mismo padre que ustedes?

—¡Por esta pregunta deberías ligar algo!

Esa fue la respuesta.

—Bien —dije—, has dicho lo que debías decir. Ahora te pregunto lo mismo una vez más: ¿mi mamá era cien por ciento tu hermana?

—¡Cien por ciento! —dijo tía Kathe—. Tu eres cien por ciento una de los Últimos.

Sí, sí, que sabía muy bien lo que se me cruzaba por la cabeza malpensada, siguió diciendo. Que por eso a su mamá se le había dado por rezar, porque tenía la conciencia sucia.

—¿Eso piensas?

—Así más o menos.

—¡Pero es una tontería!

—¿Y con el alemán pelirrojo de Hannover no pasó nada?

—No.

—¿Y cómo lo sabes con tanta certeza?

—Lo sé y listo.

María había fantaseado en voz alta, frente a su hermana, cuando las dos aún iban a la escuela, con que algún día viviría un gran amor, increíble, que la haría flotar sobre la tierra. Sin un gran amor de esos, la vida de una mujer no valía nada. La hermana de María era más pragmática: que un hombre debía ofrecerle a su mujer una buena vida, eso ya lo decía de joven, más no cabía esperar. Bajo una buena vida ella entendía una que fuera mejor que la que había llevado hasta entonces. Eso era muy modesto, le había respondido María. A los diecisiete, Josef le había propuesto matrimonio. Ella estaba satisfecha con ese hombre, había mejorado su vida. No en lo económico. Era incluso más pobre que la familia de María. En lo económico, Josef era un descenso. Pero él le daba valor a las personas. Aunque no hablara sobre el tema —cosa que no habría podido, no tenía muchas palabras a su disposición—, todo lo que él era y cómo era. hablaba, y decía que las personas no debían ser medidas según lo que tintineara en sus bolsillos. En ese aspecto había mejorado la vida de Maria. Era un aspecto más bien extraño, opinó su hermana. Darle un mordisco a ese aspecto no se podía. No, seguro, admitió Maria. Además, ella amaba a Josef y sabía lo que era desearlo: pero si no volvía de la guerra, entonces se iría a lo de Georg a Hannover. Si hacía falta, a pie. ¡Por qué no podría ser otra persona! Ni una tela de araña había en los rincones de su casa, ni un montoncito de polvo, nada grasoso, nada pegajoso, ni medias olorosas o camisas transpiradas. Dejaría tras de sí la situación más ordenada que alguien pudiera imaginar.

Para la Navidad de 1914, Josef volvió a casa una vez más, la última durante la guerra. Inesperado. Había soldados en el pueblo que todavía no habían tenido vacaciones. Cuyas mujeres estaban desesperadas. Había una que no había recibido una sola noticia de su marido, ni una. Ni siquiera sabía si seguía con vida. Hubo soldados que no tuvieron vacaciones durante cuatro años; habían marchado a la guerra por el emperador y la monarquía y, cuando regresaron, el emperador estaba muerto y la monarquía, destituida. A Josef le habían dado dos vacaciones en medio año. La opinión general era que eso lo había logrado gracias a otro de sus asuntos. Pero nadie era capaz de decir qué clase de asuntos podían ser esos que hacían que el campesino más pobre del pueblo más pobre de toda la monarquía lograra torcer la maquinaria militar del emperador a su favor.

El ayudante de correos había dado sus zancadas por la nieve, llamado a María y sacudido una carta. Un comunicado oficial para la esposa del soldado. En sentido estricto no se trataba de una carta; él nunca leería una carta, aseguró el adjunto, eso se lo prohibían la decencia y el deber, pero este escrito había llegado abierto y sin sobre. Josef había salido sorteado para unas vacaciones del frente. Eso decía ahí. Escrito a máquina. Sellado.

—¿Eso se sortea? —preguntó Maña.

—Yo tampoco lo sabía —dijo el adjunto, le faltaba el aire y estaba feliz— Siempre se aprende algo nuevo. Qué decir. Pero siempre es bueno aprender buenas noticias. ¿No es así?

Maña sospechaba:

—¿O sea que de casualidad?

—Sí, señora.

—¿Tan casual como la muerte pueden ser también las vacaciones?

—¿Debo sentir remordimiento por no estar en el frente? —preguntó el adjunto.

—De ninguna manera —respondió Maña. Y entonces se sobrepuso a la vergüenza y dijo—: ¿Puedo pedirte un favor?

Miró hacia otro lado para no tener que ver cómo al adjunto le subía la sangre a la cara:

—¿No quieres entrar un momento?

No sabía qué ofrecerle. Porque no tenía nada. Nada de nada. Desde que el alcalde había dejado de llevar sus regalos, se les habían ajustado las provisiones. Una vez por semana mandaba a Heinrich o a Katharina al pueblo para que compraran pan. Un poquito de dinero todavía le quedaba. A veces pasaba que la mujer de la panadería, la Else. les ponía un segundo pancito en la mochila. Del techo, sobre la mesa de la cocina, colgaba la lonja de tocino que el alcalde había dejado al final. Allí, los niños frotaban sus cortezas de pan. Para que al

menos tuviera algo de sabor. El adjunto aflojó su corbata y se abrió el cuello. Hacía calor en la cocina. Madera para el hogar había suficiente. Más vale hambre que frío. Esa era la máxima de los Últimos y lo sigue siendo hoy, incluso para mí.

—¿Prometes que no le dirás nada a nadie?

—Lo prometo —respondió el adjunto.

—Me animo a hablar así contigo —dijo y tomó su mano y la sostuvo— porque te considero una persona decente.

—Gracias —dijo el adjunto—, Pero seguro que también hay otros.

—No. ninguno.

—Entonces gracias una vez más.

—Seguro piensas que sólo lo digo porque quiero pedirte algo.

—No, no pienso eso —dijo el adjunto.

Pero de hecho era así.

—Estoy rogando —dijo María.

—Eso no lo entiendo —dijo el adjunto.

—Te ruego.

Él seguía sin entender.

—Ya no tengo nada.

Seguía sin entender.

—Nada más para comer.

Seguía sin entender, él.

—Los niños y yo, no tenemos nada para comer —dijo ella controlando su impaciencia—. Las vacas tienen heno y la cabra también. Nosotros no tenemos nada. El perro se busca lo que necesita, no sé de dónde, y el gato también. Sólo leche para beber tenemos. Y si viene Josef de la guerra para Navidad, tampoco tendremos nada…

—Será un honor—interrumpió el adjunto rápido. Eso fue muy elegante de su parte. Quiso ahorrarle el hecho de tener que describir la situación con más detalle aún.

Esta vez Josef vino sólo por dos días. Calculado en horas exactas, sólo por un día y medio. Estaba agotado, distinto, desconocido, pequeño, cansado, arisco, delgado; casi no habló, se acostó con su mujer, no registró que estaba embarazada. Ella tampoco se lo dijo. Estaba en su segundo mes. No quería ver a nadie excepto a la familia, dijo él. Cualquier luz le hacía doler los ojos. Había que tapar la vela con algo. En contra de su costumbre, tampoco se lavó a fondo. Le parecía que todo estaba de más. El viaje había sido largo, dijo, pero bueno. En tren. Mucho más no habló. Los niños mantuvieron distancia. Cuando volvió a desaparecer, fue como si nunca hubiese estado. Apenas quedaron las huellas de las toscas botas militares en la

nieve. A María le costó recordar cómo era su marido antes de la guerra. Eso le pareció una muy mala señal.

Pero para la noche del 24 habían tenido carne al horno. Carne de cerdo. Con papas y chucrut. Y una botella de vino. Y peras secas. Todo del ayudante. María le había agradecido con lágrimas. Le habían salido como a las actrices en el escenario. Lágrimas a comando. Eso había leído alguna vez. También había memorizado esa expresión. Que. entre otras cosas, las actrices debían saber llorar. A comando. Ella y su hermana lo habían practicado de jóvenes. La hermana nunca lo había logrado. María sí. A la hermana le había dado un ataque de risa. De eso se había acordado Maria cuando el adjunto llegó con el trineo, arrastrándolo con una soga que le cruzaba la espalda. Sobre el trineo había atado bolsas llenas de cosas buenas. Encima una lona, para que nadie viera lo que llevaba. Ella le había dado la mano y la había sostenido un tiempo largo y lo había mirado firme a los ojos y les había ordenado a sus lágrimas que fluyeran, y fluyeron. Entonces también fluyeron lágrimas de los ojos del buen hombre. Un agradecimiento más hermoso no habría habido para él. Las lágrimas de Maria fueron su mejor regalo de Navidad.

Esta vez, Josef también le había traído dinero a Maria y le dijo que lo escondiera bien. Ella cosió una bolsita de tela para cada uno de la familia y repartió el dinero; la mayor cantidad para el padre, los niños según su edad, ella misma no quiso. Colocó las bolsitas debajo del arbolito. Lo había traído Heinrich del bosque. La punta se doblaba contra el cielorraso. De las ramas colgaban figuras de cartón que María y los niños habían pintado con lápices de colores. Los lápices se los había prestado una compañera a Katharina. Ella sólo tenía uno, azul. Encendieron seis velas, una para cada miembro de la familia.

—Bonito —dijo Josef—. Muy bonito. Nosotros también tenemos uno. Casi igual de bonito.

Ella no preguntó.

Cuando Josef volvió a irse. María escondió las bolsitas con dinero debajo de un tablón del piso. Puso encima al árbol de Navidad.

Hay algo más, ¡importante! Había horneado una torta para Nochebuena, porque hasta hanna y azúcar había traído el adjunto. Y un pedazo de levadura, con un saludo navideño de parte de su madre. Y un puñado de pasas de uva. Y manteca.

Habían querido ir a la misa de gallo, todos juntos, Josef, María. Heinrich, Katharina, Lorenz, Walter, pero tuvieron que volverse. había nevado demasiado y el 24 de diciembre el quitanieves no estaba en las calles, al menos no allí, al final del valle. Cantar junto al arbolito se hizo difícil, porque Katharina no sabía, Heinrich no sabía, Lorenz seguro que no sabía, sólo Walter se sabía de memoria el "Noche de paz, noche de amor. Josef estaba ahí parado, los brazos largos, las

manos cruzadas por delante. Como en la iglesia. Era imposible saber qué pensaba. Walter jugaba con el niño Jesús de yeso, que cayó al piso y se rompió. Eso a María también le pareció una mala señal.

Al despedirse, los cónyuges se abrazaron. Pero María no logró contarle a su marido que estaba embarazada. Se lo escribió en una misiva al frente. Él respondió diciendo que no creía que pudiera tener más vacaciones. Que se alegraba por el niño. Sus compañeros habían compartido un aguardiente y lo habían felicitado. Si era un varón, quería que se llamara Josef, como su padre.

Hasta el final de la guerra el padre no volvió a la casa. A veces, el adjunto traía alguna carta suya. Entonces María le daba otra carta a cambio. Las cartas de Josef no solían tener más que cuatro líneas. Que le iba bien. Que no se preocupara. Que cómo estaban los niños. Que iba a estar contento cuando la guerra terminara y volvieran a ser una familia. Que la cosa andaba bien para el emperador. Eso lo ponía en cada carta. Decían que los soldados tenían que ponerlo. Si no lo hacían, había reprimendas. Ella respondía igual de corto.

Pronto la panza se hizo visible. Pronto todos en el pueblo habían visto al menos una vez la panza de María Moosbrugger. ¿De dónde, esa panza? Hacían cuentas. Las vacaciones del marido al dedillo. Incluido el estado de ánimo de un hombre que llega del frente. Cálculos cruzados sobre los días más y menos favorables para la concepción. Y esto y aquello. El resultado fue desfavorable para María.

El cura subió dos veces hasta la casa. La primera vez solo, la segunda no solo.

La primera vez dijo:

—¿Por qué no te veo más en la confesión, Mana?

Ella levantó los hombros. No le había ofrecido lugar en la mesa de la cocina. El cura era de la opinión de que en cualquier sala y a cualquier hora debía haber un sitio reservado para alguien del clero.

—¿Quieres confesarte ahora? —preguntó.

—¿Aquí, en la cocina? —respondió ella.

—La misericordia del Señor reina en todas partes.

—No, no quiero confesarme.

—¿No hay nada que quieras confesar, María?

—¿Sabe qué podría confesar? —preguntó ella.

¡Alto! Debo interrumpir acá. Sobre esta conversación entre mi abuela y el cura se especuló mucho en mi familia. Cada uno tenía su propia historia, ninguno sabía cómo había sido de verdad. Mi tío Lorenz, por ejemplo, aseguraba que su madre le había cantado las cuarenta al cura. Creo que era su versión porque, en el lugar de ella, eso es lo que él habría hecho. Pensaba igual que su padre, que los

curitas eran algo que sobraba, inútiles. El tío Heinrich contaba que la madre había llorado, sólo llorado. Que se acordaba cómo mamá —seguía llamando "mamá" a María incluso de adulto, era el único, los otros se referían a ella como madre—, cómo mamá en esa época lloraba desde la mañana hasta la noche. O sea que también lloró cuando llegó el cura. Él, Heinrich, sospechaba que el cura había tomado el llanto como confesión de culpa. Tía Kathe recordaba que el cura, que siempre le pareció un tipo especialmente dañino, había pegado alaridos y le había deseado el infierno a la madre y la había querido obligar a admitir que el niño en su vientre era de otro, no del padre, y ahí la madre echó al religioso de la casa. Por eso la vil venganza del hombre.

Y algo más contó tía Kathe: que el Walter, el pequeñín, apenas seis años, que él había corrido tras el cura y lo había atrapado, sí, atrapado, que lo agarró del talar negro y le gritó tan fuerte que se escuchó hasta arriba en la casa:

—¡Eres un hombre malo! —le gritó Walter al cura—. ¡Irás al infierno!

Al día siguiente el cura volvió, no solo esta vez. Esta vez vino con un muchacho al que le ordenó buscar la escalera del establo, subirse y, con un desbastador, desmontar el crucifijo que estaba junto a la puerta de entrada. María y los niños se acurrucaron dentro de la casa, a oscuras, en la cama matrimonial, y se apretaron entre sí; hasta Lorenz se acercó a su madre, hasta él sintió miedo. Aunque todos juntos no creyeran cien por ciento en el cielo ni en lo que hubiera allá arriba, ahora sentían que desde allá arriba también podía venir el peligro, para colmo, además de los peligros de la tierra.

—No deberías haberlo perseguido ni decirle que irá al infierno —murmuró Heinrich.

Walter respondió:

—Pero él sabe que irá al infierno.

María murmuró:

—Del infierno no sabemos nada, ninguno de nosotros.

—Yo sí —porfió Walter.

La noticia corrió rápido y no había una persona en el pueblo que no estuviese al tanto de María y el niño en su vientre y que no conociera los cálculos que habían resultado todos, ineludiblemente, en su contra. Es que en los Últimos se juntaban muchas cosas. Los asuntos del padre, sobre los que nadie conocía los detalles. La belleza demasiado grande de la mujer. Los privilegios del padre como soldado: primero, porque seguía vivo: segundo, porque ya había tenido dos vacaciones del frente. Las capacidades matemáticas más que notables de Lorenz. que dejaban a la sombra incluso al maestro; al

parecer, Lorenz sabía multiplicar números de tres dígitos a toda velocidad en su cabeza. Nadie creía en la brujería, pero siempre había que contar con ella.

Al alcalde le hicieron preguntas sobre los Últimos. Pero él no dijo nada. Al fin y al cabo, antes de la guerra había estado muy unido a Josef. Ver: asuntos. Y que desviaba cosas de su mesa para ellos, eso también se sabía. Y que lo hiciera por puro amor al prójimo era algo que podía ser puesto en duda Tal vez Josef lo tenía en un puño. Ver: asuntos. Que diga de una buena vez qué pasaba con ellos.

—Sobre eso no hablo —dijo.

—¿Porqué no?

—¡Porque no, imbécil!

—¿Porque sabes más?

—¡Porque sobre eso no hablo, imbécil! ¡Qué banda retorcida resultaron ser todos! ¡Un rejunte de serpientes venenosas! ¡Todo el pueblo no es más que un montón de mierda! ¡Todos ustedes juntos no valen ni lo que queda pegado en la escupidera de Josef!

Que Walter había corrido detrás del cura para atraparlo es algo que, lamentablemente, la tía Kathe recién me contó cuando hacía rato que su hermano estaba muerto. Digo lamentablemente porque me hubiese gustado felicitar a mi tío por eso. Pienso en él con afecto. Era el más divertido de los Últimos. Se decía que las mujeres lo amaban y lo deseaban, que le perdonaban todo y que él podía tener a la que quisiera. En mis ojos no había sido un hombre apuesto. Puede ser que el ideal haya variado con los años. Era grande, de hombros anchos, y tenía un cuerpo atlético a pesar de no practicar ningún deporte; piel delgada y llena de pecas, su pelo rojo, pelo en los brazos, en el pecho y una pelusa blanca en el dorso de las manos. Trabajaba menos que sus hermanos, salía mucho de parranda. Eligió una mujer redondita con cara bonita, que pronto se volvió gorda. Ahí dejó de gustarle. Tuvieron cinco hijos y vivían en una casa sin revoque. Se obsesionó con una mujer que hacía la calle. Le parecía ideal. No tenía que dar explicaciones. Su esposa se buscó un amante que la visitaba a menudo y sin reparos, era agente comercial y se sentía cómodo con la mujer gorda. Ella fue, también, quien me enseñó a bailar foxtrot. Cuando el tío Walter se aburrió de la prostituta, se la pasó a su hermano menor, el Sepp, que se casó con ella.

Los hermanos nunca hablaban entre ellos del pasado. Eran hombres que habían salido de la tierra y que se consumieron cuando ya no hubo nada que esperar.

En la escuela. Katharina aprendía el doble de rápido, el doble de

mucho, con el doble de seguridad que los demás y el maestro la respetaba. Les dijo a sus compañeros que, al fin y al cabo. Katharina no tenía la culpa de que su madre fuese una puta.

—Dijo eso, con esas palabras —contó la tía Kathe y escupió y siseó y no sonó como si una mujer casi centenaria estuviese maldiciendo, sino como la rabia de una niña—, ¡Ese perro reventado! ¡Dice delante de toda la clase que nuestra mamá es una puta! ¡Espero que se esté asando allá abajo!

Había estado parada al frente de la clase cuando el maestro dijo eso sobre su madre. Katharina no se animó a levantar la vista del piso. Los compañeros y las compañeras no querían ni rozarla. En el guardarropa, dejaban una distancia de al menos dos ganchos entre sus tapados y el saco de ella. Tenía una amiga, que en secreto le daba pan de trenza y le escribía carlitas en las que le decía que estaba de su lado pero que no podía mostrarlo.

Para Heinrich era el último año de la escuela. Siempre había sido muy discreto en la clase y que ahora él también recibiera esas señales de enemistad lo ofendía profundamente.

María llevaba a Walter en brazos a pesar de que ya era demasiado pesado y pronto sería, también, un niño oficialmente escolarizado; saltaba con él por la cocina sacudiendo todo, deseaba perder el embarazo, pero ya era demasiado tarde. Creía saber que esperaba una niña, porque no se sentía mal. Sólo con los niños se había sentido mal. Con Katharina se había sentido mareada. pero no descompuesta. Como si el niño muerto fuera también a matar los rumores.

En julio envió a Lorenz a lo de su hermana con el pedido urgente de que viniera a buscarla, que era cosa de vida o muerte. Lorenz salió a las cuatro de la mañana y al mediodía estaba en lo de la tía; el tío enganchó los caballos y al anochecer María ya estaba en lo de su hermana. En buenas manos. Envuelta en telas. Provista de té caliente. Con un pedazo de chocolate en el plato. Lorenz, Katharina, Heinrich y Walter se quedaron solos en la casa. Maria dio a luz una niña. La bautizaron en L„ un bautismo de emergencia oficiado por la hermana de Maria, porque el cura se negó. Le dieron el nombre de Margarethe. Una semana después, Maria estaba de vuelta en su casa.

En el tercer año de la guerra, ya a nadie le iba bien. El adjunto y su madre tenían muy poco para regalar. En realidad, nada En verano, manzanas. Una vez, cerezas, pero cerezas ya tenían. Tanta vergüenza le daba que dejó de subir hasta lo de Maria. Ella lo buscó. Él se hizo negar. A partir de ese momento, Maria no fue más al pueblo. Una vez golpearon a la puerta, afuera había un hombre y una mujer, el sombrero calado hasta abajo, ella envuelta en un pañuelo; cuando corrió la cortina de la cocina no los reconoció, temía que volvieran a

insultarla, acusarla, maldecirla; no abrió y se sentó en el piso de la cocina para que no la vieran en caso de que el hombre le hiciera la escalerita a la mujer; abrazó a Grete y le hizo señas para que se quedara callada, cosa que no hubiese sido necesaria. Más tarde supo que eran personas de bien, que sólo querían decirle que consideraban a Maria una mujer decente y que no se dejaban correr por el cura.

Una vez, el cura preguntó desde la altura del púlpito que dónde estaban los Últimos, si siempre se sentaban en la fila del fondo. Pero resulta que no todos en el pueblo aprobaban el comportamiento del cura con su moral. Un hombre, no se supo quién fue, gritó en medio del sermón: "¡Ya basta con esto! ¡Suficiente! Y otro incluso no gritó, pero masculló, que el cura cerrara el pico. Al fin y al cabo, Josef y María eran de acá, el cura había llegado de quién sabe dónde.

Tenían hambre. Y ahora eran seis, sin contar al padre.

La pequeña Grete era fácil. Lloraba poco, no hacía lío. Lo que más le gustaba era estar con la mamá. Maria la levantaba sobre sus caderas, donde la niña se aferraba, o la sentaba en su falda, abriendo su saco tejido y acomodándolo alrededor de la espalda y la cabeza de la bebé.

—Esta es tu casita —decía.

Para Katharina era una muñeca. Grete dejaba que hicieran cualquier cosa con ella. Sonreía con dulzura y miraba a sus hermanos a los ojos. Walter dobló papel de diario para hacer un sombrero de Napoleón y se lo puso en la cabeza y le acomodó el pelo. Heinrich usó una teja de madera para tallar un palo que en la punta tenía la cabeza de un capitán —era hábil para esas cosas— y lo puso en la manito de Grete. La habían sentado en el medio de la mesa de la cocina, seria, callada, tranquila. Katharina le preguntó a la madre si le prestaba la tela roja, la bonita, no la iba a cortar, como capa real para la Grete. A la izquierda de la niña, sobre la mesa, y a la derecha, puso dos almohadones, un tercero como respaldo. Ese era el trono. Encima acomodó la tela. María la había guardado, algún día quería coserse un vestido. Nadie se cose un vestido fino cuando a la mesa no llegan más que papas y gachas de harina. Además, la tela había sido un regalo del alcalde, no le gustaba pensar en eso.

—Eres nuestra reina —dijo Katharina. Grete no tenía ni tres años —. Di: ¡soy una reina!

Grete dijo:

—Reina.

—Di: Reina Grete.

—Reina Grete.

—¡Dijo algo más! —exclamó Katharina feliz, en dirección a su madre.

La reina Grete era mi mamá. No quería ser una reina, no quería llamar la atención, quería ser invisible. Cuando pienso en ella, la veo acostada en la cama, leyendo un libro. Está en el sofá del living, el edredón como una nube sobre su cuerpo. Estaba enferma, casi siempre estaba enferma. A cada rato iba al hospital porque tenían que sacarle algún pedazo; estaba cada vez más delgada. En el hospital no la visitamos, quedaba demasiado lejos. No cocinaba nada, excepto flan de chocolate con un pedazo de manteca. Vivíamos en un hogar de rehabilitación para víctimas de la guerra; nuestro padre era inválido, se le había congelado una pierna en Rusia. Andaba en un camión. Era el administrador del hogar, ganaba un sueldo y vivíamos gratis. Una cocinera cocinaba para las víctimas y para nosotros. Como en lo de grandes señores.

Nuestra madre estaba debajo de su nube y leía un libro. La autora se llamaba Sigrid Undset y la foto de la cubierta mostraba una mujer con una trenza alrededor de la cabeza. Se ve bonita, un poco regordeta. pero así eran las mujeres en esa época, explicaba nuestra madre. La primera oración del libro decía: "He engañado a mi marido". Eso lo memoricé. Mi madre lee en voz alta y nosotras no entendemos casi nada de la trama. Mi hermana tiene nueve, yo siete. Permite cualquier cosa a su alrededor, nuestra madre: nada la perturba, como si no estuviera allí.

En un documento leo: "El 23 de octubre de 1956 estalló en Hungría la primera rebelión armada de Europa Oriental contra el comunismo y la dominación soviética. La intervención de los tanques soviéticos convirtió inmediatamente al levantamiento en una batalla por la libertad y la independencia nacional".

El hogar recibió refugiados húngaros. Todo estaba ocupado, cada silla, cada cama: en una cama había familias enteras. Cada lugarcito libre debía ser utilizado. En la cocina trabajaban tres cocineras. El agua hervía para los fideos, la grasa salpicaba. Ayudantes de cocina limpiaban hortalizas y lechugas. Un gran camión se detenía frente a la casa todas las mañanas; descargaban alimentos y los transportaban al sótano. Mi padre acompañaba todo con un block de papel, llevaba registro de lo que llegaba.

Nuestra familia, que había vivido generosamente en cinco ambientes, tuvo que conformarse con dos cuartos; no había cocina. la comida llegaba en un montacarga especial: la buscábamos allí y la poníamos en nuestra mesa. No puede ser rico, decía nuestra madre, cocinar para tanta gente es algo que hay que aprender y nuestro personal es provisorio. Digo "nuestro personal" como si hubiera tenido algo que ver con nosotros.

En los pasillos había hombres, mujeres, niños; pateaban pelotas de un lado al otro. Nosotras nos asomábamos curiosas por la puerta, pero no nos animábamos a salir. Desconocido. Todo era desconocido. Los hombres húngaros usaban pantalones de gimnasia, parecían estar esperando que empezaran sus partidos. Había olor a ropa sin lavar y a humo de cigarrillos. Nuestra madre la pasaba mal. Prendía velas y las volvía a apagar. Ponía ramas de pino a secar y cuando habían perdido toda humedad les acercaba un fósforo. Amaba el aroma de las agujas de pino frescas y el de las quemadas.

Encontré una foto en mi caja del pasado: yo estoy en el medio, una niña a cada lado, todas con trajes de baño. Tenía la misma edad que las niñas, pero era la más pequeña. Era en la época en la que nuestra madre se la pasaba en el hospital y, mientras nos tomaban la fotografía, yo pensaba en ella. No sabíamos cuál era su estado, no sabíamos que moriría pronto y, cuando finalmente murió, no lo pudimos creer. Personas desconocidas nos acariciaban el pelo y decían: "¡Ay, pobrecitos los cuatro huérfanos!". Eso era muy desagradable. Habíamos llegado a visitarla en el hospital y la vimos vivaz, casi eufórica. Pero al ratito sintió náuseas y nos sacaron de la habitación. Ahora sé que ese era el efecto de la morfina.

En mi clase le pidieron dos chelines con cincuenta a cada alumno para comprar una corona: para mí fue una vergüenza y hubiese preferido saltar por la ventana para no tener que estar ahí. Entonces me hubiese muerto e ido con ella al cielo.

Cuando Grete falleció, sus hermanas y hermanos aún vivían; la reina Grete fue la primera. Y cuando sucedió, sus hermanas y hermanos y también nosotros, sus hijos, mis dos hermanas y mi hermano, quedamos estupefactos, como si no hubiésemos sabido que estaba muy enferma, como si no hubiese enfermedades que conducen a la muerte, como si la muerte no existiese. Nunca voy a olvidar ese día: una amiga me contó del perro que le acababan de regalar. Quería mostrármelo a toda costa. Ya mismo. Enseguida. Que la acompañara primero a su casa, admirara el perro y luego siguiera para almorzar en lo de mi tía. En esa época mis hermanas y yo vivíamos en lo de mi tía Kathe, porque nuestra madre estaba en el hospital. Habría papas hervidas con zanahorias y un pedazo de carne asada, que antes había sido parte de una sopa y había perdido gusto y cuyas fibras se quedaban enganchadas entre los dientes. Era sábado. Cuando llegué a casa, vi a mi hermana golpeándose la cabeza contra la pared, a tía Kathe llorando en la sopa. No sabía qué había pasado. Sí, y entonces me lo dijo en tono muy bajo. Nuestra madre había muerto. "La Grete está muerta."

Y volvió el invierno. Y no tenían nada. Ni la lonja que colgaban del cielorraso de la cocina. Las últimas papas ya no eran comestibles.

Afuera nevaba. Nevaba tanto que desde la cocina no era posible ver el aguadero. Lorenz llegó de la escuela. Era de tarde. Sacudió la nieve de su cabeza y dejó los útiles en la cocina. Saludó en silencio a la madre, que, como siempre, tenía a Grete en la falda. Katharina hacía las tareas con Walter. Lorenz fue al establo, le dijo a Heinrich que lo dejara ocuparse, que fuera a la casa y llevara leña. A esta altura, Heinrich ya no contradecía a su hermano. Llamó al perro y desapareció con él. Y no preguntó. Lorenz esperó. Dio pisotones para mantener los pies calientes. Esperó hasta que la noche descendió por las montañas. Luego hizo lo que había previsto hasta el último detalle. Se había preparado: a la mañana había depositado en el establo un segundo par de medias gruesas, los guantes gruesos del padre, una segunda camisa y los calzoncillos largos que no usaba nunca; los calzoncillos largos le parecían cobardes, no tenía otra forma de expresarlo. Ahora, en el establo, se puso toda la ropa, incluida la gorra con los protectores de oreja, que también le pertenecía al padre. Se sentó sobre el pértigo del carro y metió los pies en las botas de montaña del padre, que le quedaban demasiado grandes, pero ya no tanto, con un segundo par de medias en los pies iban bien. Por último enroscó los brazos en la mochila grande, que nadie había usado y olía a moho, porque no había de dónde transportar tantas cosas como para que no alcanzara también con las mochilas más chicas. Luego se alejó de la casa con pasos incómodos, siguió el canal angosto, apisonado, que pasaba junto a la fuente y bajó hasta llegar al camino despejado. Por allí caminó hasta el pueblo, la cabeza encogida contra la nieve que caía del cielo, y atravesó el pueblo hasta la última granja del otro lado. Silbaba fuerte, algunas estrofas incluso las cantó, a esa hora no había nadie afuera, de haberlo habido Lorenz lo habría saludado, con demasiado entusiasmo tal vez, eso se había propuesto. En todo caso, que se acordaran de él como alguien que hacía cualquier cosa menos algo secreto. El Lorenz de los Últimos, qué alegre que está hoy, eso era lo que tenía que pensar cualquiera que se lo encontrara. Quien está alegre no es peligroso. No se encontró con nadie. Con semejante nevada, quién iba a abandonar su casa. Pero tal vez había alguno mirando por la ventana. Seguro que había alguno mirando por la ventana. Ese lo vería, inofensivo, alegre a pesar del clima.

En la última casa, en la otra punta del pueblo, vivía un compañero de escuela, el único con el que Lorenz se relacionaba de vez en cuando. En realidad, hasta lo quería, pero ya en esa época mi tío Lorenz estaba firmemente convencido de ser uno de esos que se mantienen alejados de todos, o sea que, por lo tanto, tampoco puede querer a nadie. Tampoco al Emil. Aunque de alguna forma sí lo quería. Lo ayudaba con las tareas de matemáticas y más de una vez le había conseguido una nota mejor. Cuando llegó a la casa, estaba

oscuro. Golpeó la puerta con el aro de hierro.

Abrió la madre de Emil. Lorenz se quitó rápido la gorra de la cabeza. Para que lo reconociera enseguida y no tuviera que preguntar, ni asustarse.

—Qué quieres —preguntó sin decir su nombre.

Eso le pareció descortés. Un poco de rabia se le disparó por el cuello, pero la frenó con la nuez de Adán. Tragó y actuó el mejor humor que pudo. Que no encontraba su libro de lecturas, que seguramente Grete lo había perdido, la pequeña perdía todo, seguro que al día siguiente lo encontraría, pero seguro que recién después de clases, y él tenía que leer dos páginas y lamentablemente no era muy bueno leyendo, algunos eran buenos con las cuentas y otros con la lectura, él preferiría ser bueno leyendo… y así. Dijo todo lo que había pensado y preparado en silencio, a la noche. Aunque fuese cualquier cosa lo que estaba diciendo, era exactamente lo que había preparado, estaba todo calculado. Conocía a la madre de Emil, sabía que admiraba su don para las matemáticas, pero que también lo envidiaba porque su Emil andaba flojo precisamente en esa materia. Por eso había calculado que la alegraría si, por su parte, él hacía como que envidiaba a Emil por su don. saber leer bien.

—Quería preguntarle al Emil si no me prestaba el libro hasta mañana.

Lo que se contaba de la familia del Lorenz no era lo mejor, más bien todo lo contrario. Algunos lo creían, otros no. Algunos lo creían, pero igual les parecía demasiado lo que había hecho el cura, es decir, comportarse como si él fuera el dueño del Señor. Los niños de los Últimos asistían a la escuela cuando querían, cuando les venía bien. Eso era criticable, sí. La María no se ocupaba de casi nada. Ya no la veían en el pueblo. Eso era soberbia. El padre de Emil siempre reconvenía a su mujer: que controlara su fantasía, que qué sabía y que sólo porque la madre de los Últimos era más bonita que todas, realmente que todas, no era motivo suficiente para la maldad. Pero puede ser motivo para hablar de ella, le retrucaba la mujer. Desmontar la cruz de la casa, eso ella tampoco lo habría hecho.

—Espera —le dijo la mujer a Lorenz.

Otra vez no lo habían nombrado con su nombre, ni le ofrecieron entrar a la casa, cosa que sintió como una nueva descortesía. Como una maldad. Le cerraron la puerta delante de las narices. Nevaba tanto que en los pocos minutos sin gorra se le había formado una piel blanca sobre la cabeza. Ni a un mendigo lo habrían dejado así parado. Tenía frío, sacudió los pies. Emil sacó la cabeza por la puerta y le dio el libro y una manzana. El perro, de color claro, asomó su hocico entre las rodillas de Emil y el marco de la puerta, se dejó acariciar por Lorenz, un perro manso que no servía para nada. Lorenz encajó el

libro entre su panza y el cinturón, lo tapó con el pullover de lana y se fue.

Siguió su camino. Si me miran, verán que tomo el camino normal. Por el medio de la ruta despejada. Las huellas de sus pies ya no se veían, la nieve las había tapado enseguida. Cuando ya no estuvo a la vista, y eso era antes de llegar a las casas que, ya cerca del pueblo, estaban más cerca entre sí, se trepó a una valla junto al camino. Era casi invisible, desaparecía bajo la montaña de nieve que había amontonado la quitanieves. Saltó de la valla hacia la nieve del otro lado y se hundió hasta el pecho. Se abrió paso a la fuerza a través del campo, hasta el bosque: en verano no le habría llevado ni cinco minutos, ahora tardó un buen cuarto de hora. En cuatro patas se arrastró por la última parte, empinada, hacia dentro del bosque. Era denso en esta parte, había poca nieve entre los troncos. Necesitaba una pausa, se arrodilló en el piso, se sacudió la nieve, limpió el gorro y los guantes. Luego caminó a través del bosque, de vuelta a la casa en la que vivían Emil y su familia. El establo y el granero habían sido construidos hacia atrás. En la casa no se podía ver ni oír lo que pasaba en el establo o en el granero.

Desde el límite del bosque hasta el establo no había más que diez metros. Pero había que atravesar una hondonada en la que se juntaba la nieve. Con el primer paso, Lorenz resbaló y se hundió por completo. Cuando logró pararse, seguía debajo de la capa de nieve. Por un segundo sintió miedo, incluso pánico, pensó que podría ahogarse. Movió los brazos como si estuviera nadando. Tenía nieve entre la gorra y el cuello, su cara ardía de frío, siguió braceando, dando golpes a su alrededor, conteniendo la respiración: por fin sacó la cabeza por encima de la nieve. Nunca podré volver, pensó. Siguió luchando hasta que alcanzó el granero. Debajo del alero se quitó la nieve de la ropa y del gorro y de los guantes. Estaba agotado, no sentía las piernas arriba de los pies, como si ya no las tuviera. Y le dolían los pulmones. Quería maldecir, pero no se animó: se conocía y sabía que, si empezaba. las maldiciones se lo llevarían por delante.

En ese momento, escuchó encima de él: “¡Tsi-tsi-tsitsitsi! ¡Tsi-tis-tsitsitsi!”.

Había un pinzón en el techo inferior del establo. No lo podía ver. Reconocía a todos los pájaros por su canto.

—¡Vuela a casa o te congelarás! —dijo en voz baja.

Una ardilla saltó hasta sus pies, había salido del granero.

—Vuelve a casa o te congelarás —le dijo también a este animal.

La pendiente debajo del bosque brillaba a través de la nieve que seguía cayendo. No se veía ninguna huella. No había contado con que tendría que nadar debajo de una capa de nieve: ahora pensaba que eso era bueno. Nadie descubriría su huella Nadie sospecharía de él. Así

era como mi tío Lorenz había planeado la cosa, la noche anterior, tendido en la cama junto a su hermano Heinrich: si voy a lo de Emil, bien oficial, y quedo bien con su madre, entonces a nadie se le ocurrirá la idea de que el Lorenz Moosbrugger fue el ladrón. Porque a nadie se le ocurre que alguien pueda ser tan embaucador. Ni siquiera uno de los Últimos. Pero si no hago nada, si simplemente se dan cuenta de que les robaron, entonces lo primero que pensarán es que fue uno de los Últimos, en especial, el Lorenz. Aunque no hubiese sido yo, lo pensarían. Lo del libro de lectura fue una maniobra de distracción. No hay forma más fácil de distraer a alguien que el halago. Mi tío Lorenz se sentía orgulloso de haber tenido idea. Se siguió riendo de lo que había hecho hasta el día de su muerte, me contó mi tía Kathe.

Entró al granero y luego al establo, y desde allí se arrastró hasta el sótano de la casa. Había lonjas de tocino colgando del techo, ruedas de queso apiladas en estantes: estos sí que se habían preparado, es que tenían con qué prepararse: había frascos con conservas, peras, manzanas, repollo, calabazas, carne, compota de ciruelas, de cerezas. Todo lo que pudo agarrar, lo metió en su mochila. Hasta que pesó tanto que apenas si la podía alzar. Luego atravesó el túnel debajo de la nieve, cruzando la hondonada hasta el bosque, y por el bosque caminó en paralelo al camino del pueblo, arrastrando la mochila, tenía que detenerse a cada rato y tomar aire. Arriba, donde terminaba el camino despejado y empezaba el ascenso hacia su casa, hizo un pozo en la nieve y escondió su botín. Luego, con la mochila vacía, volvió sobre sus pasos a través del bosque hasta llegar de nuevo a la casa de Emil.

Cinco veces entró Lorenz a la casa de los padres de Emil en esa noche. Limpió la despensa, ni un frasco de conservas les dejó. Se llevó queso, salchichas, pan. En su última incursión, metió tres gallinas en la mochila. Hacía días ya que había construido un cobertizo para ellas, en el establo detrás de las vacas. Cuando por fin terminó, eran las dos de la mañana. Podría haberse agarrado los dedos, no lo habría notado. No logró llegar a su cama. Se acostó en el piso de la cocina. Con toda su ropa. La gorra con las orejeras en la cabeza, dos pares de guantes en las manos, las botas de montaña del padre en los pies.

Pero al día siguiente no faltó a la escuela. A la mañana informó a la madre sobre dónde había estado y qué había hecho. Y María no preguntó más. Ella confiaba en su Lorenz. Todo lo que hacía, lo hacía para que los suyos estuvieran mejor. Le pidió que planchara el libro de lectura, estaba arrugado y no le pertenecía y tenía que devolverlo ese día. Ella puso brasas ardientes en la plancha, colocó una tela encima del libro, quedó como nuevo.

Después de la escuela, Lorenz ordenó a sus hermanos que lo ayudaran a sacar las cosas que había dejado en el pozo en la nieve.

Había pensado también en los escondites en la casa. Por si. a pesar de todo, alguien llegaba a la conclusión de que el ladrón de la casa de los padres de Emil había sido uno de los Últimos. Pero, o bien nadie llegó a esa conclusión o, si no, la determinación de los Últimos los atemorizó tanto que se callaron la boca y miraron para otro lado.

Mi tía Kathe contó que en algún momento su hermano le habló de cómo la mamá lo había mirado ese día. que algo más lindo no le pasó en su vida entera. Que ese día fue el mejor de su vida. Y que la mamá nunca había estado más bella que ese día. Ni él se había sentido más feliz que aquel día, en toda su vida. Se pasó la tarde en el banco junto a la estufa, durmiendo. Una gallina se había quebrado el ala: María le partió el cuello y la desplumó y cocinó una sopa. Envolvió los pies de su hijo dormido con una manta precalentada y lo tapó. A la noche, hicieron un banquete. Al Lorenz no había que enseñarle nada, sabía cómo hacer para sobrevivir. Y que nadie viniera a decirle algo, nadie.

En noviembre de 1918 terminó la guerra. Pero Josef recién volvió a casa para Navidad. El alcalde ya no era el alcalde. No había más alcaldes. Nadie tenía del todo claro cómo habían quedado las cosas en cuanto a las jurisdicciones estatales. Todos habían adelgazado. Los soldados que regresaban estaban blancos, incluso aquellos que no habían cumplido ni treinta años.

Josef fue a buscar al alcalde.

—¿Qué hay de cierto en los rumores? —preguntó.

Josef no había encanecido: llevaba una barba negra que le llegaba hasta la mitad del pecho y daba miedo. Ojos tan huecos como una huevera, en cuyo fondo arde un botón, algo que no se ha visto nunca. Había saludado a los niños sin mirar a su mujer. Y sin mirar a Margarethe. Se había sentado junto al aguadero, en cuyos bordes ya había nieve, y se había refregado con un cepillo grande que había traído. También había traído ropa limpia, ropa de civil: una camisa a cuadros, suave, franela fina, nueva; un pantalón de corderoy, también nuevo, con un cinturón de cuero: un saco italiano con diseño de espiga, también nuevo. Todo nuevo. Se ató una corbata que combinaba con la camisa a cuadros, como si ambas piezas hubiesen sido elegidas en conjunto por alguien que sabía. También la mochila era nueva, no de lona común, sino de cuero, cuero suave. Quién le había dado las cosas, dónde las había comprado y, en ese caso, con qué dinero, eso no lo preguntó nadie; por sí solo no dijo nada. Como una persona nueva, así bajó al pueblo y fue en busca del alcalde.

—¿Qué hay de cierto?

—¿Con qué?

—Sabes perfectamente de qué hablo. Eso por lo que el cura

desmontó nuestra cruz. ¡Eso!

—¡Qué hay de cierto con qué! ¿Sólo puedes dar vueltas, Josef, y ni siquiera tienes el valor de decir lo que piensas?

—Que el crío no es mío. Eso quiero decir.

—¿Quién lo dice?

—¿Qué hay de cierto?

—Tú quieres saber algo —dijo el exalcalde, que ahora sólo se llamaba Gottlieb Fink—. Yo también quiero saber algo. ¿Cómo hacemos? ¿Nos damos respuesta mutuamente o no? A ver, ¿qué dices?

—Me crucé con uno, ya en Innsbruck. que me lo dijo. Yo no lo conocía. Me dijo que todos lo sabían. Hasta él lo sabía. Él no tenía nada que ver con nosotros. Y hasta él lo sabía.

—¿Y de quién crees que es la pequeña Grete? ¿Ni siquiera puedes pronunciar su nombre? Ella no te hace nada. ¿De quién crees que es?

—Te estoy preguntando. Exactamente eso es lo que te estoy preguntando, alcalde.

—Ya no soy alcalde. Soy Gottlieb Fink y nada más.

—Entonces le pregunto a Gottlieb Fink. ¿Ese crío es mío?

—Aunque hayas vuelto de la guerra, Josef, y aunque sea cierto que la guerra no hace mejores a las personas, sino al contrario, y aunque Margarethe sea una niña y nada más, igual es una persona y tiene un nombre y me gustaría que en mi presencia no le digas crío, sino que la llames por su nombre. Se llama Margarethe y todos le dicen Grete.

Así me imagino —así quiero imaginarme— que habló Gottlieb Fink con Josef Moosbrugger. Tía Kathe sobrevivió a todos sus hermanos y hasta que ya sólo quedaba ella, pateé para delante todas mis indagaciones. Yo no habría usado jamás esa palabra, desde ya. Tía Kathe había hablado de eso, de “indagaciones".

—¿Vienes a visitarme porque quieres seguir con tus indagaciones? —me había dicho por teléfono.

Y yo dije:

—Sí. Quiero hacer indagaciones. Está permitido querer conocer sus orígenes, ¿no?

Y que si podía ir a visitarla.

Una vez que se decidía a contar, lo hacía con mucha vitalidad. Verdadera vitalidad. Lo digo en sentido literal. Era como si las personas sobre las que hablaba aún estuvieran vivas, y no sólo eso: como si estuviesen allí manteniendo sus conversaciones, allí en su cocina del viejo barrio de refugiados.

Pregunté:

—¿Qué dijo mi abuelo cuando volvió de la guerra y vio a la pequeña Grete, mi madre?

Y tía Kathe:

—¿Que qué dijo? ¿Qué puede haber dicho? Nada dijo. Se fue hasta el pueblo y buscó al Fink.

—¿Y qué le dijo al Fink?

Y ella:

—¿Qué le puede haber dicho al Fink? Qué hay de cierto en las habladurías, eso debe haber dicho.

—¿Y qué le respondió el Fink?

—¿Qué puede haber dicho el Fink? Habrá dicho: ¿en qué habladurías? No puedo imaginarme que haya dicho otra cosa. ¿Y papá, que habrá dicho? Habrá dicho: que el crío no es mío. Y el Fink habrá respondido: no le digas crío a la niña. La niña se llama Margarethe, Grete. Eso. Josef, debés volver a aprenderlo cuando vuelves de la guerra. Así habrá hablado el Fink, no puedo imaginarme otra cosa…

Mi tía extendía frente a mí esta conversación entre Josef y Gottlieb Fink. No como si hubiese estado allí. Sino como si estuviera sucediendo en ese momento. Ese era su estilo. Eso quiero decir con vitalidad.

Lo que salió en la conversación fue una mentira grande, realmente grande. Tía Kathe está segura de que una mentira así no puede ser planeada, algo así lo insufla el diablo en el momento nomás.

Que no sabía qué le había picado al Gottlieb Fink, dijo la tía Kathe. Por un rato las palabras habían ¡do y venido así entre él y Josef, hostiles; Josef se sentía hostil, primero porque en esa época tan cercana a la guerra se sentía hostil frente a cualquier cosa y persona, eso le habrá pasado a la mayoría de los soldados, pero sentía una hostilidad especial contra Gottlieb Fink porque, si las habladurías eran correctas, él no había vigilado a su mujer. Así que Josef le exigió explicaciones al hombre, y con las palabras más duras, de otra forma no se lo podía imaginar, dijo tía Kathe. Y Gottlieb Fink le había respondido.

—Qué te crees, Josef—dijo Gottlieb Fink, el que había sido alcalde hasta el final de la guerra—. ¿Qué te has creído? Creías que le dabas una orden al Gottlieb y este la cumplía. Nunca oí un por favor de tu boca. Josef, nunca un gracias. El señor no se rebaja a tanto.

—No me des un sermón —dijo Josef—, Sólo quiero saber, sólo una cosa: ¿hubo un alemán que estuvo en la casa con María? ¿Lo hubo?

—Y ahora el señor vuelve de la guerra —prosiguió Gottlieb Fink como si nadie lo hubiese interrumpido— y enseguida se hace el policía, se cree con derechos a hacer interrogatorios. Y balbucea sobre un alemán. Y con eso quiere decir que yo, que en esa época era el

alcalde, que yo no me ocupé de controlar la situación. Que debería haber impedido que el alemán visitara a María.

—¿La visitó?

—No —dijo el alcalde. Esa fue la primera mentira. Porque él sabía que un hombre de Hannover había estado arriba, en la casa. Él mismo lo había visto. Y repitió—: No, no estuvo arriba en la casa.

—¿Eso quiere decir que el alemán no existe?

—Sí, existe. Pero no estuvo con María.

—Pero dicen que él es el padre del crío —dijo Josef.

—Lo digo una vez más —lo increpó el alcalde, tal vez hasta lo tomó de las solapas de su saco nuevo, el del diseño de espigas—: la niña no se llama crío, sino Margarethe, Grete. Y no, el alemán no es el padre.

—¿Entonces quién?

Y este es el momento, cree mi tía Kathe, en el que algo poseyó al alcalde, de otro modo no lo podía entender. Esa fue la gran mentira. Y ella no se puede imaginar que Gottlieb Fink se hubiese propuesto decir una mentira tan grande. Que no quedaba otra que el diablo, que se la transmitió así, en el momento.

Gottlieb Fink, el antiguo alcalde, dijo:

—La niña es mía. La Grete es mi niña. La Margarethe es mi hija.

Y siguió hablando, manteniendo a Josef a distancia y al mismo tiempo agarrado, ahora tal vez de veras de las solapas de su saco fino con espigas. Y mi tía Kathe, que durante toda su vida no estuvo segura de la existencia de Dios, estaba segura de que las palabras siguientes también se las había transmitido el diablo:

—¿Qué te crees, Josef? En lugar de arrodillarte en tu tierra y agradecerle al Señor por haber sobrevivido esta guerra de perros sin haber perdido una pierna o un brazo o un ojo. llegas alegremente desde Innsbruck, donde algún papanatas te metió una idea en la cabeza, y me acusas. ¿Te pregunto yo de dónde has sacado esta chaqueta limpia? ¿Y de dónde los pantalones limpios y el cinturón de cuero doble? Sí, tengo ojo para esas cosas. Dejas tu bella mujer a mi cuidado, bien. ¿Y yo qué soy? ¿Soy un pedazo de madera? Que yo sepa. no. Soy una persona, y además un hombre. Y tu mujer, la María —y te advierto que si le das una. aunque sea leve—, ¿qué es ella? ¿Es un pedazo de madera? Una mujer es. ¿Es que te crees, soldado engreído que acaba de perder una guerra, que una mujer así existe sólo para ti? Ni mirarla dices que se puede. Eso cree él, el soldado engreído que acaba de perder una guerra. Un hombre es un buen hombre si sabe cuidar una mujer. Y yo sé hacerlo. Y tú no. Aunque ahora digas que no es tu culpa, los hechos están a la vista. Levanté el puño contra todos los rumores: sí, señor, puedo decirlo con este tono.

Defendí a tu mujer, la defendí de maldades y del hambre también, te pido que eso no lo olvides. Pero del hombre no la pude defender. ¡Y ahora se acabó, Josef! ¡Vuelve a casa y compórtate como un hombre que sabe cuidar a su familia!

Así tiene que haber sido, dijo la tía Kathe, de otro modo no se lo podía imaginar.

Por un tiempo, hasta Pascuas tal vez. Maña y Grete durmieron en la cama matrimonial y Josef en la cocina, en el banco junto a la estufa. Por un tiempo, Josef no le habló a María. En cambio, fue varias veces en el ómnibus a lo de su cuñado en L. Más de una vez pasó allí la noche. Pronto volvió a dormir en la cama matrimonial. Y no decía nada si Grete se sumaba. Solo en el medio, en la cunetita. no debía estar. Su nombre no lo pronunció. Ni una sola vez. Y nunca, nunca la miró. Y nunca, nunca le dirigió la palabra. Hacía como si no estuviese presente en la casa. Ninguno de los hermanos se atrevía a pedirle explicaciones, ni siquiera Lorenz. Katharina se ocupaba de la niña, pero casi siempre estaba bajo el ala de la madre. Maña no tardó en embarazarse otra vez. Trajo al mundo a una niña, que llamó Irma. Maña volvió a bajar más seguido al pueblo. En el negocio conversaba con Else y otras mujeres y nadie habría notado una diferencia entre ella y las demás. La niña tenía ojos negros y todas decían que se parecía mucho a la madre. Entonces Maña mantenía silencio, porque pensaba que sabía qué se decía y qué se pensaba. Le había jurado a Josef por su vida y la vida de sus hijos que Grete era hija de él y que no podía ser de otra forma, a menos que Dios hubiese querido probar con ella otro embarazo sin hombre, después del de la Madre María. Él no le creyó. Ella le contó todo. Que un hombre de Hannover le había hablado en el mercado de L., pidiendo información. Que ella había hablado con él y que alguien la vio y que de ahí nació el rumor que, durante la guerra, había echado una sombra tan grande sobre el pueblo. Que Gottlieb la había acosado, le contó, que casi no pudo zafarse de él, pero que finalmente sí lo había hecho. De Lorenz no le contó, que la había defendido con la carabina, ni que había robado para la familia. Ella veía el miedo que Lorenz le tenía a su padre. No le tenía miedo a nadie ni nada en el mundo, pensó ella, sólo a su padre.

Otra vez se embarazó María, y está vez sintió náuseas, vomitaba todos los días, adelgazó y perdió pelo al peinarse. Era un varón. Lo llamaron Josef. Así lo había deseado el padre. Durante toda su vida le dijeron Sepp.

María, mi abuela, tenía treinta y dos años y había traído siete niños al mundo.

Y luego enfermó. Su panza se hinchó, se la oía gritar. Josef hizo llamar al médico. Este constató que María tenía el apéndice del lado equivocado. María murió. Un mes después de sentir el primer dolor.

Una docena de meses más tarde, murió Josef. De una septicemia. Se había lastimado mientras cortaba madera. Al final, acostado con su traje negro sobre el banco junto a la estufa, cuando ya no podía pararse y volaba de fiebre, vino el alcalde. Que a la noche, dijo, lo habían visitado los espíritus y lo amenazaron con torturarlo sin pausa, día y noche, hasta su lejana muerte, si no decía la verdad. La verdad era que nunca había pasado nada entre él y María; a él le hubiese gustado, pero María lo había rechazado, ni una chispita de esperanza le había dado, pero ni una: ni a él. ni tampoco al hombre de Hannover: María había sido la mujer más fiel que existió sobre la tierra después de la Madre de Dios, la Grete no era otra que su propia hija, de Josef.

Su padre, contó la tía Kathe, había escuchado y asentido con la cabeza. Si también había entendido, eso no lo sabía. Al día siguiente estaba muerto. Y ellos, los niños, quedaron solos: Heinrich, diecinueve: Katharina, dieciocho; Lorenz. diecisiete: Walter, trece: Grete. siete: Irma, tres; Sepp. dos.

Los niños se sentaron en la cama matrimonial, todos juntos; a sus pies se había echado el perro, en la falda de Grete ronroneaba el gato, delante de la ventana se juntaron los pájaros. Era primavera. El viento soplaba su perfume a través de las rendijas. Un herrerillo cavaba con su pico en el anillo de grasa y semillas de girasol: Katharina había dejado pedacitos de manzana para los mirlos; petirrojos y pinzones se paralizaron de miedo cuando llegó volando un gavilán. Un arrendajo picoteó la harina de un postre seco que había en la veranda. Luego, todo quedó en silencio.

—Cuando canta el mirto… —dijo Grete, pero no siguió hablando, como si se le acabara de ocurrir otra cosa.

Walter y Grete eran los rubios, los del pelo fino; en medio de sus hermanos oscuros parecían dos de otra familia.

Los padres aún vivían en las paredes; la madre, en el armazón de su cama y en el colchón, su olor permanecía en la ropa que se había quitado. Debía quedar así, tirada: parecía que en cualquier momento entraría al dormitorio para vestirse. La ropa nueva del padre, la que no era negra, se la probó Heinrich porque Katharina se lo ordenó, pero no se sentía cómodo con ella. Al que mejor le hubiera quedado era a Walter, pero todavía le iba demasiado grande. Que si puedo pedir prestado el pañuelo de mamá, el de los flecos, preguntó Irma: huele a ella.

Lorenz había observado a los cazadores. Los había seguido. Quería saber cuándo salían de caza. Y cuánto tiempo se quedaban en el bosque. Quería salir de caza con Heinrich y Walter. Se trataba del puro embuche. Esas fueron las palabras de la tía Kathe: “En esa época se trataba del puro embuche”.

Lorenz tenía la carabina Fink. Era su propiedad. Nadie se lo discutió jamás. Lorenz dispararía. Heinrich y Walter debían atraer las piezas frente a su mira. Él mataría al ciervo o a la gamuza; Heinrich y Walter envolverían el botín en una tela grande y la cargarían hasta la casa. Lorenz iría junto a ellos, llevando el arma a lo ancho, en las manos, no sobre el hombro. Los conejos, desde ya. llegarían a la mesa. Que qué pájaros eran comestibles, de eso ni Heinrich estaba muy seguro. ¿Se podían comer los mirlos? Serían los más fáciles de matar. Se sientan delante de uno en el pasto y miran directo hacia la boca del arma. Las aves de rapiña no se podían comer, eso estaba claro. Los gorriones no daban suficiente material. Palomas no había. Lorenz soñaba con un ciervo; un par de veces ya se le habían acercado algunos a distancia de tiro. Se habría quedado con la cornamenta y la habría querido arrastrar consigo toda su vida, a donde fuera que la vida lo llevara, y si hubiese sabido que lo llevaría a una segunda guerra en Rusia, donde desertaría y formaría una segunda familia, habría dicho; ¡la cornamenta viene conmigo! Pero mi tío Lorenz nunca mató un ciervo.

A distancia de tiro también se le cruzaron un par de cazadores. Gritaron y revolearon los brazos.

—¡Oye, tú, el de los Últimos! —gritaron—. ¡Tú, el del fondo del valle! ¡Acá cazamos nosotros!

Por primera vez lo habían llamado con el nombre de su casa. Eso quería decir: lo respetaban. Y: esperaban que él se comportara acorde. Si se hubiese ido, habrían perdido ese respeto. Levantó el arma, apoyó la mejilla en la culata y les apuntó.

—¡Últimos! —gritaron—. ¡Hoy cazamos nosotros!

Eso quería decir una sola cosa: mañana les toca a ustedes. ¿Qué otra cosa querría decir? Y eso quería decir: somos ¡guales, no somos más. ustedes no son más, estamos al mismo nivel, sólo que nosotros estamos de un lado y ustedes del otro.

—¡Baja el arma! —gritaron.

Su corazón latía fuerte y Lorenz rogó que los cazadores no pudieran ver cómo la lana palpitaba a la altura del corazón. Resistió, no bajó el arma. Entonces ellos dieron la vuelta. Y se fueron. Eso sólo quería decir: hoy cazan ustedes, mañana cazamos nosotros. O sea. al revés. O sea. él había ganado. Regresó a su casa despacio, con un andar como si tuviera veinte años más o cien años más, un espíritu de la montaña que aparece de sorpresa en medio del bosque, al que los

cazadores respetan y al que le dejan la caza del día. Desde el aguadero llamó a Heinrich y a Walter. Y a partir de ese día, entre los cazadores se decía: “Si los Últimos están en el bosque, vuelvan a sus casas. ¡Tengan cuidado!".

Nadie en el pueblo que no admirara al Lorenz. Nadie en el pueblo que no admirara a los Últimos. Recién después de la muerte de los padres se habían convertido en los Últimos de verdad. Nadie dudaba de que Lorenz dispararía contra cualquier hombre que le quisiera impedir cuidar de sus hermanos. Pero nadie dudaba, tampoco: tarde o temprano terminarían en la cárcel. Todos juntos, todos los Últimos. Porque: escoria eran. A pesar de toda la admiración: escoria eran. Las mujeres creyentes decían que pertenecían al que mora bajo la tierra. Si Dios amara a estos niños, no les habría quitado tan pronto a padre y madre.

Irma, con sus ojos negros, giraba frente al espejo y se consideraba muy bella. Era delgada y se parecía más al padre: su rostro blanco también era como el de él. Tenía grandes ambiciones. Quería casarse con un hombre rico y luego ofrecerle una vida mejor a su familia. Las cosas no se darían así. A los diecisiete se enamoraría del maestro, que estaba casado, y lo soñaría en su cama, la gran soñadora. Cuando hacía rato que Katharina y Grete tenían un marido, ella seguía soltera, esperando que la mujer del maestro se muriera. Algunos hombres le arrastraban el ala; a todos los rechazó, excepto a un estudiante de teología al que le quitó las ganas de convertirse en cura. A ese lo aceptó, y todos se sorprendieron de que fuese precisamente aquel quien lograra dominar a la temperamental Irma. Se volvió tímida y pendiente de su aprobación. Él era gritón, demasiado gritón; hablaba de tal manera que cada una de sus palabras se escuchaban a dos casas de distancia, y algunas palabras eran horrendas, y cuando se reía se sacudían los cubiertos en la cajonera. Era educador en un hogar para niños sin padre, un experto en todo lo que es grato a Dios. Pero no era muy puntilloso, pronto tuvo una segunda mujer y vivía un intervalo con Irma y otro con la otra. Una vecina vieja que se había quedado sola le dejó su casa como herencia. Porque era tan buena persona. Que hablaba personalmente con Dios. Por eso la voz tan fuerte. Tomó posesión y a Irma le daba vergüenza cuando se cruzaba en la calle con los herederos furiosos. El hombre gritón perdió la vista y aprendió el oficio de masajista y fue amado por las mujeres que atendía en el sótano.

Alguna vez, cuando todavía eran los Últimos y vivían al final del valle, antes de que remataran la casa, Irma había tenido la idea de que la familia —que no eran más que los hermanos: Heinrich, Katharina. Lorenz, Walter, Grete, ella misma y el pequeño Sepp— podría emigrar

a América: eso fue en la época en la que ya no tenían nada. Había leído que buscaban gente en Dakota del Norte, que te daban gratis la tierra y gratis la madera para construirte una casa. Sus hermanos no quisieron y sola le pareció demasiado sola. Cuando tuvo al marido gritón, se le terminaron esas ocurrencias.

A menudo, cuando aún vivían en el fondo del valle, las muchachas se sentaban en el banco frente a la casa y cantaban a tres voces, tan bonito que al ayudante de correo se le caían las lágrimas. Desde que ya no había María, estaba alicaído, no había logrado procesar la muerte de aquella hermosa mujer. Muchas veces iba a la tumba, cuando oscurecía, y llevaba flores o ramas. Se sentaba en el límite del bosque y oía cantar a sus niñas, soñaba que formaba parte de la familia y, junto a la tumba, contaba lo lindo que cantaban Katharina, Margarethe e Irma. En días festivos dejaba pequeños regalos delante de su puerta. No quería que supieran de quién eran. Pero lo sabían. Una vez, Irma lo abrazó, porque entre los regalos había una pulsera. Estaba envuelta en papel y decía su nombre. Irma le parecía la más bonita desde que ya no había María. Pero tan bonita como la madre, no. Ninguna mujer en la tierra sería jamás tan bella como María Moosbrugger.

¿Y mi tío Sepp? Cuando nació el pequeño Josef, su padre se alegró mucho y lo llevaba alzado de un lado al otro de la casa. Él seguiría sus pasos, él completaría lo que su padre había empezado. Pero lamentablemente las cosas no resultarían así. ¿Qué era lo que el padre había comenzado? Josef, primero llamado Seppele, luego Sepp, fue un hombre débil. Bello como una muchacha. Se interesaba poco por las mujeres. Si su hermano Walter, el Don Juan, se cansaba de alguna, se la pasaba. Josef se quedó con la prostituta del puente del Rin. Suerte no le trajo. Le dio una hija —Michaela, la de los rulos de oro— que a los trece años intentó saltar por la ventana Sepp se divorció y entregó la niña a su hermana Katharina. Ella quería ocuparse de que Michaela tomara la senda correcta y no hiciera lo mismo que su madre. Pero Michaela sucumbió a la heroína, enfermó de sida y murió. Hay un documental sobre el sida que pasan en las escuelas, ahí tiene el papel protagónico. Lo muestran para asustar a los alumnos.

Cuando mi tío Sepp estuvo en sus últimos días, fui a visitarlo. Era casi transparente.

En el Museo de Historia del Arte de Viena vi los *Juegos de niños* de Brueghel el Viejo y ahí estaban: todos los Últimos haciendo de las suyas por todo el lienzo, riendo y lloriqueando y llamándose entre ellos o susurrando, y yo estaba delante y me tuve que reír.

—¡Intenta hacer la pirueta! —le dice Irma a Grete, pero Grete

prefiere bambolear con sus piernas en el agua.

Walter arma un castillo de arena para el Seppel; él mismo se siente demasiado adulto para ese juego, prefiere hacer equilibrismo con un sombrero en la punta de un palo.

—Intenta luchar conmigo —provoca Lorenz a su hermano Heinrich, que acaba de venir de atender a los animales.

—Después podemos jugar a las bolitas —propone Heinrich a cambio.

—Pero sólo cuando te bayas lavado —dice Lorenz.

En la escuela, los muchachos quieren *empujar el banco*, es decir, alguien tiene que ser empujado hasta que se cae del banco y entonces es el quejoso, el débil, del que hay que reírse.

Las muchachas juegan a *cisne pega*. Grete se para detrás del árbol de peras, las demás niñas le tiran del pelo y gritan: “Cisne pega”. Entonces ella llora y no quiere seguir jugando.

—Veamos quién mea más lejos —le dice Walter a Lorenz, y gana Walter.

¿Quién lleva al Seppel a cococho? ¿Quién tiene la pelota?

—¡Ven, juntemos ramas para el fuego! —exclama Katharina.

—Ya que no vamos a la iglesia, juguemos en casa a la procesión —dice Irma—, Que Grete sea la que arroja las flores; Katharina toma la cruz de la pared y camina adelante; que los niños alcen al Seppele y hagan como que es el Niñito Jesús.

—¡Para eso prefiero dispararle al cuadro en la pared, prefiero dispararle al ojo en la cara del cuadro! —se burla Lorenz.

—Eso no se puede, en la imagen está la Madre de Dios —dice el Seppele, que está cubierto por una túnica azul y quiere ser una mujer.

—Vamos, hora de ir a la cama —dice Katharina—, Ya es medianoche.

Casi todos aquellos sobre los que escribo están bajo tierra. Yo misma soy vieja. Mis hijos viven, excepto Paula, que sólo cumplió los veintiuno. A menudo voy hasta su tumba y le digo: ves, te visito mucho más seguido que si siguieras viva. Me daría vergüenza visitarte tanto. Abrirías la puerta y me dirías; “Mamá, tú otra vez".

Monika Helfer nació en Austria en 1947. Ha publicado novelas y cuentos y es una de las escritoras en lengua alemana más renombradas de la actualidad. Ha sido galardonada con la Beca Robert Musil, con el Premio Austríaco de Literatura y con el Premio de literatura de Solothurn por el conjunto de su obra. Por *Los Últimos*, traducida a doce idiomas, obtuvo en 2021 el Premio de Literatura Schubart.